

Sara Vidovic

# Historias de Amor Bizarras



Ediciones  
**Clio**

HISTORIAS

DE

AMOR

BIZARRAS

*Sara Vidovic*

Fundación Ediciones Clío

## *Historias de Amor Bizarras*

Sara Vidovic (autora)



@Fundación Ediciones Clío

Enero, 2026

Maracaibo, Venezuela

1<sup>a</sup> edición

Hecho el depósito de ley:

ISBN:

Depósito legal:

Producción: Jorge F. Vidovic L. y Julio César García Delgado

Diseño de portada: Sara Vidovic

Diagramación: Julio César García Delgado

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

# *Fundación Ediciones Clío*

La Fundación Ediciones Clío es una institución académica de gran prestigio dedicada a promover la ciencia, la cultura y el desarrollo comunitario. Su misión de difundir una amplia gama de contenidos educativos en beneficio de las personas y las instituciones es encomiable. Al ofrecer acceso gratuito a libros, revistas científicas y otros materiales educativos, la fundación contribuye significativamente a la construcción de capacidades científicas, tecnológicas y culturales para el beneficio social y el bienestar.

El amor no siempre es puro, ni cómodo, ni correcto. A veces es incómodo, prohibido, extraño... y profundamente humano.

En estas páginas, el deseo se abre camino entre la fe y la rebeldía, la ley y la tentación, la inocencia y la transgresión. Jóvenes que desafían pueblos cerrados, secretos que laten bajo la piel, pasiones que nacen donde no deberían y encuentros que rompen toda lógica conocida. Hay amores que florecen en la selva, otros bajo una cama, algunos entre uniformes y delitos, y otros que solo existen en el instante previo a la despedida.

Estas historias cortas exploran el lado más bizarro del amor: aquel que no pide permiso, que incomoda, que transforma y deja marcas imposibles de borrar. Entre lo íntimo, lo fantástico y lo prohibido, cada relato invita a cruzar una frontera distinta y a preguntarse hasta dónde estaríamos dispuestos a llegar por sentir.

Porque a veces, amar es romper las reglas.

Y a veces, es romperse a uno mismo.

**Dr. Jorge Fymark Vidovic López**

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>



Para mi familia, que incluso en mis dudas, nunca dejó de impulsarme a ser mejor



# *Índice*

Caer enamorada. La promesa del traje .....	11
Jason, el crítico de moda que nadie le pidió su opinión .....	16
Un chico, una chica y un armario .....	21
La vergüenza del monstruo del armario .....	29
El grito de la inocente .....	31
Insectos en el estómago .....	33
Tentáculos y tentaciones.....	35
¿Realmente es un sueño? .....	39
La realidad .....	41
Confesión en la cafetería .....	44
Reforzando la amistad .....	46
Nosotras.....	49
Café mañanero.....	52
Confesiones .....	55
Cortar y picar.....	58
La venganza se sirve en un plato frío .....	61
El extranjero. .....	64
La morada de la selva .....	67
La cultura.....	70
Cuando el tiempo se detiene.....	73

El lenguaje físico .....	77
El lenguaje físico (continuación) .....	80
Entre la selva y el mar .....	85
El castigo de la bestia .....	88
El amanecer más cruel .....	91
Epílogo .....	93
La abeja y el diente de león .....	95
Rompiendo la moral: La pieza que no encajaba .....	97
La habitación de Christian .....	99
Rompecabezas .....	103
La paz nunca fue una opción .....	105
Caminata nocturna por la ciudad .....	108
El callejón .....	112
La mente atormentada de Daniel .....	120
Fantasías con sombras de vergüenza .....	124
Un paso fuera del molde .....	126
Día de lluvia .....	135
Después de soñar en tus brazos .....	141
La realidad irrumpé .....	144
La huida .....	146
Al día siguiente .....	149
El paquete de condones .....	153
Lo que significa ser padres .....	157
Seis cuerdas y dos corazones .....	161
Mi ángel .....	166
Deseo de conexión .....	169
Juego previo .....	172
Dar un paso más allá .....	177
Íntimos .....	180

Confesiones .....	184
Acurrucados.....	187
Los escritos de Daniel.....	190
Los escritos de Christian .....	193
El borrador de Christian .....	196
La graduación .....	198
La fiesta de graduación .....	200
Camino a lo desconocido .....	204
El último beso .....	207
La carta de despedida .....	209
Primer encuentro .....	213
Encerrada.....	219
La llegada a casa .....	222
Dominio de poder .....	226
La rendición de la oficial.....	231
Sin control .....	235
El arresto y la promesa .....	239



## *Caer enamorada. La promesa del traje*

Su hermano y Alex llevaban horas encerrados en la habitación, sumergidos en un videojuego recién salido, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Desde hacía meses, Alex era una presencia habitual en la casa; aparecía casi todos los fines de semana, trayendo consigo una mezcla de risas, caos y algo más... Algo que Dulce no sabía cómo explicar más que como una sensación de calidez en su cuerpo al verlo.

Nadie lo sabía. Ni su hermano, ni sus padres, ni sus amigos. Nadie sospechaba que, desde hacía años, ella guardaba un secreto que le latía en el pecho cada vez que él estaba cerca: estaba perdidamente enamorada de Alex.

Todo había empezado cuando ellos se hicieron amigos, siendo aún niños. Con solo un año menos que su hermano, Dulce siempre terminaba pegada a él, y eso significaba que sus amigos también se convertían, a la fuerza, en los suyos. Alex fue distinto desde el principio. Había algo en su risa, en la forma en que sus ojos parecían tener un mundo entero, que la dejó desarmada incluso antes de saber qué era la atracción por alguien del sexo opuesto.

Con los años, ese sentimiento no hizo más que crecer, en silencio, echando raíces profundas. Era su primer enamoramiento, y no había manera de arrancarlo.

A veces se sorprendía imaginando cómo sería si él la mirara de otra forma, si su voz cambiara al pronunciar su nombre. Fantaseaba con

conversaciones que nunca habían existido, con gestos que él nunca había hecho. Pero luego, siempre, llegaba el mismo nudo en la garganta: el miedo. Miedo a arruinarlo todo, a perder lo poco que tenía... y entonces callaba, guardando su secreto entre el latido y el suspiro.

Desde la habitación de su hermano llegaban los sonidos familiares: botones siendo presionados intensamente a un ritmo irregular, efectos de sonido de algún videojuego y risas sofocadas por las paredes. Dulce dudó apenas un segundo antes de levantarse y caminar hacia allí. Lo había hecho cientos de veces antes, colándose en sus ratos juntos igual que cuando eran niños. Nunca parecían molestarte demasiado, aunque fingieran lo contrario.

Empujó la puerta sin tocar y se dejó caer entre ellos, acomodándose en uno de los pufs como si ese espacio fuera suyo por derecho. Jason le lanzó una mirada de reojo entre divertida e irritada por invadir su territorio con tanto descaro, pese a que no hiciera ningún esfuerzo por echarla.

—¿Todavía despierta? —preguntó Jason, su hermano mayor, lanzándose una papa frita a la boca, que masticó haciéndola crujir.

Alex, en cambio, permanecía absorto en la pantalla, sus largos y delgados dedos manejando el control con intensidad.

—No, estoy dormida —respondió Dulce con sarcasmo, encogida en su pijama de rayas blancas y celestes. Estiró su pequeña mano y se robó una papa del paquete antes de añadir—: ¿Qué están jugando? —y luego se metió la papa a la boca, saboreando el gusto salado.

Jason rodó los ojos ante su pregunta. Sabía perfectamente cuánto le molestaban las preguntas obvias a su hermanita y, en parte, por eso también las hacía, porque su deber como hermano mayor se reducía a tres cosas: protegerla, molestarla y sacar la basura. Y las tres se le daban bien, según su mamá.

Alex soltó una breve risa sin apartar la vista del televisor, encontrando la dinámica fraternal de los hermanos entretenida como siempre.

—El nuevo FIFA —contestó Jason con un tono que insinuaba que no era nada del otro mundo.

Pero Alex parecía encantado, moviendo el control con una destreza casi hipnótica. Dulce observó cómo sus manos se movían rápidas y seguras... Su mente empezó a desviarse hacia un terreno más peligroso. Se dio una cachetada mental y volvió a enfocarse en la pantalla.

—¿Y por qué compraron la nueva versión si ya tienen la vieja? Es básicamente lo mismo —preguntó, arqueando una ceja.

—Porque es nuevo —replicó Jason, como si esa fuera toda la explicación necesaria.

—Tiene jugadores nuevos, plantillas actualizadas, mejores gráficos... —añadió Alex—. Y el motor del juego es mucho más realista.

—Y el viejo ya es una reliquia —remató Jason, con la boca llena de papas fritas trituradas.

Dulce suspiró, resignada.

—Yo solo veo tipos pateando un balón. Pero supongo que no gastarían 40 dólares por nada.

Jason bufó.

—No es solo eso, inculta.

Ella le fulminó con la mirada antes de sacar una revista de moda que tenía enrollada en el bolsillo del pantalón; la abrió de par en par para entretenerte mientras tanto.

—Tú no lo entenderías. Estás muy ocupada babeando sobre esas revistas de vestiditos para niñas pequeñas —comentó Jason, aprovechando cualquier momento para picarla con un palo.

—Siempre ha sido así —respondió Jason—, soñando en grande y dejando todo a medias.

Y sí, Jason tenía un poco de razón. Dulce había abandonado más de un proyecto por «perder el interés». Pero esta vez no era igual: iba a hacerle un traje a Alex. Quizá ahora él solo la veía como la mocosa de catorce años que toleraba por ser la hermana de su mejor amigo, pero si se esforzaba lo suficiente... tal vez, cuando fuera un poco mayor, podría llamar su atención.

Fuera como fuera, Dulce volvió a entrar en la habitación con una libreta y una cinta métrica colgando del cuello.

—¡Listo! Necesito que te pongas de pie.

Alex se incorporó de inmediato, todavía con esa sonrisa divertida que parecía dibujada solo para ella. Sus ojos bajaron hacia los objetos en sus manos, evaluando si iba en serio.

—Muy bien, diseñadora de moda, haz lo tuyo —dijo, abriendo los brazos como si estuviera a punto de posar para la portada de una importante revista de Vogue.

Jason los observaba con una mezcla de diversión y escepticismo, hundiéndose un poco más en su puf.

Dulce sonrió satisfecha y comenzó a tomarle medidas, acercándose y estirando la cinta sobre sus brazos, piernas y altura, desde los pies hasta la cabeza, anotando números con un gesto profesional que ocultaba el temblor de sus manos.

—Ahora necesito tus medidas de pecho, cintura y cadera —anunció con toda la seriedad que pudo reunir.

Alex obedeció sin una queja, manteniéndose erguido mientras ella se movía a su alrededor. Jason, en cambio, no se perdía ni un detalle, disfrutando de la obediencia resignada de su amigo.

A cada medida, Dulce se obligaba a mantener la mirada en la cinta, aunque no podía ignorar lo evidente: lo alto que era, la firmeza de sus hombros, los músculos definidos bajo su camiseta blanca, incluso los huesos de su cadera insinuándose bajo el pantalón deportivo. Sacudió esos pensamientos antes de que se notaran en su rostro.

Terminó de medir y anotó el último número.

—Listo. Puedes sentarte.

Alex volvió a su puf con un suspiro. No iba a admitirlo, pero había sido un poco incómodo estar tieso y dejarse manejar por alguien más, aunque el proceso hubiera durado menos de cinco minutos.

Jason sonrió de lado, encantado con la incomodidad ajena.

—¿Qué se siente ser el maniquí personal de una niña? —se burló.

Alex rodó los ojos antes de replicarle:

—Estás celoso porque nunca te ha ofrecido hacerte un traje.

—Como si quisiera algo diseñado por ella... Además, yo no quiero un traje. ¿Cómo podría presumir mis abdominales a las nenas del barrio? —refunfuñó Jason.

—¡Ugh! Solo te gusta fastidiar —se quejó Dulce, antes de girarse hacia Alex—. ¿Tienes alguna preferencia? Color, forma, algún accesorio... —le cuestionó con la punta del bolígrafo de purpurina, con un pompón en el otro extremo, preparándose para escribir.

Alex la miró sorprendido, como si no esperara que fuera tan en serio respecto al asunto. Luego, tras pensar un momento, pasándose la mano por la barbillia y mirando hacia arriba, respondió con una media sonrisa:

—Sorpréndeme.

Dulce asintió con determinación. Iba a dar lo mejor de sí misma para sorprenderlo.

Pasó la semana sumergida en el proyecto: recortando referencias de trajes de famosos de sus revistas en casa, dibujando patrones y escogiendo telas que, en su cabeza, harían justicia al cuerpo de Alex. Nunca había hecho una prenda para alguien más que no fuera uno de sus peluches, y mucho menos para el chico que, sin esfuerzo, le había robado el corazón.

## *Jason, el crítico de moda que nadie le pidió su opinión*

Pasaron los días y la dedicación de Dulce al proyecto no flaqueaba ni un instante. Aprovechaba cada momento libre para trabajar en el traje: cortando, cosiendo, midiendo o ajustando. Estaba decidida a que el traje fuera perfecto.

Mientras tanto, Alex no tenía ni idea de lo ocupada que estaba. Sabía que estaba haciendo algo, pero no podía imaginar cuán concentrada y dedicada era; estaba más ocupado en lo que era importante para un chico de dieciséis años como él: sacar buenas notas y divertirse, ya fuera con sus videojuegos o saliendo con su pandilla de amigos a hacer el tonto por la calle y jugar cualquier deporte con una pelota.

Jason, en cambio, no podía evitar notar sus constantes ausencias y su comportamiento misterioso. Con cada día que pasaba, su curiosidad aumentaba, aunque nunca se tomó el tiempo para preguntar, básicamente por las mismas razones que su mejor amigo.

Llegó el sábado, y finalmente Dulce lo había logrado. Tenía listo un traje sobre su maniquí adaptable que sus padres le habían comprado por Navidad. La tela era negra, firme pero suave al tacto, igual que los pantalones. La chaqueta tenía un forro interior blanco con finas rayas inclinadas e incluía los bolsillos y botones correspondientes. Como detalle final, había comprado un pequeño colgante en forma de rosa y lo colocó sobre el lado derecho del pecho; podía retirarse y volver a colocarse si es que a Alex no le gustaba ese pequeño detalle.

Miró su obra con orgullo; era lo mejor que había hecho hasta ahora, aunque al mismo tiempo temía que al amigo de su hermano no le gustara tanto. Tomó un momento para reunir coraje y tomó la chaqueta y los pantalones, los colgó en una percha y se dirigió al cuarto de los chicos.

Al entrar, los chicos estaban en sus actividades habituales de fin de semana: Alex jugando videojuegos y Jason cambiando canales en la pequeña TV, desde un programa de comedia hasta una telenovela, pero ninguno llamaba su atención. Ambos levantaron la vista al verla entrar.

Jason, siempre escéptico, fue el primero en hablar:

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando la percha en sus manos.

—Es el traje de Alex —dijo Dulce, acercándose y mostrando el conjunto a los chicos—. ¡Tachán!

Alex dejó el control del juego inmediatamente y se levantó para observar el traje más de cerca. Sus ojos se abrieron de sorpresa ante la vista del conjunto cuidadosamente elaborado.

Incluso Jason, quien normalmente se mostraba burlón ante los proyectos de Dulce, no pudo evitar sentirse impresionado.

—Vaya... —murmuró con cierta admiración que rápidamente intentó disimular—. No se ve tan mal.

Alex, por su parte, estaba claramente sin palabras. Tomó la percha con cuidado, examinando el traje desde distintos ángulos, sus dedos rozando la tela con delicadeza.

Dulce sonrió nerviosa, jugando con sus manos mientras observaba la expresión del mayor. Su silencio hacía todo más tortuoso; había trabajado muy duro para corregir hasta el más mínimo error y, aun así, tenía dudas.

—¿Te gusta? —preguntó finalmente, con dulzura.

Alex se tomó un momento para responder, todavía absorbiendo la imagen del traje. Cuando finalmente habló, su tono era sincero y lleno de admiración.

—Esto es... increíble —dijo, con una pequeña sonrisa—. ¿Lo hiciste tú en serio? ¿Para mí? Parece sacado de una tienda del centro comercial.

Jason no pudo resistirse a un comentario sarcástico:

—¡Eh! No le subas demasiado el ego, que ya se cree mucho la señorita «hago vestiditos para mis muñecas Barbie».

—¡Cállate, Jason! —exclamó Dulce, sonrojada y molesta por cómo su felicidad parecía haberse reducido tras el comentario de su hermano mayor.

Jason simplemente sonrió, satisfecho de hacerla reaccionar.

—Es broma, no seas dramática —respondió con tono desprecioso.

Alex, siempre divertido por la dinámica de hermanos, negó con la cabeza y volvió su atención hacia Dulce.

—No le hagas caso, es un tonto —dijo, con un toque de afecto en su voz—. Me encanta tu trabajo.

La expresión de Dulce se suavizó al escuchar la aprobación de Alex. Le agradeció a su hermano, aunque solo fuera mentalmente, por haberla enfadado antes. Si de por sí estaba sonrojada, no sería tan evidente lo mucho que sus palabras habían acelerado su corazón.

—¿Quieres probarlo? —preguntó con dulzura.

Alex asintió con entusiasmo, claramente emocionado.

—¡Claro! —respondió, con los ojos brillando de emoción.

Jason, mientras tanto, se puso cómodo en el viejo puf, intrigado por lo que venía.

—Esto va a ser interesante —murmuró, con una leve sonrisa.

Alex tomó la percha de Dulce y se metió rápidamente al baño, ansioso por probarse el traje.

Una vez fuera de vista, Jason sonrió con malicia y lanzó un comentario:

—Tengo que admitirlo, hiciste un buen traje. ¿Quién diría que debajo de todo ese drama preadolescente había tanto talento?

—¡Basta! —protestó Dulce—. ¡Y ya he hecho ropa antes!

Jason rió, disfrutando de la interacción.

—Oh, claro. Cómo olvidar tu impresionante currículum de alta costura para peluches —dijo, con tono de respeto fingido.

Dulce suspiró antes de girarse hacia la puerta del baño al escucharla abrirse. Allí estaba Alex, vestido con el traje que había confecionado, adaptándose perfectamente a su cuerpo. La imagen casi le dejó sin aliento.

—Te ves perfecto... —opinó en voz baja, con los ojos azules bien abiertos.

Alex se quedó frente al espejo de cuerpo completo de su amigo, admirando el traje con asombro. La tela negra se ajustaba a su figura como un guante, resaltando sus brazos y piernas tonificados; el corte era justo, ni muy apretado ni demasiado suelto.

—Vaya, esto se ve increíble —dijo, pasando la mano por la solapa antes de acercarse y desordenarle el cabello con la mano en un gesto aparentemente amigable—. Gracias.

—D-de nada —respondió Dulce, mirándolo directamente, casi hipnotizada. Su corazón latía tan rápido que sentía que iba a salir de su pecho ante el toque de su mano en su cabeza.

Alex sonrió suavemente al notar su leve estado de trance, dividiendo por el efecto que él tenía sobre ella, pero se abstuvo de hacer algún comentario al respecto para evitar avergonzarla, a diferencia de su hermano.

Jason, que había observado en silencio toda la interacción, no pudo evitar añadir otra broma:

—No babees sobre la alfombra, hermanita —dijo, sonriendo al ver que no cerraba la boca.

Dulce sacudió la cabeza rápidamente y se rascó la nuca, dando unos pasos hacia atrás y desviando la mirada a la puerta.

—Eh, bueno, solo me alegro de que te haya gustado —respondió con la voz algo tensa mientras jugaba con el borde de su camisa de ra-

yas verticales negras y blancas—. Mamá me pidió que fuera de compras con ella antes, nos vemos luego —y, sin perder un segundo más, salió de la habitación, intentando ocultar las intensas emociones que albergaba en ella, que comenzaban a salir sin control como el vapor de una tetera lista para ser servida.

Alex y Jason intercambiaron una mirada, divertidos por su repentina salida.

—¿Qué fue eso? —preguntó Alex, levantando una ceja entre divertido y confundido.

El chico de quince años rió, todavía mirando la salida por donde había escapado su hermana.

—Creo que nuestra pequeña «fashionista» se puso tímida —dijo, con una sonrisa, encogiéndose de hombros—. No lo pienses mucho, ella es medio rarita —comentó, volviendo a mirar la pantalla de su videojuego en pausa.

Alex, pensativo, solo sonrió suavemente tras un momento.

—Interesante... —comentó, antes de admirar su reflejo en el espejo una vez más—. Aunque eso no quita que tenga buena mano; nunca me he sentido tan bien con un traje.

Jason rodó los ojos ante el comentario de Alex, pero no podía negar que el traje se veía bien.

—Sí, sí... amigo —dijo con tono burlón—. Solo que no se te suba a la cabeza.

Alex sonrió con picardía, disfrutando la atención. Flexionó ligeramente los brazos para presumir.

—Sin promesas, amigo —respondió, con una sonrisa confiada.

## *Un chico, una chica y un armario*

El siguiente sábado llegó junto a la esperada visita del pelinegro a los hermanos de ojos azules, cabello dorado como el oro y piel pecosa. Los pequeños primos de Jason y Dulce vinieron a visitarlos. Dos de ellos estaban acaparando la consola de videojuegos y los chicos mayores no podían deshacerse de ellos sin meterse en problemas. Sin más remedio para entretenerte, se fueron a jugar al baloncesto en el patio, mientras el resto de los primos jugaban al escondite bajo el cuidado de la segunda prima mayor, Dulce. Mientras tanto, los adultos estaban fuera de la casa, en pleno vecindario, haciendo una parrillada y hablando entre la música alta y anécdotas divertidas.

Alex y Jason se pararon en la improvisada cancha del pequeño patio trasero, botando el balón naranja entre ellos. El clima era perfecto para actividades al aire libre, con el sol brillando en lo alto y una ligera brisa que movía las hojas, refrescando sus cuerpos sudorosos.

—Entonces, ¿estás listo para perder? —preguntó Jason, con una sonrisa arrogante y en posición de defensa.

Alex solo se rió en respuesta y agregó con el mismo entusiasmo de su mejor amigo y rival en este intenso partido amistoso:

—Por favor, te tendré comiendo tierra antes de que te des cuenta.

Mientras tanto, Dulce estaba muy ocupada con sus primos y otros niños del vecindario que se unieron al juego. Se dedicó a cuidar al grupo de chicos de entre diez y trece años, buscando que se divirtieran y se portaran bien para demostrar que era madura y responsable.

Además, pensaba que los niños eran divertidos. Pasaron las horas rápidamente hasta que comenzó a oscurecer.

Tendrían su última partida de escondite, así que las cosas se pusieron serias para los jóvenes. A Dulce se le ocurrió la idea de meterse en el armario de su hermano. Él la había atrapado en su propio cuarto más de una vez, así que cambiar de estrategia parecía la clave para la victoria. El armario tenía una estantería doble donde podría esconderse si se agachaba. Incluso si alguien abría la puerta y echaba un vistazo rápido, al ocultarse al fondo entre los zapatos no sería fácil encontrarla gracias a la oscuridad.

Se quedó sola y en silencio, pensando que sería la ganadora, hasta que salió de sus pensamientos al oír pasos que se acercaban. Asomó discretamente un ojo por el estrecho espacio entre las puertas cerradas. Pensó que era uno de sus primos o los hijos de los vecinos, pero casi perdió el aliento al ver a Alex con una toalla alrededor de la cintura. Al parecer, después de jugar con su hermano, había sudado mucho y se había dado una ducha para refrescarse. Ahora tenía que cambiarse para irse a casa o se metería en problemas con su familia por llegar tarde.

Se quedó en silencio, observando atentamente, sintiendo su pecho bombear como un tambor. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero no podía evitar querer mirar aquella inesperada vista privilegiada de su enamorado. Con el cuerpo aún húmedo, Alex se paró a solo unos metros del armario, ajeno a la presencia de la hermana de su mejor amigo. Se acercó y miró su camisa, sus bóxers, sus calcetines y sus tenis en la cama, pero notó que faltaba algo. ¡No estaban sus pantalones!

Mientras se movía, sus músculos se flexionaban y ondulaban, aún brillando ligeramente por la humedad. La tela apenas se aferraba a su cuerpo, para desgracia o fortuna de la rubia que se mantenía oculta, sin saber qué hacer en tan bochornosa situación. Dulce se decía a sí misma que era malo invadir la privacidad de las personas, pero aquella imagen le producía un placer inmenso, y aquello la hacía sentir incómoda y culpable.

Sentía una repentina humedad formándose entre sus piernas; pensó que podía ser el periodo, pero no veía sus pantalones mancharse de rojo. Maldijo a Alex y a su cuerpo por cómo la hacía reaccionar. Era una sensación extraña, como una picazón que al mismo tiempo era una calidez punzante. No lo entendía, pero se sentía enferma al reaccionar así bajo esas circunstancias. Se contuvo, incluso si nadie estaba allí para juzgarla. Ella era una buena persona —o quería serlo— y, pese a no comprender del todo la gravedad de la situación, no quería hacer algo inapropiado contra la integridad de Alex, incluso si él no era consciente.

Miró hacia otro lado y pasó sus manos sobre su cara, que ardía, tratando de calmarse y respirando pesadamente. El adolescente continuó revolviendo entre su ropa, buscando algo que ponerse para cubrir sus piernas. Dejó escapar una maldición por lo bajo.

—Maldita sea, ¿dónde están...? —murmuró, frustrado.

Se dio la vuelta ligeramente, mostrando los músculos tonificados de su espalda. La toalla se asentaba aún más baja en sus caderas mientras se inclinaba hacia el tocador. Su amigo vivía como un cerdo al que poco le preocupaba el orden, y ese hecho comenzó a irritarlo. Dulce trató de mantenerse en silencio. No quería que él pensara mal de ella. Se tapó los ojos. No era una pervertida, no, no, no. Solo quería que él se fuera para continuar jugando sin sentirse mal.

Alex continuó su búsqueda infructuosa. Se quejó de nuevo, pasando una mano por su cabello despeinado.

—Los dejé justo aquí... ¿Qué habrá hecho Jason con ellos? Como los haya mezclado con su ropa por accidente, lo voy a golpear —murmuró para sí mismo.

Al moverse, la toalla bajó aún más. Dulce no pudo evitar notar sus muslos y la definida línea en V de su vientre, apenas visible desde su escondite, como una grieta que la invitaba al morbo. Pareció una eternidad y Alex no mostraba señales de detenerse. El aire en el armario se sentía pesado y el silencio era opresivo mientras ella contenía la respiración, rogando que él no abriera la puerta. Pero sus plegarias no fueron escuchadas.

Finalmente, él llegó a una conclusión: no había buscado en el armario de su amigo. Tal vez Jason los había metido allí por accidente. Miró el mueble detenidamente antes de avanzar hacia él.

«¿Qué? ¡No! ¡No! ¡No!», pensó Dulce. Se encogió en lo más profundo, se tapó la boca y apretó los ojos con fuerza, sintiendo que su corazón iba a explotar. Él dio unos pasos y sus pies descalzos golpearon suavemente la alfombra. Llegó a la manija, ignorando que ella estaba allí. Dulce oyó el roce de la mano con el metal y el eco de sus propios latidos...

Las puertas se abrieron con un suave chirrido y la luz inundó el interior oscuro. Alex se asomó con expresión perpleja. Sus ojos escanearon el montón de ropa, cajas y artículos diversos buscando sus shorts.

—¿Dónde diablos están...? —murmuró con voz ronca.

Se metió más en el armario, apartando camisas en perchas y objetos personales de su amigo: colonia, desodorante, crema para granos, condones. Revolvió todo con evidente irritación. Dejó escapar otro suspiro frustrado.

—Esto es ridículo. Si tan solo a Jason le diera vergüenza vivir como un cerdo, ya me habría podido ir...

Se movió hacia una esquina diferente, causando que la toalla se deslizara aún más, apenas sostenida en sus caderas. Estaba tan concentrado que no notaba el precario estado de su vestimenta. Dulce estaba luchando por respirar; cuando se quedó sin aire, trató de recuperarlo lo más silenciosamente posible.

Alex se agachó. Era improbable que estuvieran en el área de los zapatos, pero estaba desesperado. Metió la mano y palpó lo que había en la superficie: zapatillas, botas, polvo... hasta que sus dedos tocaron algo suave y cálido. Rápidamente retiró la mano por el susto y asomó la cabeza para ver qué era, solo para encontrar a la hermana de Jason hecha una bola, con la cara roja como un tomate.

Se quedó mirándola en silencio, atónito. Dulce retiró las manos de su rostro e intentó explicarse, aunque evitaba la mirada.

—Yo estaba jugando al escondite con mis primos. No sabía que eras tú el que me encontraría, lo juro. Lo siento.

Alex seguía en shock. La toalla amenazaba con caerse en cualquier segundo, pero él parecía ajeno. Después de un momento, logró responder con incredulidad:

—Entonces... ¿estabas escondida aquí todo este tiempo? —preguntó, mirando alternativamente la cara de Dulce y su propio torso casi expuesto.

—Sí, pero no quería hacerlo. No sabía qué hacer.

Alex notó cómo los ojos de Dulce recorrían su cuerpo y una pequeña sonrisa tiró de la comisura de su boca.

—Así son las cosas, ¿eh? —dijo con escepticismo—. Te gustó la visita, ¿verdad? —La provocó juguetonamente para relajar el ambiente.

Ella se quedó atónita. Esperaba una reacción diferente.

—Me gustaría bajar... mi familia me espera y tú tienes que irte, podemos hablar de esto luego —respondió ella con voz tensa, tratando de actuar con madurez.

Alex, en cambio, no se movió. No ajustó su toalla ni le dio espacio para salir. Miró un momento hacia la puerta; la música y las risas llegaban amortiguadas. Estaban solos. Volvió a mirarla con seriedad y una sonrisa astuta.

—Oh, no, no, no... No te vayas —se burló con tono suave—. ¿Qué pasa? ¿La diseñadora de ropa se puso tímida? Deja de fingir, Dulce. Es obvio que te gusto. Sé que anhelas esta atención, que quieres verme más de cerca, sentirme... Estás muy nerviosa para darte cuenta. —Se acercó más, rozando con su aliento la piel de su cuello—. ¿Es esta tu primera vez viendo a un chico así?

Disfrutó verla temblar, atrapada bajo su marco físico más fuerte. Acarició su mejilla con círculos posesivos.

—Te tengo justo donde te quiero —susurró con el corazón acelerado—. ¿Puedo hacerte cualquier cosa que quiera ahora mismo? ¿Eres consciente de eso?

Dulce estaba paralizada. Nunca lo había visto actuar así; la había pillado desprevenida. Trató de moverse, pero estaba clavada contra la pared y el suelo del armario. ¿Por qué ahora no podía reconocer en él al chico que la hacía suspirar?

—Alex... tú no eres así. Solo quiero salir de aquí, no hace falta que hagamos un drama, no se lo diré a nadie. Solo necesito aclarar mi cabeza.

Alex se rio, disfrutando de su incomodidad. Se inclinó más, rozando su sien con los labios. Su piel olía a jabón y a él mismo.

—Dulce... sabes que te quiero mucho. Eres adorable, pero también tan ingenua... Lamento romper la ilusión, pero soy exactamente así. Especialmente cuando quiero algo. —Pasó un pulgar por el labio inferior de la chica con un hambre oscura—. Y justo ahora, te quiero a ti.

Aquellas palabras le enviaron un escalofrío. Fue devastador. Dulce cerró los ojos y comenzó a llorar por miedo e impotencia. Verla llorar le produjo a Alex una satisfacción cruel e intoxicante. Dudó un segundo si estaba yendo demasiado lejos, pero el deseo de dominarla fue mayor.

—Shhh... no llores, eres tan bonita cuando sonrías. Aunque incluso ahora te ves hermosa.

Se presionó contra ella. El calor de su piel y su aroma la envolvieron; ella podía sentir el pecho de él a través de su fina camisa. Alex bajó la mano a su cintura, sujetándola con firmeza.

—Estás temblando —murmuró al oído—. ¿Acaso tienes miedo?

Dulce evitó su mirada, con los ojos cristalinos. Negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Tratas de decir que no, cariño? —se burló—. No estás en posición de decir que no. Podrías ser usada como yo quiera, y ahora quiero probar esa boca... ¿Alguna vez te han dado un beso?

Dulce mantuvo la boca cerrada, sintiendo cómo su amor por él se pudría y se transformaba en asco y terror.

—Sé una buena chica y abre la boca —ordenó él con una nota de amenaza. Ella volvió a negar con los dientes apretados. La paciencia

de Alex se agotó—. Tienes dos opciones: la abres voluntariamente o lo haré yo mismo. Y no prometo ser gentil.

Frunció el ceño y le agarró la mandíbula con fuerza, forzando su cabeza hacia atrás.

—Me estás haciendo enojar.

Dulce no pudo más. Gritó con voz rota mientras intentaba empujarlo:

—¡ALÉJATE DE MÍ!

Alex, sorprendido y temiendo que los descubrieran, le tapó la boca con firmeza.

—¡Cállate, maldita sea! No vas a gritar. Si lo haces de nuevo, te irá mucho peor. ¿Vas a portarte bien o tengo que enseñarte una lección?

De repente, Alex fue arrastrado por los pies y sacado violentamente del armario. El movimiento hizo que la toalla cayera, dejándolo desnudo ante la mirada de Jason, que jadeaba de ira con un bate de béisbol en la mano.

—Cabrón de mierda... —dijo Jason fríamente, apretando el bate hasta que sus nudillos blanquearon.

Alex, descolocado y vulnerable, intentó cubrirse.

—¡Qué mierda?! ¡Cuál es tu problema?!

Jason miró a su hermana llorando en el fondo del armario. Sin decir más, descargó el bate contra el cuerpo de Alex. El sonido fue un golpe seco y sordo. Alex gritó de agonía, tratando de protegerse inútilmente.

—¡Para! ¡Estás loco!

—¡Te voy a matar! —gritó Jason, golpeándolo en la cadera.

Alex rodaba por el suelo como un insecto pisoteado, suplicando misericordia. Pero Jason estaba lívido. Le propinó un golpe tan fuerte en el estómago que el bate de madera se partió en dos. Alex quedó tendido, incapaz de moverse, con lágrimas de dolor recorriendo su rostro magullado. Jason se remangó la sudadera naranja y cerró los puños para seguir.

—Por favor... para... —gimió Alex.

—Me das asco —espetó Jason, plantando un pie en su pecho y tirando de su cabello para escupirle en la cara—. Eres una rata asquerosa.

—Lo siento... no lo volveré a hacer... —suplicaba Alex entre sollozos.

Jason miró a Dulce. Sabía que, al ser Alex menor, la justicia probablemente no haría nada. Le dio una última patada en la cara.

—Mentiroso.

—¡No miento! —gritó Alex desesperado—. ¡Fue un error!

—¡Cállate! Nunca debiste hacerle algo así a Dulce ni a nadie. ¡Vístete y lárgate de mi casa!

Alex se vistió como pudo con manos temblorosas, recogiendo la ropa que Jason le arrojó. Sin atreverse a mirar a Dulce por la vergüenza, susurró un último «lo siento» y salió cerrando la puerta suavemente.

Jason respiró hondo para calmarse y abrazó a su hermana con fuerza.

—¿Te hizo daño?

Dulce se aferró a él llorando en silencio.

—No... pero realmente quería hacerlo.

Jason la estrechó más, acariciando su cabello.

—Está bien. No dejaré que te pase nada. Lo prometo.

Cuando se apartaron, él la miró con preocupación.

—¿Estarás bien?

—Sí, creo que sí.

Dulce cerró los ojos, dejando que las lágrimas fluyeran. Esa noche no hubo vencedores. Dulce perdió su inocencia frente a su primer amor; Jason perdió a su mejor amigo y la confianza en su mundo; y Alex se llevó consigo el mapa de su propia degradación grabado en moretones. En el silencio de la noche, solo quedó la resiliencia de dos hermanos unidos por el dolor.

## *La vergüenza del monstruo del armario*

La voz de Jason resonaba en mi cabeza, un eco frío y persistente. Mis ojos se fijaban en las ligeras grietas del techo de mi habitación, pero mi mente estaba lejos de mi cuerpo magullado.

«Eres solo una rata asquerosa y un enfermo».

La vergüenza y la agonía me quemaban más que cualquier golpe. Había arruinado todo en un solo instante. Me miré las manos, temblorosas, como si no me pertenecieran. ¿Quién era ese monstruo que se había apoderado de mí?

Durante años, Dulce había sido la «hermanita» de mi mejor amigo. Siempre la veía en la periferia de nuestra amistad con Jason: una figura menuda con una risa que me hacía sonreír, absorta en sus libretas de bocetos. Pero algo había cambiado. Me di cuenta de que ya no era solo una niña. Sus ojos se iluminaban cuando se entusiasmaba con un proyecto y se sonrojaba cuando la provocaba. La forma en que me miraba era diferente a la de una hermana o una amiga, y eso me hizo sentir... especial.

El traje. Joder, el traje. Cuando me lo dio, no pude creer que ella lo hubiera hecho. Era perfecto, hecho a mi medida. Sentí una oleada de afecto tan grande que no supe qué hacer con ella. La provoqué y, cuando se sonrojó, me sentí poderoso. Fue en ese momento cuando todo empezó a torcerse.

Al encontrarla en el armario, jugando al escondite, la situación me pareció una oportunidad para divertirme. No me iba a quedar con

las ganas de verla reaccionar otra vez. Pero el juego se puso tenso y el miedo me invadió. ¿Qué pasaría si Jason no nos hubiera encontrado antes?

Me enojé, me frustré, y mi única forma de lidiar con esa emoción fue convertirme en el monstruo que Jason vio. Fingí que era algo más oscuro, más retorcido. Quería ver hasta dónde podía llegar con ella, si podía hacer que me diera aún más atención. Quería que ella sintiera la misma necesidad de tenerme que yo sentía por ella. Pero esa justificación se desvanece al enfrentarme a la verdad: mis acciones solo buscaban el placer de tener poder sobre alguien más débil que yo.

¿Quién me odia más en este momento? ¿Jason o yo? Dudo que la respuesta sea Dulce. Conociéndola, seguramente llegaría a la conclusión de que fue su culpa de alguna manera. Solo pensar en eso me hace sentir más podrido.

Y luego, Jason. La rabia en sus ojos fue como un golpe en el estómago. Sabía que se sentía traicionado. La confianza que habíamos construido a lo largo de los años se había evaporado. Y no lo culpo. Me golpeó sin piedad y no hice nada para defenderme. Merezco lo que me pasó. Merezco cada moretón, cada herida y cada pedazo de dolor que Jason me infligió. Merezco la vergüenza, el remordimiento y el arrepentimiento que me carcome.

Fui un cobarde. Lo siento. Pero esas palabras no son suficientes. He perdido a mis dos personas favoritas en el mundo. Si pudiera retroceder en el tiempo, le rogaría a mi «yo» de ese entonces que no se acercara a ese armario, que no dijera esas palabras, que no le hiciera sentir a Dulce ese miedo que nunca debió haber sentido por un momento de mi egoísmo.

Ahora, solo me queda el silencio de la noche, el recuerdo de una amistad que rompí y el corazón que destrocé.

## *El grito de la inocente*

¿Por qué no me di cuenta antes? Qué tonto fui. Qué ciego.

Todo este tiempo, lo único que hacía era burlarme de sus hobbies y de sus sueños, pensando que esa era la forma en que los hermanos se demuestran cariño. Creía que con fastidiarla cumplía con mi papel de hermano mayor; mientras tanto, el peligro no estaba afuera ni en la calle: estaba justo bajo mis narices, y yo mismo lo dejé entrar.

Alex. Mi mejor amigo. Lo conozco desde que éramos niños, ¿verdad? Es como un hermano para mí; siempre lo ha sido. Crecimos juntos y él siempre fue el más sensato, el más tranquilo de los dos. El más inteligente, el más educado... en cambio, yo siempre fui el más bruto. Él era el tipo de persona en la que siempre puedes confiar. Y confié. Le confié mi casa, a mi familia y a mi hermana.

Ahora me doy cuenta de que no lo conocía tan bien como creía.

Pensé que lo del traje era solo una broma entre ellos. Él bromean-do con la «mocosa» de catorce años. Pero ahora... me siento como si yo hubiera sido parte de la burla. Él no sentía vergüenza al pedirle a Dulce que le tomara las medidas; él lo disfrutó. Le encantó tener su atención y yo... yo me reí, como si fuera algo gracioso. Pensé que era algo inocente, ya que yo era la conexión entre ellos, la razón por la que se acercaron en primer lugar.

Y Dulce... mi hermana. La niña que todavía duerme con su peluche y ve películas de fantasía. ¿Qué estaba pensando cuando lo dejé solo con ella? La dejé en el jardín, jugando al escondite con los

primos, sabiendo que era lo suficientemente madura para encargarse mientras los adultos se entretenían afuera, descansando un momento de sus responsabilidades. Me fui a jugar al baloncesto con Alex.

Lo dejé entrar solo en casa para que buscara sus cosas y yo me fui a la cocina a beber agua, mirando cómo los niños se buscaban entre sí. Nunca se me habría pasado por la cabeza lo que estaba ocurriendo en mi propia habitación hasta que la escuché gritar. ¿Qué le habría pasado a ella en ese armario si no los hubiera interrumpido? Pudo haberle hecho cualquier cosa. Pudo haber abusado de ella, pudo haberla violado... y no sé si ella habría confiado en mí para decírmelo, porque yo solo sabía bromear.

De repente, mi mundo se puso de cabeza. Siento un nudo en el estómago, un pánico que no puedo describir. Me siento como la peor persona del mundo, como el peor hermano mayor que pudo haber existido. Estoy enojado, iracundo y profundamente arrepentido de no haber notado las señales antes.

Ojalá a Alex le duela verse al espejo. Que sufra de dolor físico, porque ya no sé si siquiera le importa el dolor emocional después de no dudar en apuñalarme por la espalda. Sabía que yo no soy de los que se quedan de brazos cruzados ante una injusticia, especialmente si es contra la gente que amo.

Prometo hacerlo mejor. Ser mejor hermano, mejor hijo, mejor persona. Haré lo que haga falta para evitar que los que están a mi lado sufran por mi incapacidad de ver más allá de mí mismo.

## *Insectos en el estómago*

Las mariposas que alguna vez revoloteaban en mi estómago cada vez que lo veía se han transformado en un enjambre de avispas. Sus agujones me desgarran por dentro y el dolor es tan agudo que me roba el aliento.

¿Por qué tuvo que ser así? ¿Por qué tuvo que ser él?

El mismo chico al que le diseñé y le cosí un traje con mis propias manos durante una semana entera, con la esperanza de que, tal vez, se fijara en mí. El chico que aceleraba mi corazón, que me hacía sudar las manos y que dibujaba una sonrisa boba en mi rostro cada vez que mi hermano pronunciaba su nombre. ¿Y todo para qué? ¿Para que me mirara como si fuera un objeto que podía usar y romper a su antojo?

La oscuridad en sus ojos no se parecía en nada a la calidez de su mirada color miel. Su voz ronca, la misma que antes me hacía soñar, me habló de poder, no de ternura. El muchacho que me arrancaba suspiros se había esfumado y, en su lugar, había un extraño. No era mi Alex. Y ahora sé que, probablemente, nunca lo fue. Me aferré a una ilusión, a la idea de lo que podía llegar a ser, de lo que sentía por él, y esa ilusión se quebró en mil pedazos.

Y Jason... él estaba ahí. Él siempre está ahí. Siempre dispuesto a molestar me con sus bromas pesadas y sus comentarios cínicos sobre mis «vestiditos para mis juguetes». Pero esta vez no bromeaba. Vi la furia en sus ojos cuando lo enfrentó. Si no hubiera llegado... no quie-

ro ni pensarlo. El asco me sube por la garganta solo de imaginarlo.

La manera en que lo golpeó, cómo me defendió, fue la prueba de que, detrás de su fachada de hermano mayor fastidioso, siempre ha habido un protector. Y, sin embargo, siento que sacrificó la amistad más importante de su vida por mi culpa. Mi mente me repite que no es responsabilidad mía, pero la presión en mi pecho se niega a creerlo. Siento su dolor, su traición, y de algún modo me siento responsable. Aunque él insista en decirme lo contrario, aunque me obligue a repetirlo hasta que logre creérmelo de verdad.

Duele. No solo por el miedo. Duele porque él no era el chico de mis sueños, y me siento estúpida por haber confiado en él, por haber puesto mi corazón en manos de alguien que nunca conocí en realidad. Duele por Jason, por su ira, por el vacío que deja la pérdida de una amistad tan querida. Duele la traición, la humillación, la impotencia. Nunca quise que pasara, pero pasó. Pasé años anhelando su interés, imaginando sus labios sobre los míos, pero nunca de esta manera. Nunca con tanta crueldad, nunca con tanta malicia. Todo terminó en un altercado amargo que dejó cicatrices en todos nosotros.

Y, aun así... no quiero olvidar. Quiero usar este dolor. Quiero que se convierta en una armadura que me recuerde que la ingenuidad no siempre es virtud, que también puede ser una debilidad. Quiero ser fuerte y no permitir jamás que alguien me haga sentir tan pequeña y vulnerable.

Y, pese a todo, no quiero dejar de creer en el amor.

Prometo tener más cuidado con quién comparto la luz de mi corazón.

## *Tentáculos y tentaciones*

Después de una cena en un restaurante de sushi con su mejor amiga, Emma regresó a su departamento. Estaba completamente ordenado, como a ella le gustaba; ya tenía bastante caos en su cabecita como para tener que lidiar con un desastre en su hogar temporal mientras terminaba sus estudios de biología marina. Sentía una mezcla de saciedad y cansancio; estaba a punto de ser medianoche y ya había pasado su hora habitual de dormir. Bueno, es lo que tiene celebrar el cumpleaños de un ser querido: te permites romper las reglas por ellos.

Mientras caminaba a su habitación, pensó en cuánto adoraba la comida asiática, en especial el sushi de calamar. Tenía un sabor suave que le encantaba al combinarlo con el arroz, la salsa de soja y otros ingredientes, especialmente si lo consumía en compañía. Según ella, eso hacía que la comida fuera más rica.

Se sumergió en la tranquilidad de su cuarto tras cruzar la puerta. Encendió la luz, se quitó el vestido rosa, la chaqueta de cuero, los tacones negros y el sujetador, y dejó cada prenda en su respectivo lugar. De su armario sacó su pijama favorito, suave y esponjoso, y lo mejor de todo: ¡tenía temática de Hello Kitty! Era adorable y eso le daba felicidad a su vida, que últimamente se resumía en estudiar para los exámenes de la carrera.

Se acostó en la cama y se cubrió, dispuesta a dormir. Pero una inquietud persistente la mantenía alerta. Con los ojos cerrados intentaba relajarse, pero una extraña presencia en el aire la mantenía inquieta. De repente, unos tentáculos emergieron de debajo de su cama, serpenteando con una curiosidad morbosa que la envolvió por completo.

Emma, en lugar de asustarse, se sintió intrigada por esta presencia inesperada. Esto no podía ser real, debía de ser un sueño, ¿no era así? Seguramente se había dormido sin darse cuenta y estaba soñando que estaba despierta. Así, con una mezcla de audacia y excitación, comenzó a acariciar los tentáculos, explorando su textura lisa y sus movimientos. Cada caricia revelaba una nueva sensación, una invitación a un mundo de placer desconocido. Los tentáculos eran suaves y firmes al mismo tiempo, moviéndose con una gracia sinuosa que la hipnotizaba. Emma sintió cómo se deslizaban por su cuerpo, acariciando cada curva y recoveco con una ternura insospechada.

—Vengan... No sean tímidos —susurró, invitándolos a explorar más de su cuerpo.

Los tentáculos, animados por su permiso, comenzaron a moverse con una excitación palpable. Uno de ellos se deslizó hacia su boca, presionando la punta contra la abertura de sus labios. Emma lo recibió con una mezcla de sorpresa y placer, sintiendo su suavidad y su fuerza. El tentáculo se movió dentro de su boca, explorando cada rincón. Ella cerró los ojos y jadeó suavemente mientras succionaba con avidez, saboreando su textura extraña mientras sentía cómo sus bragas quedaban cada vez más húmedas. Las ventosas del tentáculo se adherían a su lengua y a las paredes de su boca, creando una sensación de succión y presión que la hacía gemir de deseo.

Mientras el tentáculo en su boca la exploraba con delicadeza, otro se dirigió hacia el borde de su pantalón de pijama, recorriendo la superficie de su piel tersa y cálida hasta presionar la punta contra la humedad de su ropa interior. El tentáculo, al notar la barrera de tela, la apartó a un lado, dejando expuesta su intimidad lubricada por sus propios fluidos. Se frotó de arriba abajo, tentando a la mujer que se retorcía de anticipación. Después de unos minutos, se posicionó en su entrada lentamente, abriéndose paso con una presión firme que le daría escalofríos a cualquiera.

Emma prácticamente gritó con la boca llena y los ojos lagrimeantes, sintiendo cómo la llenaban y exploraban por dentro; cada movi-

miento estaba envuelto en una intensidad abrumadora. El tentáculo se movía en su interior buscando puntos sensibles que la hacían estremecer. La textura fría y resbaladiza contrastaba con el calor húmedo de su cuerpo, creando un contraste que la volvía loca de placer.

Un tercer tentáculo se deslizó desde sus pies hasta su zona posterior. Emma se tensó por un momento, pero pronto se relajó, permitiendo la invasión. El miembro se movía con una presión constante, abriéndola poco a poco. La sensación de las ventosas succionando su piel era intensa, enviando ondas de placer a través de su cuerpo. Emma se sentía completamente llena; los tentáculos en su boca y en su cuerpo se movían en sincronía, explorando cada rincón de su ser.

Al mismo tiempo, otros apéndices comenzaron a envolverla, inmovilizándola con una presión suave pero firme. Emma se sintió envuelta en un abrazo múltiple, cada uno acariciando su piel con una ternura inesperada. Recorrían su espalda, sus brazos y sus piernas con una delicadeza que la hacía suspirar. La sensación de estar a merced de estos seres misteriosos la excitaba aún más, sabiendo que estaban al servicio de su deseo.

Los tentáculos se movían con una coordinación perfecta, como si conocieran cada una de sus necesidades. Ella se sentía abrumada, pero satisfecha, con el cuerpo vibrando por un placer que nunca había experimentado. Continuaron su danza erótica, cada movimiento más intenso y profundo, llevándola a un clímax tras otro. Emma, perdida en la ola de sensaciones, movía sus caderas al ritmo de la criatura, animándola a ir más allá.

No podía parar de emitir ruidos de placer, con la voz ahogada por el grosor del tentáculo en su boca, mientras su cuerpo temblaba con cada embestida. Finalmente, tras una serie de caricias intensas, los tentáculos se detuvieron, habiendo saciado su curiosidad. Emma, exhausta y satisfecha, se recostó sintiendo una paz desconocida. Los tentáculos, con una ternura inesperada, la arroparon y le dieron una suave palmadita en la cabeza antes de deslizarse de vuelta a la oscuridad bajo la cama.

Emma, con una sonrisa, se dejó llevar por un sueño profundo y reparador. Su pijama de Hello Kitty, ahora ligeramente desaliñado, era el recordatorio tierno y morboso de una noche inolvidable.

## *¿Realmente es un sueño?*

El despertador sonó, pero Emma ya estaba despierta. La suave luz de la mañana se filtraba por las persianas, iluminando su habitación de una manera que hacía que la noche anterior se sintiera aún más surrealista. Se estiró, sintiendo una agradable sensación de cansancio en sus músculos: un recordatorio físico de las intensas sensaciones que había experimentado. La sonrisa no se borraba de su rostro; era una mezcla de incredulidad, placer y un toque de vergüenza divertida.

Se levantó de la cama, recogió el pijama de Hello Kitty y se dirigió al baño. Mientras se miraba en el espejo, notó un leve rubor en sus mejillas. Se preguntaba si realmente había sucedido o si había sido un sueño tan vívido que su mente lo había confundido con la realidad. Se sentía diferente, como si una parte de ella se hubiera despertado.

Después de una ducha tibia, se preparó un café y se sentó en el sofá, envuelta en una manta. La tranquilidad de su departamento, el mismo lugar que la noche anterior había sido testigo de algo tan extraordinario, la hacía reflexionar. ¿Eran esos tentáculos criaturas de otro mundo? ¿Eran una manifestación de su propio subconsciente, liberando deseos reprimidos? La falta de respuestas solo alimentaba su curiosidad.

Mientras saboreaba su café, su teléfono sonó. Era su mejor amiga.

—¡Emma! ¿Cómo dormiste? ¡Espero que bien después de la gran cena de anoche! —exclamó.

Emma se rió suavemente.

—Dormí... muy bien, la verdad. Tuve un sueño muy interesante.

—¿Ah, sí? ¿Quieres contármelo? —preguntó su amiga con una voz llena de curiosidad.

Emma dudó por un momento. ¿Cómo le contaría a su amiga que había soñado que unos tentáculos salían de debajo de su cama para darle la noche más placentera de su vida? Decidió que esa no era una conversación para tener por teléfono.

—Quizás en persona. Tenemos que vernos pronto para que me cuentes los chismes de anoche y yo te cuente mis locas fantasías — respondió Emma, evadiendo la pregunta con una sonrisa.

—¡Claro! Hablemos más tarde. Tengo que irme, pero mándame un mensaje si necesitas algo —se despidió su amiga antes de colgar.

La llamada dejó a Emma pensativa. La normalidad de su vida se sentía un poco fuera de lugar. Se preguntaba si los tentáculos volverían. No sintió miedo, sino una emoción que la hizo sentir como una niña en vísperas de Navidad. Se preguntó si podría invocar su presencia. Se acostó en el sofá, cerró los ojos y se concentró. Pensó en el tacto suave y firme, en la presión que la había llenado y en el placer que la había consumido. Pero no pasó nada.

De repente, un pensamiento la hizo abrir los ojos de golpe. Si los tentáculos eran una manifestación de su subconsciente, ¿qué pasaría si los buscaba activamente? ¿Podría encontrar la manera de volver a conectar con ellos? Se sintió como si estuviera al borde de un descubrimiento, una puerta a un mundo de sensaciones que apenas había comenzado a explorar.

Emma decidió que no podía dejarlo así. Se levantó del sofá con una nueva determinación. La noche anterior había sido solo el comienzo; ahora era su turno de explorar. La intriga y el deseo de volver a sentir ese placer la impulsaba a seguir hacia adelante. Se sintió emocionada y llena de energía. Se preguntó a dónde la llevaría esta nueva aventura y si volvería a tener el placer de ser visitada por esas extrañas y maravillosas criaturas.

## *La realidad*

Después de un día lleno de pensamientos y una creciente excitación, Emma regresó a su departamento. La tarde se había arrastrado lentamente; cada minuto era una tortura de anticipación. Sentía una urgencia, una necesidad de resolver el misterio de la noche anterior. Esta vez, la cena fue una simple ensalada; no tenía apetito para un banquete. El pensamiento de la comida ya no la emocionaba tanto como la posibilidad de volver a ver a esas extrañas criaturas.

Se acostó en la cama, el mismo lugar donde la magia había ocurrido. La habitación estaba en penumbra, a excepción de la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Cerró los ojos, pero esta vez, en lugar de intentar dormir, se concentró. Dejó que su mente divagara, reviviendo cada sensación de la noche anterior: el suave tacto de los tentáculos, la presión que la llenaba, los gemidos que escapaban de sus labios. Era una meditación en el placer, una invocación del deseo.

El tiempo se detuvo. Los segundos se convirtieron en minutos, y los minutos en una eternidad. Emma, frustrada, se dio cuenta de que su intento de recrear el momento no estaba funcionando. Había una diferencia fundamental: la noche anterior había sido una sorpresa; esta noche era una espera. El deseo no era suficiente; necesitaba algo más.

Con un suspiro de frustración, se levantó de la cama. La respuesta no estaba en la inacción, sino en el movimiento. Si las criaturas eran una manifestación de su subconsciente, entonces tenía que actuar, tenía que liberar su mente. Se puso de pie, se despojó del pijama —esta

noche de Kuromi— y se quedó desnuda. Caminó hasta su armario, abrió la puerta y sacó una botella de aceite de masaje.

Regresó a la cama, se sentó y comenzó a masajear sus piernas, sus brazos, su abdomen. La piel se sentía suave y resbaladiza; el aroma del aceite llenaba la habitación. Cerró los ojos y, con cada caricia, dejó que sus pensamientos se desvanecieran. Se concentró en las sensaciones físicas, en el tacto de sus propias manos.

La respuesta no se hizo esperar. De la oscuridad, no solo uno, sino varios tentáculos emergieron en un elegante y sinuoso movimiento. No se apresuraron. Uno se deslizó lentamente, como una caricia líquida, subiendo por su pierna izquierda. Las ventosas, suaves y cálidas, se adhirieron a su piel, enviando escalofríos a través de su cuerpo. Emma arqueó la espalda, invitando a una exploración más profunda.

—Sabía que volverían —susurró Emma con una sonrisa. «Los extrañé», pensó.

Otro tentáculo, más grueso y poderoso, se deslizó entre sus muslos. Mientras el primero exploraba su pierna, este se dirigió directamente a la fuente de su deseo. Emma abrió las piernas en una silenciosa súplica. La punta del miembro se frotó contra la entrada de su vagina, ya húmeda de anticipación, enviando ondas de choque a cada nervio. Ella jadeó, con la voz convertida en un suave lamento de excitación. El tentáculo no la penetró de inmediato, sino que se enroscó alrededor de su clítoris; las ventosas succionaban y estimulaban con una precisión divina.

Un tercer tentáculo se deslizó por su abdomen hacia sus pechos. Las ventosas se adhirieron a sus pezones, succionándolos con una fuerza deliciosa que la hizo gemir. El placer era tan intenso que las lágrimas brotaron de sus ojos, pero eran lágrimas de pura dicha. Mientras sus pezones se endurecían bajo la succión, el tentáculo en su clítoris aumentó la velocidad, empujándola al borde del éxtasis.

El cuarto tentáculo se deslizó por su espalda. No era una caricia, era una invasión. Emma se tensó por un momento, pero el estímulo en sus pezones era demasiado abrumador para resistirse. El apéndice

se abrió camino hacia su zona posterior, presionando con una lentitud tortuosa. El músculo se relajó con una delicadeza exquisita, permitiendo que la punta se adentrara en su interior. Emma soltó un grito ahogado de sorpresa, amortiguado por un quinto tentáculo que se había introducido en su boca, llenándola y dándole una sensación de sumisión completa.

Ahora se sentía totalmente colmada. El tentáculo en su boca la silenciaba, el de su clítoris la llevaba a la locura, el de su ano se movía con una presión constante y el de su vagina comenzaba a penetrar lentamente, abriéndose camino y llenándola con una plenitud que le cortó el aliento. Ella se movía con ellos, con las caderas girando en un baile hipnótico mientras era invadida.

Los tentáculos se movían en una coreografía perfecta. El de su boca succionaba con avidez, el de su clítoris aceleraba el ritmo, el de su vagina se movía con una embestida lenta pero profunda, y el de su ano se movía al unísono, explorando cada centímetro de su ser. Emma no podía pensar, solo sentir. El placer era tan abrumador que su cuerpo temblaba sin control.

Finalmente, todos se movieron al mismo tiempo, acelerando el ritmo y estimulando cada punto sensible simultáneamente. El placer se intensificó, construyéndose en una ola gigante que la envolvió por completo. Emma gritó —un grito que solo existía en su mente— mientras su cuerpo se convulsionaba en un orgasmo tras otro. Las criaturas no se detuvieron, sino que continuaron, extrayendo cada última gota de placer de su cuerpo.

Cuando finalmente terminaron, se retiraron lentamente, dejando a Emma en un estado de éxtasis total. Los tentáculos, con una ternura inesperada, la acunaron por un momento antes de deslizarse de vuelta a la oscuridad. Emma se quedó sola; su cuerpo temblaba y su mente estaba en blanco, sumida en una paz profunda.

Esta vez no se preguntó si era un sueño. Sabía que era real.

## *Confesión en la cafetería*

El aroma a café y a pastas dulces llenaba el aire de «El Rincón del Gato», la cafetería favorita de Emma y su mejor amiga. Sentadas en una mesa junto a la ventana, la conversación fluía como siempre, llena de anécdotas universitarias y chismes inofensivos. Pero Emma tenía algo que la carcomía, un secreto demasiado grande para guardarlo sola.

Tomó un sorbo de su café con leche y, con una mezcla de nerviosismo y emoción, se inclinó sobre la mesa.

—Jenny, necesito contarte algo, pero tienes que prometerme que no me juzgarás.

La pelinegra, intrigada, dejó su pastel de zanahoria a un lado.

—Claro, lo prometo. ¿Qué pasa? ¿Conociste a alguien?

—Algo así —dijo Emma, bajando la voz a un susurro—. He estado... viendo a alguien. O algo. Mira, ha habido unos... tentáculos. En mi cama.

Jenny, cuya piel tenía la tonalidad de la canela más suave y tierna, soltó una carcajada pensando que era una broma.

—Emma, ¿de qué hablas? ¿Una película de terror? ¿O es una metáfora de tu vida sexual? —rió entre dientes.

—No es una metáfora —insistió Emma. La seriedad en su rostro hizo que la risa de su amiga se apagara—. Son tentáculos reales. Viene de debajo de mi cama. Y son... increíblemente buenos.

El silencio se instaló entre ambas. Jenny la miró con una mezcla de confusión y preocupación.

—Emma, ¿estás durmiendo bien? La universidad te tiene estresada. Tal vez necesitas un descanso.

—Estoy perfectamente cuerda —se defendió Emma, sintiendo

una punzada de frustración—. Sé que suena como una locura, pero es real. Son... criaturas. Y son muy tiernas; me dan un placer que no te imaginas.

—Emma... —comenzó Jenny, con un tono suave y condescendiente, como si hablara con una niña.

—No me mires así —espetó Emma, subiendo el tono—. Sé lo que vi, sé lo que sentí. Ven a mi casa esta noche. Verás que no estoy loca.

Jenny dudó. La mirada de Emma era tan intensa, tan desesperada por ser creída, que decidió seguirle el juego.

—Está bien. Iré a tu casa. Solo para que veas que no hay nada debajo de tu cama. El «monstruo del armario» es tan real como el hada de los dientes.

—Es real —concluyó Emma—, pero está muy lejos de darme miedo.

## *Reforzando la amistad*

Horas más tarde, el ambiente en el departamento de Emma se había transformado, dejando atrás la tensión inicial para abrazar una anticipación electrizante. Jenny, delgada y con el cabello corto enmarcando su rostro salpicado de pequeños lunares, se sentó en el sofá con una postura burlona. Emma, con una copa de vino en la mano, se movió con una determinación que no admitía réplica.

—Jenny, por favor —dijo Emma, entregándole la copa—. Créeme. Esto es más real que el suelo bajo nuestros pies.

Jenny tomó un sorbo mientras su mirada recorría la habitación.

—Y ahora qué? ¿Tus amigos tentáculos saldrán a tomar el té? — Su voz era una mezcla de incredulidad y diversión.

—No. Los voy a invocar —respondió Emma en un susurro.

Dejó su copa en la mesita y, en un gesto de pura vulnerabilidad y audacia, se desnudó. La luz tenue del salón acarició su piel y Jenny sintió cómo su propia respiración se aceleraba. Emma se dirigió a la habitación, dejando la puerta abierta como una invitación irresistible. Jenny, con el corazón latiendo a un ritmo frenético, la siguió.

El cuarto de Emma se sentía más cálido, más íntimo. Ella se acostó en el centro de la cama, completamente expuesta, extendiendo sus brazos y piernas. Cerró los ojos y, en lugar de sumergirse en la oscuridad, su mente se llenó de la memoria de las sensaciones de la noche anterior. El recuerdo del placer inundó su cuerpo, haciéndola vibrar. Sintió la presencia de Jenny en la puerta y, con esa certeza, se entregó.

De repente, un susurro húmedo llenó el aire. El ambiente se volvió salino, con un ligero aroma dulce, casi como una flor marina. Debajo de la cama emergió un pulso húmedo. El primero en salir fue

un tentáculo de color púrpura y azul iridiscente, moviéndose con la gracia de una bailarina. Jenny jadeó; su incredulidad se hizo añicos. El tentáculo se deslizó sobre la alfombra, su superficie lisa y brillante reflejando la penumbra. Jenny, sin aliento, soltó su copa de vino. El cristal se estrelló en el suelo y el líquido rojo se esparció como una herida abierta.

—Te lo dije —susurró Emma con una voz llena de triunfo.

El tentáculo se deslizó sobre su abdomen y las ventosas se adhirieron a su piel con una succión suave. Una nueva ola de placer la hizo arquear la espalda. Otras extremidades se movieron rodeándola, pero una se desvió. Jenny, petrificada, no podía apartar la mirada mientras una de las criaturas, más delgada que las otras, se deslizaba hacia ella. Su punta húmeda la rozó en la rodilla. Jenny soltó un pequeño gemido, una mezcla de miedo y fascinación.

—Ven —la invitó Emma—. No tengas miedo.

Jenny, en trance, se acercó a la cama. Emma se sentó, con sus ojos color miel brillando por el deseo, y la atrajo hacia sí. Sus cuerpos se encontraron y el calor de Emma se fundió con la piel de Jenny. Se besaron; un beso que era ruego e invitación a la vez. Los labios de Jenny se abrieron para recibirla con avidez. Mientras se separaban, el tentáculo que la había rozado se deslizó entre sus piernas, apartando su vestido para exponer su intimidad.

Los gemidos de ambas se mezclaron. Un tentáculo grueso y firme penetró a Emma con una lentitud tortuosa. Ella se arqueó y sus quejidos fueron ahogados por otro miembro que se deslizó en su boca, silenciándola. Mientras tanto, otro se enroscó en su cuello, succionando suavemente su clavícula y dejando una marca roja.

Con Jenny, la acción no fue menos intensa. Un tentáculo se enroscó alrededor de su clítoris, estimulándola con una precisión asombrosa. Ella temblaba mientras el placer la inundaba. Otro apéndice se deslizó por su espalda, abriéndola con una firmeza que la hizo gemir con fuerza, mientras un tercero se abría paso en su vagina. El contraste de sentirse llena en ambos orificios la llevó a una nueva dimensión.

Jenny se retorció, con la espalda arqueada y el cuerpo convulsionando.

El aire se llenó de un coro de jadeos; sus respiraciones se volvieron un mismo aliento. Las manos de Jenny se agarraron al cabello de Emma, perdiendo los dedos entre los mechones oscuros mientras se movían al ritmo de las criaturas. Las ventosas succionaban, la fricción aumentaba y el placer se volvió un tsunami que las arrastró a ambas. Sus cuerpos se sacudieron en un orgasmo explosivo, una culminación que las dejó sin aliento, exhaustas y felices.

Los tentáculos se retiraron lentamente. Sus cuerpos, sudorosos y temblorosos, quedaron entrelazados. La luz de la luna iluminó a las dos amigas que, exhaustas, se miraron. Los ojos de Jenny, llenos de lágrimas de placer, se encontraron con los de Emma. Jenny soltó una carcajada que sonaba a alivio y sorpresa. Se abrazaron; un abrazo que iba más allá de la amistad, uniendo dos almas que ahora compartían un secreto maravilloso.

## *Nosotras*

El silencio en la habitación era espeso, roto solo por el eco de sus respiraciones agitadas. El aire, denso y húmedo, aún conservaba un rastro del aroma salino de los tentáculos, mezclado ahora con el almizcle del deseo de ambas mujeres. Sus cuerpos, aún entrelazados, brillaban bajo la tenue luz; la piel tibia y pegajosa por el sudor y los fluidos de la noche. Jenny fue la primera en romper la quietud, con una voz que apenas era un susurro.

—Emma...

La joven se giró para mirarla, con los ojos oscuros llenos de una inmensa paz.

—¿Sí?

—No sé qué fue eso —susurró Jenny, mientras su mano temblorosa acariciaba el abdomen húmedo de su amiga. Sus ojos miel, aún desorbitados por la incredulidad, se encontraron con los de Emma—. Sabía que estabas loca, pero... esto...

Emma se rió suavemente, una risa sincera y llena de alivio que liberó la tensión acumulada.

—Te lo dije. Es una locura, ¿verdad?

—Una locura... maravillosa —corrigió Jenny, con una sonrisa tímida—. Sentir... esa cosa... dentro de mí. Es tan extraño e increíblemente bueno. Es como si me hubieran reescrito los nervios del cuerpo.

—Lo sé —asintió Emma. Su mano se movió para acariciar la mejilla de Jenny, sintiendo el calor de su piel—. Es una sensación que no se puede comparar con nada más. Es como si no solo te dieran placer, sino que te estuvieran conociendo por completo.

El diálogo se desvaneció, reemplazado por la necesidad táctil. Las manos de Jenny recorrieron el cuerpo de Emma, trazando el contorno de sus caderas. Emma, por su parte, se inclinó para besar los lunares que salpicaban el cuello y el hombro de su amiga. El sabor de su piel salada era un nuevo tipo de deleite que se sumaba a la intensidad de la velada.

—No te vayas —murmuró Jenny, como un ruego.

Emma la abrazó con fuerza. La sensación de sus cuerpos húmedos y calientes, en contraste con el aire fresco de la habitación, generaba una nueva forma de intimidad. Su abrazo no era solo de confort, sino de pertenencia. La locura que habían compartido las unía ahora de una manera que la simple amistad no podía explicar.

Sus labios se encontraron en un beso que nada tenía que ver con la invitación de hace unos minutos. Este beso era el de dos almas que se reconocían en un estado de éxtasis compartido. Era deseo, curiosidad y una conexión que solo ellas entenderían. La ternura se convirtió en pasión; sus lenguas danzaron juntas, explorando cada rincón, mientras el sonido de la succión suave llenaba el espacio entre sus rostros.

Mientras se besaban, sus piernas se enredaron en un acto de pura excitación. Jenny alzó una rodilla y Emma, siguiendo el ritmo, presionó su pelvis contra la de ella. El roce fue la chispa que reavivó la llama. Sus gemidos, ahora claros y sin obstáculos, llenaron el aire.

Se acoplaron, entrelazando las piernas antes de gemir al encontrarse piel con piel. La fricción comenzó lenta, casi tímida, hasta que se transformó en un ritmo frenético. Emma movía sus caderas con determinación, frotándose contra Jenny, quien respondía subiendo y bajando en un movimiento de cizalla que hacía vibrar cada músculo. El sonido de la piel pegajosa frotándose se convirtió en el tambor de su éxtasis.

El clítoris de ambas era estimulado por el roce, enviando descargas eléctricas a través de sus nervios. Los músculos de sus muslos se tensaron y sus gemidos se volvieron gritos guturales de urgencia. Ya no había tentáculos; solo estaban ellas dos, unidas por la noche y por

una nueva aventura. Sus orgasmos llegaron juntos, un clímax explosivo de jadeos, con los cuerpos temblando por el puro placer. Se miraron a los ojos, con lágrimas de felicidad y la respiración entrecortada.

Exhaustas y satisfechas, quedaron como una maraña de brazos y piernas, con los pechos subiendo y bajando al unísono, corazón contra corazón. Se sentían vulnerables pero protegidas. La noche había terminado en un acto de autodescubrimiento, sellando un secreto que las uniría para siempre.

## *Café mañanero*

La luz de la mañana se filtró por las persianas, pintando la habitación con un suave resplandor dorado. Emma y Jenny despertaron con sus cuerpos todavía enredados en las sábanas, sintiendo el calor la una de la otra. Sus pieles, aún con el ligero brillo de la noche, se frotaban con una intimidad tierna y nueva. El aire, ya libre del olor salino, se sentía fresco.

Jenny fue la primera en moverse; su mano recorrió la espalda de Emma con una caricia suave.

—Eso fue... increíble —susurró, con la voz ronca por el sueño y el éxtasis—. Anoche fue la cosa más loca y maravillosa que he vivido.

Emma se giró para mirarla con una sonrisa de pura felicidad.

—Lo sé. Es algo que nadie más entendería —se inclinó para besarla, un beso lento y dulce que sabía a promesa—. Me hace muy feliz haberlo compartido contigo.

—A mí también, Emma —dijo Jenny, abrazándola con más fuerza. El aroma a sándalo del jabón de Emma la hizo sentir completamente a salvo.

Emma suspiró, sintiéndose en paz.

—Debería ir a preparar café. Tenemos que prepararnos para ir a clase pronto.

Con un último beso en la frente de Jenny, se levantó, recogió una camisa del suelo y salió de la habitación tarareando una melodía. Jenny se quedó en la cama sonriendo al techo, con el cuerpo dolorido de una manera placentera. Se estiró, reviviendo mentalmente la noche anterior: la calidez de los tentáculos y cómo la habían llevado a un éxtasis impensable. Una sensación de seguridad la envolvió.

De repente, un susurro húmedo llenó el aire, pero no era el sonido familiar de la noche. Era un siseo rápido y decidido, como seda líquida arrastrándose contra el suelo. Jenny se sentó de golpe y la sonrisa se borró de su rostro. De la oscuridad bajo la cama, los tentáculos emergieron de nuevo, pero esta vez su movimiento no era una danza elegante. Se lanzaron sobre ella con una fuerza brutal.

Un tentáculo se enroscó alrededor de su pierna, apretando con una firmeza autoritaria. Jenny soltó un grito ahogado mientras otra de las criaturas se le subía encima, sujetando sus brazos contra el colchón con una fuerza implacable. No había caricias, solo un control sin piedad. Un tercer tentáculo se deslizó entre sus piernas. Las ventosas, antes instrumentos de placer, ahora se sentían como discos que la anclaban con una firmeza aterradora.

El apéndice penetró a Jenny sin ninguna preparación. Su cuerpo, aún sensible de la noche, se vio invadido de forma brusca. No hubo exploración suave ni ritmo; solo una embestida salvaje que le cortó la respiración. Jenny luchó, pero la fuerza de las criaturas era abrumadora. El dolor se mezclaba con una sensación de plenitud forzada, radicalmente distinta a la ternura anterior. Los jadeos de angustia sustituyeron a los gemidos de placer.

El acto fue tan rápido como violento. Tras unos minutos de embestidas salvajes, los tentáculos se retiraron tan abruptamente como habían llegado. Dejaron a Jenny en la cama, convertida en una masa temblorosa de confusión. Su piel estaba marcada. Se quedó inmóvil, tratando de procesar la horrible diferencia entre ambas experiencias. El olor a salmuera era ahora opresivo, casi nauseabundo.

En ese momento, la puerta se abrió. Emma entró con el rostro resplandeciente, cargando dos tazas humeantes.

—El café está listo. Te puse dos terrones de azúcar, como te gusta —dijo con voz alegre, ajena a todo—. Tenemos que darnos prisa para la clase, ¿recuerdas?

Jenny solo pudo mirarla con el rostro desencajado por el horror y el pánico. Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Final-

mente, estiró las manos y acunó la taza caliente, mirando su propio reflejo en la superficie oscura del líquido. Sintió ganas de llorar, pero forzó una sonrisa débil.

—Gracias —respondió en un tono apenas audible, antes de cerrar los ojos y beber un sorbo.

## *Confesiones*

El bullicio del recreo llenaba el patio de la universidad. Emma se sentó en un banco bajo un árbol con la bandeja de su almuerzo intacta. Jenny estaba a su lado, con el cuerpo tenso y los ojos fijos en un punto lejano, como si el ruido y la gente a su alrededor fueran un eco que apenas lograba percibir. Desde que Emma había vuelto a la habitación con las dos tazas de café, un muro invisible se había levantado entre ellas. El brillo en los ojos de Jenny se había desvanecido, reemplazado por una mirada ausente y una quietud que a Emma le resultaba aterradora.

Emma suspiró, dejando su bandeja a un lado. La confusión y la angustia crecían en su pecho. La mañana había sido un borrón de silencio tenso. Jenny no había hablado, no había sonreído, ni siquiera la había mirado a los ojos. Cada intento de Emma por tocarla era recibido con una sutil evasión.

—Jenny —dijo Emma con voz suave, rompiendo el silencio—. Estás muy callada. ¿Pasa algo?

La delgada figura de Jenny se encogió un poco.

—Estoy bien —murmuró, con la voz apenas audible—. Solo... no dormí muy bien.

La respuesta no la tranquilizó en absoluto. Emma se inclinó hacia ella, preocupada.

—No me mientas. Sé que no es eso. Creí que anoche... que habíamos compartido algo increíble. Que nos habíamos conectado de una forma única.

Emma intentó tomar la mano de Jenny, pero esta la retiró de inmediato. El rechazo, aunque sutil, fue como un puñetazo en el estó-

mago. Las lágrimas que la noche anterior habían sido de puro placer, ahora amenazaban con volver por razones muy distintas. Emma sentía que una parte de su corazón se estaba resquebrajando.

—Jenny —su voz temblaba—. ¿Qué pasó? ¿Por qué me evitas?

Jenny mantuvo la cabeza gacha y su cabello negro cubrió parcialmente su rostro. Un temblor recorrió su cuerpo y se abrazó a sí misma. Emma, al ver su reacción, sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la brisa de la tarde. No era solo que Jenny estuviera distante; parecía que le dolía físicamente existir. Una nueva y terrible posibilidad se abrió paso en la mente de Emma: la idea de que el placer de la noche anterior podría tener un reverso oscuro que ella no había visto.

—Jenny, por favor —susurró Emma con urgencia. Se acercó de nuevo, con la intención de rodearla en un abrazo y obligarla a hablar—. Dime la verdad. Los tentáculos... ¿Qué pasó esta mañana mientras yo no estaba?

La pregunta pendió en el aire como una barrera que Jenny no parecía dispuesta a cruzar. Sus hombros se sacudieron y su cuerpo entero se contrajo. Las lágrimas, reprimidas durante horas, finalmente cayeron sobre el asfalto. Jenny se llevó las manos a la cara, como si intentara esconderse del recuerdo. Su respiración se volvió errática, entrecortada por sollozos. El dolor en sus ojos miel era tan profundo que a Emma se le heló la sangre.

—No lo entiendes —susurró Jenny apenas audible—. No fueron... no fueron como antes. Fue como si no fueran los mismos. —Las palabras se le atascaron en la garganta—. Se lanzaron sobre mí... me sujetaron... No eran tiernos.

La mente de Emma se negaba a aceptarlo. Había una contradicción tan terrible en lo que escuchaba que su cerebro intentaba rechazarlo.

—Me hicieron daño —repitió Jenny con más fuerza, su voz quebrada por la agonía—. Eran bruscos. Eran fuertes. No me acariciaron. Me usaron. Y luego... se fueron, me dejaron ahí... sola.

El estómago de Emma se contrajo violentamente. El nudo en su garganta era tan doloroso que casi no podía respirar. La imagen de las criaturas que ella consideraba amantes, atacando a la persona que amaba, era una pesadilla insopportable. Un horror frío la envolvió. La felicidad de la mañana y la promesa de futuro se desvanecieron.

Emma se levantó del banco, rodeó la mesa sin importarle la gente que las miraba y se arrodilló frente a Jenny. La abrazó con una fuerza desesperada. No era un abrazo de consuelo, era un acto de protección y una disculpa absoluta. La sostuvo con tanta firmeza que sus cuerpos se fundieron.

—Lo siento, Jenny —sollozó Emma—. Lo siento tanto. No lo sabía. Pensé... pensé que eran inofensivos, un regalo de la naturaleza o de mi mente. —Emma sintió el temblor en el cuerpo de su amiga y la humedad de las lágrimas en su propio cuello—. No te preocupes. Estoy aquí. No voy a dejar que vuelvan a tocarte.

El ruido del patio volvió a ser un murmullo distante. Emma ya no pensaba en las clases ni en el misterio biológico de las criaturas. Su único pensamiento era Jenny y la promesa que acababa de hacer. La magia se había roto, revelando un horror que ahora tendrían que enfrentar juntas.

## *Cortar y picar*

El crepúsculo se cernía sobre la ciudad, pintando el cielo con tonos anaranjados y violetas. Pero para Emma solo había oscuridad. La rabia, fría y cortante como el filo de una navaja, había reemplazado por completo la felicidad de la mañana. Después de dejar a Jenny en su casa, agotada por el llanto, Emma regresó a su departamento sintiendo el peso de la traición y la impotencia.

El silencio de su hogar era ensordecedor. Cada vez que cerraba los ojos veía el rostro descompuesto de su amiga, oía sus sollozos y sentía el eco de su dolor. La imagen de los tentáculos, antes fuente de éxtasis, ahora se retorcía en su mente como serpientes venenosas. Habían dañado a Jenny de una manera que ella no podía perdonar. La ternura había sido una farsa; el placer, un arma.

Emma se levantó con una determinación férrea. No había lugar para el miedo, solo para la ira. Caminó hasta la cocina con pasos silenciosos. Abrió el cajón de los cubiertos y su mano se posó sobre el mango frío de un cuchillo de cocina, el más grande y afilado que encontró. El metal brilló bajo la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana. Lo sopesó, sintiendo su peso y su filo letal. Este no era un instrumento de cocina; era un arma de guerra.

Con el cuchillo escondido bajo su sudadera, regresó a la habitación. Cerró la puerta, asegurándose de que la penumbra la protegiera. Se despojó de la ropa, dejando su cuerpo desnudo. Tomó la botella de aceite de masaje y lo extendió por su piel: muslos, abdomen y pechos. El aceite resbaladizo la hacía sentir más libre, más preparada para la carnicería que se avecinaba.

Se acostó en el centro de la cama con el cuchillo bajo la almohada. No hubo necesidad de invocar nada; su sed de venganza era una

llamada mucho más poderosa que cualquier deseo. El aire comenzó a vibrar y un siseo húmedo llenó la habitación, más agresivo que antes.

De la oscuridad emergieron las criaturas. Eran más audaces y numerosas esta vez, como si detectaran una vulnerabilidad que no existía. Se lanzaron sobre la cama, con sus cuerpos iridiscentes brillando en la penumbra. Dos se deslizaron hacia sus piernas, otro hacia sus pechos y un cuarto hacia su cuello. Se acercaron con la confianza de un depredador que se cree amante.

Pero Emma no era la misma mujer de la noche anterior. Su cuerpo no se abrió con anticipación, sino que se tensó con una furia helada. En el momento en que el primer tentáculo se enroscó en su tobillo, ella sacó el acero.

La hoja brilló en el aire. El primer corte fue rápido y certero. El miembro que la había tocado con tanta «ternura» se contrajo violentamente, soltando un líquido oscuro y viscoso que manchó las sábanas. Emma no sintió asco, solo una feroz satisfacción.

Los tentáculos se detuvieron un segundo, como si procesaran el peligro. Pero era demasiado tarde. La furia de Emma era un torbellino. Se lanzó sobre ellos y el cuchillo subió y bajó con una velocidad que solo el odio podía otorgar. Cortó, apuñaló y desgarró. El aire se llenó con el sonido de la carne rasgada y un olor acre, mezcla de salitre y sangre extraña.

Las criaturas intentaron huir hacia la oscuridad bajo la cama, pero Emma no les dio tregua. Los persiguió; cada tajo era una liberación de la agonía que había visto en los ojos de Jenny. No importaba cuánto se retorcieran; su determinación era inquebrantable. Mutiló uno a uno, sin piedad, hasta que solo quedaron pedazos sangrantes esparcidos por la colcha y el suelo.

Cuando el último tentáculo dejó de moverse, Emma se quedó de pie, jadeando, con el cuchillo goteando aquel líquido oscuro. Su cuerpo temblaba por la descarga de adrenalina. Tenía la piel manchada y las manos pegajosas, pero su mirada reflejaba una paz brutal. No quedó nada intacto.

Miró el desastre: la sangre oscura empapando las sábanas blancas, los trozos de carne aún pulsando débilmente. Era un espectáculo horrendo, pero para ella era la más necesaria de las obras de arte.

Emma se desplomó en el suelo y el cuchillo resbaló de sus dedos entumecidos. Lo había logrado. Aunque el daño a Jenny ya estaba hecho, había impartido justicia contra los monstruos que ella misma dejó entrar.

# *La venganza se sirve en un plato frío*

La noche del día siguiente había caído por completo cuando Emma llamó a Jenny. Su voz era suave y tranquilizadora, despojada de la ira y la sed de sangre que la habían consumido horas antes.

—Hola, Jenny. Soy yo —susurró Emma—. Solo quería saber cómo estabas.

Al otro lado de la línea, la voz de Jenny era un hilo débil y tembloroso.

—Sí... supongo que bien. Aún estoy un poco... asustada.

—Lo sé —respondió Emma, con el corazón encogiéndose de compasión—. Pero ya no tienes por qué estarlo. Por favor, ven a mi casa. Quiero asegurarme de que estés a salvo; además, te preparé la cena.

Jenny dudó.

—No lo sé, Emma. No estoy segura de poder...

—Por favor —insistió Emma con una dulzura firme—. Necesito verte. Necesito saber que estás bien. Además, te prometo que ya no hay nada que temer. Confía en mí.

Algo en la voz de Emma la tranquilizó: un tono de autoridad y protección que Jenny nunca antes había escuchado. Aceptó, y media hora después llegó al departamento.

El lugar era un oasis de tranquilidad. No había ni rastro del caos de la masacre que había ocurrido en la habitación. Un suave aroma a incienso y comida llenaba el aire. La mesa del comedor, pequeña e íntima, estaba puesta para dos e iluminada por la luz tenue de unas

velas. Emma abrió la puerta y abrazó a Jenny con una ternura que hizo que la frágil chica se quebrara. Jenny se aferró a ella, buscando su calor, y Emma la guió al comedor.

—Te ves mejor —dijo Emma con una sonrisa genuina—. Ya verás, esta noche dormiremos tranquilas. El problema está resuelto.

Emma se dirigió a la cocina y regresó con una bandeja. En ella había una variedad de sushi hermosamente preparado. El arroz, perfectamente cocido y envuelto en alga nori, lucía impecable.

—Espero que te guste —dijo Emma, sirviendo a Jenny—. Sé que el sushi es uno de tus favoritos.

Jenny sonrió, sintiendo una ola de alivio. El ambiente acogedor y el cuidado de su amiga la hacían sentir, por fin, a salvo. Tomó un par de rollos con sus palillos y los probó. El sabor era inusual, con un toque salino profundo y una textura extraña, pero exquisita.

—Está delicioso —exclamó Jenny, con los ojos brillando de sorpresa—. ¿Qué tipo de pescado es? Es muy fresco.

Emma la miró fijamente, con una sonrisa que no llegó a sus ojos. Una sonrisa de triunfo absoluto. Dejó sus palillos sobre el plato, se inclinó hacia adelante y bajó la voz a un tono que no dejaba lugar a dudas.

—No es pescado, Jenny. Es la venganza que te prometí. Los corté uno a uno hasta que no quedó nada. Y para asegurarme de que nunca volvieran a lastimarte, los cociné. Están en tu boca, en tu estómago, y pronto no serán más que el desecho que siempre fueron.

El rostro de Jenny se volvió de un color blanco ceniciente. El sabor, antes delicioso, se transformó en una sensación repugnante. Dejó caer los palillos y el sushi rodó por el plato. Se tapó la boca con una mano, con los ojos desencajados por el horror, mientras el estómago se le revolvía violentamente.

Emma no se inmutó. La observó con la misma frialdad con la que había blandido el cuchillo. Su mirada decía: «Ya no hay nada que temer, Jenny. Te he salvado». Y en ese instante, Jenny no supo qué le causaba más pavor: si el monstruo que la había lastimado bajo la

cama o la amiga que acababa de obligarla a devorar sus restos.

# *El extranjero.*

## **Primer encuentro**

La luz de la mañana se filtraba como un oro líquido entre las copas, cayendo en hilos sobre la tierra húmeda. El aire olía a savia tibia y a hojas que aún respiraban la noche. Maya avanzaba como quien no camina, sino que crece desde la misma raíz del bosque. Cazaba. La carne fresca era una promesa y el día recién abría los ojos.

Su piel morena brillaba bajo un sudor de rocío. Los ojos, oscuros y afilados como obsidiana recién tallada, rasgaban la espesura. El cabello corto y negro se pegaba a la frente; los tatuajes —polígonos negros que parecían moverse con sus músculos— ascendían por brazos y hombros como trepadoras sagradas. Vestía fibras de palma trenzadas que respiraban con ella. En su mano, el cuchillo no era herramienta: era una extensión de su cuerpo.

Entonces llegó un sonido que no pertenecía: un roce torpe, una respiración ajena. Lo halló entre los troncos.

## **Un hombre.**

Tenía la piel tan pálida que parecía hecha de polvo de luna. Llevaba ropas cerradas que lo sofocaban bajo el calor y un sombrero extraño que no sabía protegerlo. Agachado, escribía con rapidez en un cuaderno, mientras en la otra mano un artefacto escupía chasquidos secos y destellos que se evaporaban en el aire.

Maya lo miró como mira el jaguar: sin prisa, sin parpadear. Nada en él era de allí: ni su color, ni su olor, ni su sombra. Su mano se aferró al arma.

El hombre, atrapado en su tarea, no sintió el peso de la mirada.

Se inclinó hacia una flor de pétalos encendidos y, al mover el pie, quebró una rama. El sonido cruzó la selva como un golpe de tambor. Se irguió, alerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó con un acento que partía las sílabas como si fueran piedras.

Maya emergió del follaje. Se detuvo a seis pasos, cuchillo en alto, los ojos fijos en él. El extranjero retrocedió un instante y alzó las manos abiertas, como hojas sin espinas.

—No... no quiero pelea —balbuceó en un acento inglés que tropezaba en su boca.

Ella le respondió en su propia lengua, con voz baja y grave. Él negó, sin comprender.

—No... entiendo... lo que dices.

Maya envainó el cuchillo, pero señaló al norte. La orden estaba clara. Él parecía dispuesto a obedecer... hasta que el vientre de ella rugió como un felino hambriento. Los ojos claros del hombre se iluminaron.

—¿Tienes hambre? —dijo, pronunciando la palabra como si la midiera.

Ella lo sostuvo en silencio y luego asintió. Él abrió su mochila y sacó una manzana roja como sangre fresca y un trozo de pan blanco como nube. Maya olfateó ambos regalos. Luego mordió la fruta: el dulzor le sorprendió como lluvia en estación seca. El pan, blando y salado, también le era nuevo. Con cada bocado, la dureza de su rostro se blandaba.

Él la miraba como quien ve un presagio.

Cuando terminó, ella juntó un puño contra el pecho y lo cubrió con la otra mano, murmurando algo que él no entendió. Él, torpe pero sincero, imitó el gesto.

Maya tomó entonces su cuaderno. Lo ojeó. No entendía los signos, pero sí las imágenes: aves de alas de fuego, hojas con venas de río, bestias que reconocía por el olor. Le devolvió el cuaderno con

una sonrisa torcida y una frase breve. Después, con un gesto que no admitía réplica, le ordenó seguirla.

Él obedeció. Mientras caminaba tras ella, sus ojos recorrían los tatuajes, el vaivén seguro de sus músculos y el filo que nunca se alejaba de su mano.

Llegaron a un claro de flores que parecían pintadas con pigmentos de otro mundo. Maya señaló unas, aprobando; negó ante otras. Arrancó pétalos azulados con puntas rosadas y los llevó a la boca. Él se alarmó.

—No... comer... peligroso.

Ella rió como quien sabe un secreto y le puso un pétalo en la lengua. Dulce, tierno, inofensivo.

La luz se retiraba ya a sus madrigueras. Maya se tumbó un momento, tarareando una melodía sin dueño. Después, de pie, le indicó con un gesto claro: podía seguirla.

Caminaron por horas, envueltos en una selva que ya era sombra y canto nocturno. Llegaron a una cascada; el agua, blanca y furiosa, ocultaba un sendero. Cruzaron. Al otro lado, apareció un poblado secreto: chozas de palma y madera, piedra que respiraba junto al mar. La playa, bajo la luna, parecía hecha de plata viva.

El extranjero se detuvo. Su pecho contuvo el aire. No era solo un lugar. Era otro mundo.

## *La morada de la selva*

Llegaron a su choza cuando la luz comenzaba a ceder y la selva entonaba sus cánticos nocturnos. No era una construcción imponente, ni siquiera especialmente grande, pero parecía parte de la tierra misma: una morada humilde, tejida con paciencia y respeto al entorno. La estructura, sencilla y acogedora, se erguía entre los árboles como un susurro en la espesura.

Ella cruzó el umbral con la confianza de quien conoce cada rincón, cada sombra de ese refugio. Sin prisa, se dirigió hacia la hamaca de fibras entrelazadas que pendía de un lado a otro con suavidad. Se dejó caer en ella, soltando un suspiro que parecía absorber todo el cansancio del día, y se acurrucó con naturalidad, como quien encuentra en ese gesto un retorno a casa.

Él permaneció en la entrada, observando cada detalle con una mezcla de admiración y extrañeza. Notó los pequeños manojos de hierbas secas colgados en hileras, las herramientas de madera cuidadosamente dispuestas y el aroma a humo mezclado con la fragancia sutil de flores silvestres que impregnaba el aire. Todo era orden y vida contenida, un contraste profundo con la confusión que aún sentía por estar tan lejos de su mundo. La idea, incómoda y dolorosa, de ser un intruso en ese lugar sagrado se instaló en su pecho.

Ella, consciente de su incertidumbre, desvió la mirada hacia el suelo y señaló con suavidad una estera tejida de juncos extendida frente a la hamaca. No necesitó palabras para transmitir la invitación; el gesto era firme, cálido, claro. Él dudó apenas un instante, sintiendo el peso de su torpeza en ese mundo nuevo. Finalmente, asintió y se dejó caer sobre la estera, sintiendo bajo sus manos la textura rugosa pero sorprendentemente confortable. Un leve aroma a tierra seca y plantas

acompañaba aquella simple superficie.

—Gracias —murmuró, con voz baja y un poco incómoda.

Ella respondió con unas palabras en su lengua, un susurro melódioso que parecía fluir con el ritmo mismo de la selva. Cerró los ojos, entregándose al reposo con una serenidad que él solo podía envidiar.

Él se recostó, mirando hacia el techo de palma que dejaba pasar la luz plateada de la luna. El vaivén lento y constante de la hamaca, junto con el murmullo lejano de la jungla, comenzó a arrullarlo. La noche se extendía, densa y vibrante, envolviendo ambos cuerpos en una calma relativa. Poco a poco, el cansancio hizo su trabajo y él se abandonó a un sueño ligero, apenas rasgado por la novedad del lugar.

Pero en algún momento, sin razón aparente, despertó abruptamente. No fue un sonido puntual ni un movimiento claro, sino una sensación extraña, casi eléctrica, que le erizó la piel. Se incorporó con lentitud; la estera crujío bajo sus manos y sus ojos comenzaron a ajustarse a la penumbra.

Ella seguía dormida, con la respiración pausada y firme, un faro de tranquilidad en medio del silencio. Pero él sentía que algo había cambiado. Algo que no podía nombrar, un latido distinto en el aire, como si la selva misma contuviera el aliento.

Recorrió con la mirada la choza, fijándose en cada sombra, cada objeto inmóvil. La luz de la luna se colaba por las rendijas, dibujando líneas quebradas y móviles sobre las paredes tejidas. Afuera, los sonidos naturales persistían: insectos, hojas que rozaban, el lejano canto de alguna criatura nocturna. Pero dentro, la quietud se sentía casi tangible, como un susurro contenido entre los huesos de la casa.

Intentó convencerse de que era solo la novedad, el cansancio acumulado, la mente agitada por el día y la incertidumbre. Pero el cuerpo no le obedecía. El aire parecía más denso y sus sentidos, en alerta, captaban matices que antes habían pasado desapercibidos.

Con un suspiro contenido, se recostó otra vez, tratando de calmar el pulso acelerado. Dio un último vistazo a su alrededor, asegurándose de que todo seguía en calma, pero la sombra que había sentido se

resistía a desaparecer. Cerró los ojos con la esperanza de que el sueño volviera pronto a envolverlo, mientras la selva, imperturbable, guardaba sus secretos en la oscuridad.

## *La cultura*

Pasó una semana entera y Maya se dedicó con empeño a enseñarle al arqueólogo todo lo referente a su cultura. Lo presentó a sus amigos, quienes, con la calidez y la insistencia propias de su gente, lo invitaron a beber con ellos una noche, celebrando el inicio de la nueva luna llena alrededor de una hoguera crucial para sus rituales. Maya le mostró las plantas y animales del lugar, incluso algunas especies de insectos, mientras le explicaba con paciencia sus usos y características. Le enseñó sobre la comida típica, las herramientas que empleaban —como el reloj solar— y las armas: el machete afilado y las lanzas con filo de obsidiana, elementos esenciales para la supervivencia en la selva.

También lo llevó al templo, un lugar sagrado donde rendían culto a los dioses del sol y la lluvia, porque sin ellos no habría cosechas ni vida. Le contó sobre el profundo amor que sentían por los gatos, guardianes contra las plagas que podían arruinar sus alimentos. Los hombres y mujeres cazaban y trabajaban en igualdad, bajo la autoridad del jefe Monhu, el más sabio y respetado, quien había aceptado la visita del extranjero bajo la vigilancia de Maya.

El hombre absorbía cada detalle como una esponja en un mar de conocimientos. La cultura y las costumbres de los Mandelas —así se llamaban a sí mismos— lo fascinaban: las danzas rituales alrededor del fuego sagrado, la veneración hacia la naturaleza, la devoción hacia los dioses que regían el ciclo de la vida, la reverencia por los felinos protectores y la igualdad de género que imperaba en su sociedad. Observaba las herramientas con una mezcla de admiración y curiosidad práctica, apuntando mentalmente cada dato para sus futuros estudios. En especial, el jefe Monhu captaba su atención por la inteligen-

cia y serenidad que demostraba.

Para ellos, la moralidad era algo distinto, más libre y menos rígida que en su propio mundo. Las parejas del mismo sexo vivían sus relaciones abiertamente, y era común que mujeres y hombres anduvieran sin camisa bajo el intenso sol, sin que nadie lo cuestionara. Valoraban el trabajo arduo y las fiestas eran una recompensa espontánea más que una obligación social. Las orgías, de hecho, eran una parte relativamente común de esas celebraciones, practicadas con naturalidad y sin tabúes, en un ambiente de libertad y placer. La bebida abundaba y el desenfreno formaba parte del ritual de unión y renovación comunitaria.

Pero también había un lado duro y brutal en su sociedad. El poder se ganaba a través de la fuerza y el liderazgo natural, defendido mediante peleas y pruebas de resistencia. Los castigos por transgresiones eran severos: quien faltara el respeto a los templos podía ser condenado a muerte. Los crímenes atroces, como el abuso sexual, especialmente hacia niños, eran castigados con torturas extremas. Una de las más horribles era el llamado «baño de miel»: la víctima era cubierta con miel y dejada atada en la plaza pública, donde abejas y gusanos se alimentaban de su piel, causando un sufrimiento lento y visible antes de darle muerte con un machete, en un espectáculo de advertencia para la comunidad.

El arqueólogo recibía toda esta información con una mezcla de fascinación e inquietud. Los andelas formaban una comunidad compleja y multifacética, con valores que a veces chocaban con los suyos. La actitud despreocupada hacia ciertos aspectos y la brutalidad de algunos castigos le resultaban difíciles de aceptar. La imagen del «baño de miel» le provocaba una sensación de horror y desconcierto.

Sin embargo, se esforzaba por no mostrar su incomodidad. Sabía que debía adaptarse y aprender, no juzgar. Mostraba una fachada profesional, asintiendo y formulando preguntas cuando era apropiado, aunque una tensión sutil se reflejaba en sus hombros tensos y la mandíbula apretada. Se sentía, claramente, fuera de lugar.

A pesar de todo, los mandelas lo trataban con respeto y moderación. No lo forzaban a participar en actividades que no le interesaban, aunque al principio lo alentaron a explorar, viajar al sur o probar la jardinería local. Maya permanecía a su lado como guía y traductora improvisada, usando gestos, señas y dibujos para superar la barrera del idioma. La conexión de ellos con la Madre Naturaleza y sus dioses parecía profunda, arraigada en cada aspecto de su existencia.

El arqueólogo valoraba la hospitalidad y la comprensión de los Mandelas, y especialmente la ayuda constante de Maya, cuyo método de comunicación, aunque a veces divertido, funcionaba. La espiritualidad de ese pueblo, tan diferente a la suya, lo fascinaba y a la vez lo intimidaba. Era un mundo lleno de espíritus y rituales que apenas podía comprender.

Pero sabía que ese tiempo no sería eterno. Arthur tendría que regresar a Londres y contarle al mundo sobre su descubrimiento: una civilización oculta, con recursos que se creían extintos, al alcance de su mano. Podría convertirse en un arqueólogo reconocido, ganar premios y pasar a la historia.

## *Cuando el tiempo se detiene*

El inevitable pensamiento de su regreso le rondaba persistentemente en la mente. Sentía una mezcla de emoción y aprensión ante la idea de compartir aquel descubrimiento monumental. Podía significar reconocimiento, premios y prestigio; la oportunidad de inscribir su nombre en los libros de historia. Pero también significaba partir. Se había encariñado con ese lugar, a pesar de la barrera del idioma y las profundas diferencias culturales.

Suspiró, mirando la puesta de sol sobre la selva tropical, con una punzada de melancolía clavada en el pecho.

—Arthur —llamó Maya desde atrás, sentándose a su lado.

Su cabello, recogido con una flor tropical, contrastaba con la simplicidad de su falda tejida de paja que le llegaba un poco más abajo de las rodillas. Había aprendido apenas unas pocas palabras en inglés, y su pronunciación, aunque imperfecta, tenía un encanto sincero.

—¿Triste? —preguntó con su acento peculiar.

Él apartó la vista del horizonte para mirarla mientras se acomodaba a su lado. La forma en que decía su nombre, con ese suave acento, le arrancó una sonrisa tierna.

—¿Tan transparente soy? —respondió, pasando una mano por su cabello—. Aprecio que intentes hablar mi idioma, aunque sé que aún tienes pocas palabras.

—No feliz —contestó ella sin rodeos, ofreciéndole una botella de cocuy, el licor local, junto con un pequeño vaso de barro—. ¿Mmmh?

Arthur sonrió suavemente, negando con la cabeza ante su franqueza. La botella contenía un licor claro, casi dorado, que se movía lentamente al ser agitada.

—No, no estoy feliz ahora mismo —admitió, mirando la botella—. ¿Cuál es tu remedio para eso?

Maya ensanchó su sonrisa, mostrando los dientes, y dio un sorbo al vaso antes de pasarle la botella. Arthur observó el líquido con cierta cautela; luego se encogió de hombros. «Qué demonios», pensó, y bebió de un solo trago. El fuego del alcohol le quemó la garganta.

—¿Más bueno? —preguntó ella con satisfacción.

Él frunció el ceño por el ardor, pero pronto una cálida sensación lo envolvió.

—Sí, más bueno —asintió, devolviéndole el vaso mientras intentaba imitar su acento, aunque con poco éxito—. Gracias.

Ella tomó otro sorbo con naturalidad. Luego habló en su idioma, con un tono que sonaba casi como una melodía. Arthur parpadeó confundido y pidió que repitiera más despacio. Maya suspiró, sabiendo que era difícil comunicarse, e intentó usar su inglés rudimentario:

—¿Por qué estás triste?

Élla miró y, después de pensarla, respondió con palabras sencillas y un gesto de despedida:

—Triste porque... me voy pronto.

La joven asintió con comprensión e imitó el gesto antes de preguntar:

—¿Visitar?

—No, no visitar. Irse —corrigió él con tono melancólico—. No volver.

Ella guardó silencio, con la mirada fija en el horizonte donde el cielo comenzaba a oscurecerse. Parecía también apesadumbrada. Arthur sintió una punzada de culpa; no quería entristecerla. Extendió una mano y tocó suavemente su hombro.

—No estés... triste —dijo, esforzándose en consolarla—. Tengo... un regalo para ti antes de irme.

Maya frunció el ceño con sorpresa mientras él le entregaba un pequeño paquete. Dentro encontró un delicado reloj de bolsillo anti-

guo, con un diseño intrincado y una inscripción grabada en la tapa. Lo miró desconcertada, intrigada por el movimiento de las manecillas. Señaló la inscripción y preguntó qué significaba. Él sonrió ante su perplejidad.

—Es un reloj de bolsillo —explicó señalando la carátula—. Marca la hora. Y esto es para ti.

Ella murmuró un «oh» con una sonrisa tímida. No era algo común en su vida, pero valoraba el gesto. Comentó algo alegre en su lengua y lo abrazó de repente. Arthur se tensó por la sorpresa, pero pronto se relajó, envolviéndola suavemente y apoyando la barbilla sobre su cabeza.

—Es una pequeña parte de mí que te doy —susurró él, aunque ella no comprendiera las palabras.

Maya guardó el reloj a un lado y volvió a rodearlo con sus brazos. Arthur, con el pulgar acariciando la mejilla de la joven, decidió intentar expresar lo que sentía antes de que fuera tarde.

—Yo... quiero... preguntarte algo —intentó de nuevo, pronunciando cada palabra despacio—. Maya, yo... estoy... enamorado de ti.

—Pero... te vas, y no me verás más —dijo ella con tristeza.

—Sí —aceptó él en voz baja—. Tengo que irme. Pero el tiempo que pasé contigo ha sido... hermoso. Significativo.

Él le tomó la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos con una intensidad casi desesperada.

—Maya, mírame. Antes de irme... tengo una petición. Ven conmigo.

—¿Eh? —La expresión de confusión de ella fue total.

—Ven conmigo —repitió él con firmeza—. Deja todo... y ven conmigo.

Ella negó con la cabeza; toda su vida, su familia y sus amigos estaban allí. No podía renunciar a su hogar por un mundo que trataría de cambiarla. Arthur vio la determinación en sus ojos y, aunque le dolió, comprendió.

—Entiendo —dijo finalmente, suspirando de resignación—. Te voy a extrañar.

Maya murmuró algo melodioso y se inclinó para darle un beso en la mejilla antes de levantarse para regresar a la choza. La caminata de vuelta fue silenciosa, cargada de una aceptación a regañadientes. Al entrar en la morada, Maya dejó la flor de su cabello sobre una mesa de bambú y se preparó para acostarse.

Arthur, sintiendo que cada segundo era oro, le tomó la mano. El ligero roce de sus dedos se sintió como una descarga eléctrica en la quietud de la noche.

—¿Puedo... quedarme aquí esta noche? —susurró él, con la voz cargada de vulnerabilidad.

## *El lenguaje físico*

Ella se acomodó un poco; la hamaca era estrecha, pero eso no parecía molestarle en lo más mínimo. El corazón de Arthur dio un salto al recibir su silencioso asentimiento; el hecho de que estuviera dispuesta a compartir la hamaca le daba una chispa de esperanza, aunque sabía que era una esperanza peligrosa.

Se movió con cuidado, colocándose junto a ella. Sus cuerpos casi se rozaban mientras buscaban la mejor manera de encajar en aquel espacio reducido. La cercanía era a la vez íntima y casi torturante; su pulso se aceleró ante la proximidad de sus curvas, con su aroma familiar llenando todos sus sentidos. Ella se ajustó para estar lo más cómoda posible, suspiró y lo miró, girando la cabeza hacia él antes de alzar la vista al techo de paja y cerrar los ojos.

Al acercarla más, pudo escuchar cómo su respiración se entrecortaba, con el cuerpo tensándose por un instante para luego relajarse lentamente contra él. El corazón de él latía con fuerza, con un sonido casi ensordecedor en sus oídos. Apretó un poco más el brazo que la rodeaba, atrayéndola contra su pecho, mientras su mano se extendía sobre el abdomen de la joven.

Su barbilla quedó suspendida sobre el hombro de ella. El aroma de su cabello —una mezcla de flores exóticas y algo únicamente suyo— inundó su nariz. Inspiró profundamente, estremeciéndose ante la proximidad íntima. Podía sentir cada exhalación de Maya, el sutil subir y bajar de su pecho bajo su brazo. El impulso de sepultar su rostro en el pliegue de su cuello era casi insoportable, pero se contuvo; su mano simplemente trazaba pequeños patrones ausentes en el estómago de ella, en un gesto inconsciente de cariño y necesidad.

Por unos momentos permanecieron en silencio, con el aire carga-

do de palabras no dichas y despedidas inminentes. Ella giró la cabeza y lo miró directamente. Aunque no quisiera admitirlo, extrañaría a ese extraño que se irritaba con tanta facilidad en un mundo tan distinto al suyo, y que se mostraba fascinado y horrorizado por lo cotidiano. Sonrió levemente. Al encontrar su mirada, el corazón de Arthur dio un vuelco.

—Eres hermosa... —susurró él con voz baja y temblorosa.

Maya creyó entender lo que quiso decir. Manteniendo la sonrisa, le respondió algo en su idioma. Levantó la mano y la posó en la mejilla de Arthur, notando lo cerca que estaban realmente. Sabía que aquello no estaba bien a esas horas y, aun así, no quiso alejarse. Él tembló ante su toque. A esa distancia, podía observar cada detalle: desde sus ojos oscuros y profundos hasta sus labios ligeramente entreabiertos.

—Maya... —repitió su nombre con voz ronca.

—¿Hmm...?

Sin pensar lo más, Arthur tomó su barbilla con la palma, acariciando con el pulgar la piel suave de su mejilla. Ella permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada, mientras él memorizaba sus facciones con reverencia.

—Maya... —insistió él, en lo que sonó como una súplica y una declaración a la vez.

Él se acercó aún más y la hamaca crujió bajo su peso combinado. Ella inhaló con fuerza, aferrándose a la camisa de Arthur para mantenerse firme. Su toque incendiaba su piel. Arthur deslizó la otra mano hacia su cadera, atrayéndola por instinto. Maya se acomodó contra él y, con cautela, se inclinó para darle un beso suave antes de separarse un instante para ver su reacción.

Aquel roce envió ondas de choque por todo el ser de Arthur. No se apartó; al contrario, su mano en la cadera se apretó y la otra se entredó en el cabello de ella, inclinando su cabeza para reclamar su boca con hambre. Lejos de resistirse, ella respondió al instante, cerrando los ojos y perdiéndose en la sensación.

Arthur profundizó el beso con un gemido bajo. Maya arqueó su cuerpo hacia él, jadeando contra sus labios en una mezcla de protesta y urgencia. De pronto, ella rompió el beso, respirando con dificultad. Se limpió la boca con la mano y, aún en la hamaca, comenzó a desabotonar la camisa de Arthur con manos nerviosas.

Él se quedó quieto, observándola con ojos oscuros de deseo. La anticipación era casi insoportable. Ella desabotonó el último ojal y luego se dirigió al cinturón de su pantalón mientras se mordía el labio inferior. Arthur apretó los dientes, con las manos clavándose en las caderas de la joven mientras luchaba por contener la necesidad que crecía en su interior.

Ella le quitó la camisa, dejando al descubierto sus músculos tensos, y recorrió su pecho con una caricia ligera como una pluma. Arthur dejó escapar un gruñido salvaje; ya no le importaba la razón, solo la quería a ella. Maya, movida por el mismo fuego, se movió en la hamaca hasta montarlo, con las piernas a cada lado de sus caderas y el cuerpo pegado íntimamente al suyo.

—Maya... —susurró él una vez más, como una plegaria.

Ella se movió sobre su regazo, rozándose, y un jadeo escapó de sus labios al sentir la evidencia de su excitación. Arthur echó la cabeza hacia atrás con un gemido gutural, aferrándose a ella como si intentara anclarse en medio de una tormenta de placer.

## *El lenguaje físico (continuación)*

Lo miró con los ojos oscurecidos por el deseo. Su voz era un susurro áspero, una mezcla de súplica y advertencia.

—Maya, estás haciéndome esto realmente difícil...

Ella bajó la mirada, sin entender del todo sus palabras, pero captando el tono inexplicable de su voz. Tomó el borde de su falda de palma y la desató, dejándola caer al suelo. Quedó completamente desnuda frente a él, mostrando sus caderas anchas, su cintura estrecha marcada con tatuajes nativos y la suavidad de sus muslos.

Cuando Arthur la vio así, quedó deshecho. Sus ojos recorrieron su figura con una mezcla de adoración y hambre. Extendió las manos, recorriendo su cintura; sus dedos trazaron las marcas tatuadas antes de descansar en sus muslos. Había algo posesivo en la manera en que la tocaba, como si estuviera marcándola como suya. Ella se estremeció, sintiendo el calor acumulándose entre sus piernas.

—Maldita sea... —susurró él. Sus dedos subieron por su torso, dejando un rastro de piel de gallina hasta llegar a su pecho.

Maya echó la cabeza hacia atrás con un suave jadeo. Su toque era electricidad pura. Arthur observó cómo ella cerraba los ojos, entregada, y algo primitivo se encendió en él. Sus pulgares rozaron sus pezones, aplicando una presión juguetona que la hizo vibrar.

—Mírame, Maya... —ordenó con voz dura pero cargada de necesidad.

Ella parpadeó, encontrándose con la intensidad de su mirada. Tragó saliva, con la voz apenas audible.

—Estoy mirando...

—No tienes idea de cuánto te quiero ahora mismo —gruñó él,

con el pecho subiendo y bajando entrecortadamente.

Arthur la levantó suavemente de su regazo e intercambió las posiciones. Ahora, su cuerpo la sujetaba contra la hamaca, presionándola hacia abajo. Ella jadeó, sorprendida por el movimiento, y envolvió las caderas de él con sus piernas, atrayéndolo hacia sí.

—Dilo otra vez —pidió él, acercándose a su oído.

—Arthur —murmuró ella, luchando con la pronunciación mientras sus manos bajaban por la espalda del arqueólogo.

Él cerró los ojos, sintiéndose desfallecer. Se movió contra ella, sintiendo su propia dureza presionando contra la piel de Maya, solo contenida por la tela de su ropa interior. Maya sonrió y, tras humedecerse los dedos con la lengua en un gesto provocador, bajó la mano hasta el borde de los bóxers de Arthur.

—Estás poniendo a prueba mis límites, cariño... —advirtió él con un gruñido.

Ella no se detuvo. Deslizó la prenda hacia abajo, exponiendo su desnudez, y comenzó a acariciarlo con movimientos lentos. Arthur se tensó, con la mandíbula apretada y la mente nublada. Ya no podía contenerse más.

—Maya, no puedo... te necesito ahora... por favor.

Ella asintió y abrió las piernas para recibirlo. Arthur se introdujo en ella con un movimiento rápido y decidido. Un sonido gutural escapó de sus labios, pero Maya se tensó de golpe, soltando una pequeña maldición en su lengua. El dolor inesperado la hizo perder el aliento. Arthur se quedó paralizado, invadido por la culpa.

—Maya... ¿estás bien? Lo siento, debería haber ido más despacio.

Ella respiró profundo, cerrando los ojos hasta que la sensación punzante comenzó a ceder. Finalmente, lo abrazó, enterrando el rostro en su cuello.

—Estoy bien —susurró.

Arthur se alivió y comenzó a darle suaves besos en el hombro. Para romper la tensión, ella le acarició el cabello y sonrió, mostrando sus

colmillos. Él rió suavemente, recuperando el tono juguetón mientras le pellizcaba un costado.

—¿Me acabas de insultar en tu idioma? —bromeó.

Maya rió, olvidando el dolor inicial. Lo atrajo hacia ella para un beso lento y dulce, uno que Arthur quiso prolongar eternamente. Sus cuerpos se fundieron en uno solo, moviéndose al ritmo de la hamaca que crujía suavemente. Cada gemido de ella era una descarga para él; cada caricia de Arthur era una promesa para ella.

En la penumbra de la choza, mientras la selva guardaba silencio, el arqueólogo y la cazadora borraron las fronteras de sus mundos a través del único lenguaje que no necesitaba traducción: el de la piel contra la piel.

Él se movió contra ella, lento y deliberado, con las caderas rozando las suyas en una fricción que avivaba el fuego que lo consumía.

—¿Te gusta eso, cariño? —murmuró con voz ronca contra su cuello, mordisqueando su piel sensible y calmando las marcas con besos abiertos y ardientes.

Maya respondió con un murmullo, girando la cabeza para verlo mientras él dejaba escapar gemidos de placer entre palabras. Ella lo disfrutaba con la misma intensidad.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Arthur! —jadeó ante la sensación abrumadora mientras él la reclamaba con fuerza creciente. Cerró los ojos y clavó las uñas en la espalda de Arthur, sin importarle dejar marcas sobre su piel pálida.

Él estaba completamente perdido, con la mente nublada por una necesidad irracional. Sentía los arañosos, pero el dolor solo sumaba al placer. El sonido de los jadeos de ella y la forma en que lo llamaba en su lengua natal lo estaban volviendo loco. Aceleró el ritmo, volviéndose más urgente.

—Maya... no puedo aguantar más —gruñó en su oído.

Su cuerpo estaba apretado contra el de ella, sus dientes mordiendo suavemente su cuello, marcándola como suya.

—Di mi nombre... dilo en tu idioma —le pidió, necesitando escuchar esas sílabas en la voz que lo cautivaba.

—A-thur... Athur... ¡Tuur! —intentó responder ella. Siempre le había costado pronunciar la erre de aquel nombre extraño, y entre los gemidos, las letras sonaban como fragmentos rotos y hermosos.

Maya lo sostuvo con todas sus fuerzas, sintiendo su piel cálida y sudorosa, hasta que el placer la desbordó por completo mientras Arthur se liberaba dentro de ella. Él se desplomó sobre su pecho, con los pulmones luchando por aire y el corazón latiendo tan fuerte que parecía que iba a estallar. Una fina capa de sudor los cubría a ambos, y el aroma de su intimidad compartida llenaba el aire de la choza.

Sintió los brazos de Maya rodeándolo; era la sensación más natural del mundo. Arthur escondió el rostro en el hueco de su cuello, inhalando su fragancia una última vez.

—Maldita sea... —susurró él, exhausto.

Ella soltó una suave risita y le besó la frente antes de suspirar satisfecha. Con una sonrisa cansada, le hizo un gesto para que se apartara. Él levantó la cabeza, mirándola con los ojos entrecerrados y una media sonrisa perezosa. Obedeció con lentitud, sintiendo que la separación física casi le dolía.

—Vas a ser mi muerte, ¿lo sabes, cariño? —dijo con voz ronca antes de acostarse a su lado.

La atrajo contra su pecho y ella, aunque no entendió las palabras, asintió ligeramente. Se estiró con la pereza de un felino y se acurrucó usando el pecho de Arthur como almohada. Se sentía protegida por aquel calor. Antes de que el sueño la venciera, pronunció una vez más su nombre, con un toque de ternura infinita.

Arthur se rió suavemente y le acarició el cabello, inundado por una ola de afecto. La besó de nuevo en la frente, sintiendo cómo el cuerpo de ella se relajaba hasta quedar como gelatina. Maya se apretó contra él, buscando el latido constante de su corazón como un bálsamo para su alma.

Lo que Maya no sabía, en la paz de aquella madrugada, es que ese

encuentro sería el principio del fin.

## *Entre la selva y el mar*

La mañana llegó demasiado rápido. La primera luz del alba apenas comenzaba a filtrarse entre las copas de los árboles, tiñendo el cielo de un tenue naranja rosado. Arthur despertó lentamente, con el brazo aún rodeando la cintura de Maya. El calor de su cuerpo contra el suyo era un refugio silencioso que le costaba abandonar. Sus dedos descansaban suavemente sobre la curva de su piel, sintiendo el latido pausado de su corazón y ese aroma cálido y terroso, mezclado con el fresco del bosque.

Por un instante cerró los ojos y se permitió disfrutar del momento, como si el tiempo se hubiera detenido, pero una presión en el pecho le recordó que debía irse. Londres lo esperaba con su ritmo implacable. Con una mezcla de renuencia y resignación, comenzó a deslizarse fuera del abrazo de Maya, midiendo cada movimiento para no perturbar su descanso.

Su cuerpo se movió con lentitud; cada músculo sentía la intensidad de la noche anterior. Cuando finalmente quedó libre, se inclinó para observarla. Maya dormía plácidamente; sus largas pestañas descansaban sobre mejillas ligeramente sonrojadas y su cabello oscuro caía en mechones desordenados sobre la almohada. Parecía un ser etéreo, una imagen de calma absoluta que contrastaba con la tormenta de emociones que lo atravesaba. Debía admitirlo: se veía hermosa así, tan vulnerable y real. Quiso quedarse, perderse en esa quietud... pero el deber lo llamaba.

Se levantó, sintiendo el peso de la mañana en cada movimiento, y

se vistió en silencio. Afuera, el bote esperaba a la orilla de la playa. Los marineros bromearon a su alrededor, lanzando comentarios sobre lo improbable que era que un «nerd» como él sobreviviera a una aventura semejante. Arthur frunció el ceño, irritado.

—Muy gracioso, muchachos —replicó con sarcasmo, pasándose una mano por el cabello despeinado—. Estoy perfectamente vivo y coleando, gracias.

—No te piques —dijo uno, ofreciéndole la mano para subir—. Vamos, súbete.

Arthur rodó los ojos, pero aceptó la ayuda. Cuando todo estuvo listo, sonó la campana y la embarcación comenzó a alejarse de la costa. Se apoyó en la barandilla, con la mirada fija en la playa que se desvanecía. Entonces la vio.

Maya corría por la arena, con el cabello al viento, intentando alcanzarlo. El corazón de Arthur dio un vuelco. Quiso gritar, detener el barco, pero la razón lo obligó a contenerse. Ella llegó a la orilla justo cuando el barco ganaba velocidad. El gesto que Maya hizo fue tan inesperado como claro: levantó el dedo medio en un desafío silencioso que le arrancó a Arthur una carcajada irónica. Sabía que ella no se rendiría; ese carácter indomable era lo que lo había cautivado. Luego, ella se dio la vuelta y desapareció entre la espesura, fundiéndose con el verde de la selva.

El viaje fue largo, de meses interminables, hasta que Arthur regresó a su nación de clima frío y cielos grises. Lo que al principio fue entusiasmo por presentar sus hallazgos se transformó pronto en una tarea extenuante. No tardó en darse cuenta de que los altos mandos no mostraban interés por la majestuosidad de la selva ni por sus especies. Toda su curiosidad se concentraba en un punto: someter a los mandelas y explotar sus tierras.

Lo que comenzó como una expedición se transformó en una invasión. Los nativos fueron atacados, sus guerreros diezmados y los supervivientes reducidos a mercancía humana: esclavos obligados a vestir ropas occidentales y a renegar de su espiritualidad. Arthur, tes-

tigo involuntario, sintió una náusea amarga. Lo que había descubierto con respeto ahora era una herramienta de destrucción.

La noticia que terminó de quebrarlo llegó en un informe sellado con lacre rojo. El duque Eduardo III, encaprichado con una esclava de la corte, había organizado un matrimonio forzado para su propio prestigio. Arthur leyó con creciente inquietud: en plena ceremonia, la mujer había sacado una cuchilla de obsidiana oculta y le había cortado la garganta al duque de un solo movimiento preciso. Fue reducida por los guardias y sentenciada a muerte sin juicio. El informe concluía que el incidente confirmaba la «naturaleza salvaje» de los nativos.

Arthur sintió que el aire abandonaba la habitación. Volvió a leer el nombre, negándose a aceptarlo: **Maya**.

La selva, el mar y el calor de su piel regresaron de golpe. La recordó dormida, riéndose de él, desafiándolo en la playa. La misma mujer que ahora aguardaba su ejecución en una celda fría de Londres. El papel tembló entre sus dedos. Comprendió que cada mapa que dibujó y cada informe que firmó había empujado a Maya hacia ese destino.

Cerró el informe con brusquedad. El sonido seco resonó en la habitación como un disparo. Por primera vez desde su regreso, Arthur no pensó en el deber ni en la corona. Pensó en ella. Y supo, con una certeza tan feroz como el filo de la obsidiana, que no podía dejarla morir.

## *El castigo de la bestia*

Esa noche, Arthur apenas durmió. Se revolvía entre las sábanas como si fueran cadenas, atrapado en las imágenes que había visto y en las historias que había leído. El dolor de los Mandelas se le había incrustado en el pecho como un peso insoportable. La culpa le mordía la conciencia: él había descubierto la isla... y ahora ese descubrimiento servía para despojar, esclavizar y matar. Sin pretenderlo, se había convertido en cómplice de una crueldad que lo asqueaba.

En mitad de la noche se levantó. Se colocó una túnica sobre la ropa de dormir, con movimientos lentos pero decididos.

Mientras tanto, en la prisión, una mujer permanecía sentada en el respaldo de una silla gastada, tarareando una vieja nana de su tierra. Su voz, apagada y quebrada, apenas lograba llenar el aire húmedo de la celda. Vestía un pantalón negro y una blusa beige arrugada; su cabello, antes negro y brillante, estaba ahora enmarañado y cubierto de polvo. En sus tobillos, los grilletes de hierro mordían la piel, y cada mínimo movimiento hacía resonar un tintineo metálico.

Arthur logró entrar sin ser visto, desplazándose como una sombra. La vio allí, ensimismada, perdida en su propio mundo. Se acercó con el corazón encogido, un torbellino de emociones golpeándole las costillas. Se arrodilló frente a la celda. Durante un instante la observó en silencio: el desgaste en sus facciones, las ojeras profundas, la dignidad silenciosa que aún resistía bajo la miseria. Inspiró hondo y habló en voz baja.

—Hola...

Ella no reaccionó de inmediato. Parecía dispuesta a ignorarlo hasta que alzó la vista y se acercó a los barrotes. La luz vacilante de una antorcha reveló un rostro conocido, aunque devastado.

—Maya... —susurró él, deslizando los dedos entre las rejas.

Ella se detuvo a poco más de un metro, erguida.

—Te ves... terrible —dijo él, con la voz quebrada.

Siguió un silencio sepulcral.

—Maya, por favor... Di algo.

—¿Qué haces aquí, Arthur? —preguntó ella al fin. Su inglés era perfecto. Su voz, plana. La ausencia de emoción en sus ojos lo golpeó más que cualquier grito.

—Vine a verte...

—Qué dulce —ironizó ella—. ¿Viniste a disfrutar del espectáculo? Debes estar orgulloso: descubrimiento del siglo, premios, reconocimiento...

Él apretó los dientes.

—¡No es así! ¡No lo entiendes!

—¿Y qué es lo que no entiendo? —Ella avanzó hasta quedar pegada al hierro; el arrastre de las cadenas heló el aire—. Lo entiendo todo. Mi error fue ayudarte. Te abrí mi hogar, te di comida, a mi gente... te di mi compañía, mi cuerpo. ¿Y qué hiciste tú? Nos condenaste. Ahora la isla es una mina que vaciarán hasta dejarla muerta.

De pronto, la mano de Maya atravesó las rejas y se cerró alrededor del cuello de Arthur. Apretó con una fuerza brutal. Sus ojos, enrojecidos por la rabia, lo atravesaban.

—Debí matarte la primera vez que te vi. Si lo hubiera hecho, mi hogar seguiría existiendo.

Arthur jadeó, sin intentar defenderse.

—Lo sé...

—¿Por qué no te resistes? —Ella apretó aún más.

—Porque me lo merezco...

Maya lo soltó de golpe.

—Prefiero morir antes que cargar con tu culpa. Y pensar que creí que yo era la patética...

—Tú no eres patética —respondió él, apenas audible.

—¿No? ¡Mírame! —Alzó los brazos encadenados, mostrando su suciedad y delgadez—. Soy patética por tu culpa. Mañana me van a matar delante de todos por tu culpa. Y tú... tú seguirás vivo. Vivo sabiendo que la última imagen que tendrás de mí es que te odio con cada célula de mi ser.

Las lágrimas quemaron los ojos de Arthur. Cada palabra era una daga hundiéndose sin piedad.

—Lo sé... —dijo con la voz rota—. Sé que merezco tu odio.

Ella no mostró compasión alguna. Lo observó con frialdad y, tras un instante, dio un paso atrás.

—Si has bajado hasta aquí esperando mi perdón, has perdido tu tiempo. No pienso darte nada más de mí.

Arthur negó despacio, dejando escapar una risa amarga.

—No vine por perdón. Solo... quería verte una última vez.

—Perfecto. Ya lo hiciste. Felicidades. Ahora voy a dormir. Mañana tengo una ejecución a la que asistir temprano.

Se recostó en un rincón de la celda, le dio la espalda y cerró los ojos. Arthur se apoyó contra los barrotes, observándola en la penumbra. Su cuerpo, pequeño y frágil, era apenas visible. Él no solo la había perdido. La había destruido.

## *El amanecer más cruel*

El amanecer llegó frío y sin compasión. La neblina cubría las calles como un sudario, y cada paso de las botas de los guardias sobre el empedrado sonaba hueco, como un tambor de sentencia.

Arthur estaba allí, mezclado entre la multitud que se agolpaba en la plaza. No sabía si sus piernas lo sostenían o si había llegado por pura inercia. El rumor de voces, las risas sordas y los murmullos morboso de quienes aguardaban la ejecución le taladraban los oídos. La tarima de madera, oscura por la humedad, se alzaba como un altar sin dios. Sobre ella, la figura imponente del verdugo permanecía inmóvil, con la capucha negra ocultándole el rostro y la espada apoyada a su lado.

Un chirrido metálico quebró el murmullo de la multitud: las puertas del calabozo se abrieron. Maya apareció escoltada por dos guardias. Sus pies desnudos pisaban la piedra húmeda, dejando huellas efímeras que la mañana se apresuraba a borrar. Las cadenas de tobillos y muñecas repicaban al compás lento de sus pasos. Estaba más delgada que la noche anterior, o quizás era la luz gris la que revelaba con mayor crudeza cada hueso, cada sombra bajo su piel.

Su rostro no mostraba lágrimas ni súplicas. Caminaba erguida, con la barbilla alta y los ojos fijos en un horizonte que solo ella parecía ver. La multitud murmuraba; algunos escupían, otros se burlaban. Maya no apartó la vista ni un solo instante.

Arthur sintió que cada paso que ella daba hacia la tarima le arran-

caba algo del pecho. Quiso moverse, gritar, hacer cualquier cosa... pero sus pies parecían clavados al suelo. Ella subió los escalones sin que los guardias tuvieran que forzarla. El verdugo intentó sujetarla por el brazo, pero ella se liberó con un leve giro de hombro, como si incluso en el último segundo necesitara decidir por sí misma.

El pregonero leyó la sentencia con voz monótona, pero Arthur no escuchó las palabras. Solo percibía el golpeteo desbocado de su propio corazón y el leve tintinear de las cadenas cuando Maya se arrodilló frente al bloque. Antes de inclinar la cabeza, giró apenas el rostro hacia la multitud.

Sus ojos encontraron a Arthur.

No había amor en ellos, ni rencor, ni compasión: solo una calma extraña, helada, como si ya hubiera aceptado que su historia estaba escrita. Arthur sintió un nudo en la garganta tan fuerte que apenas podía respirar. Aquella mirada no pedía salvación; le ordenaba que no se atreviera a intervenir.

El verdugo levantó la espada. La hoja brilló un instante bajo la luz pálida del amanecer. El golpe fue seco.

Luego, un silencio espeso.

Después, el murmullo regresó, avanzando sobre la plaza como una marea indiferente. Arthur sintió cómo el mundo perdía todo color.

## *Epílogo*

La lluvia de Londres caía fina y persistente, como si el cielo quisiera sellar con lágrimas el destino de Maya. No hubo ceremonia oficial ni palabras solemnes. Solo Arthur, la tierra húmeda y el silencio profundo que envuelve a los muertos cuando ya no queda nada que decir.

La enterró en un rincón apartado, lejos de miradas curiosas, donde la hierba se inclinaba suavemente al paso del viento. En sus manos sostenía una pequeña semilla de olivo, traída de una tierra lejana, de un árbol tan antiguo que sus raíces parecían guardar los secretos del mundo. Se arrodilló frente a la tumba, hundió los dedos entumecidos en la tierra y depositó la semilla justo sobre el lugar donde descansaba el cuerpo de la mujer.

—Que tus raíces abracen las suyas —susurró—, y que tu sombra le devuelva la paz que la vida le negó.

Cubrió la semilla con cuidado, apretando la tierra como quien protege un tesoro, y permaneció allí hasta que el frío comenzó a calarle los huesos. Sabía que un olivo no pertenecía a esas latitudes, que el clima londinense lo condenaría desde su primer brote. Pero también sabía que la voluntad, a veces, es capaz de desafiar lo imposible.

Cuidó de aquel árbol como si cuidara de Maya misma. Lo protegió de las heladas, lo regó en los días secos y le habló en las noches solitarias. Pasaron los años y, contra todo pronóstico, el olivo creció. Sus ramas se poblarón de hojas plateadas y, con el tiempo, de frutos

verdes y firmes. Para cualquiera que pasara por allí, no era más que un árbol extraño, fuera de lugar. Para Arthur, cada aceituna era un pequeño milagro, una victoria silenciosa contra la desolación.

Mientras tanto, su vida se convirtió en una lucha constante. Recorrió ciudades, habló en plazas y salones, y enfrentó a políticos y comerciantes. Su voz, alimentada por la memoria de Maya, se alzó contra la esclavitud y la injusticia. Defendió a quienes no podían defenderse y, cada vez que el cansancio amenazaba con quebrarlo, recordaba las palabras del niño aquel día bajo la lluvia: «No todo está perdido mientras alguien recuerde quién eres».

Y así, mientras el olivo seguía creciendo, también crecía su causa. Arthur sabía que no vería un mundo libre de cadenas en su tiempo, pero comprendía que cada paso importaba. Cada invierno que el árbol sobrevivía era una prueba de que la esperanza puede echar raíces incluso en el suelo más inhóspito. Cada primavera que florecía, Arthur sentía que Maya seguía viva: en cada hoja, en cada fruto y en cada vida que lograba salvar.

Porque ella no había muerto del todo. No mientras él la mantuviera presente en las páginas de sus diarios, en el trazo de sus dibujos y en el eco persistente de sus pensamientos; en los sentimientos que aún ardían en su pecho y en la huella imborrable que dejó en su alma, destinada a acompañarlo hasta su último aliento.

## *La abeja y el diente de león*

Era el inicio del otoño en un colegio antiguo y distinguido, donde los ecos de risas, charlas y pasos llenaban el aire cada día. Entre las esquinas y jardines de este edificio clásico crecían varias plantas que, aun con el constante bullicio, encontraban su manera de florecer en paz.

En una mañana fría y clara, un pequeño diente de león se abrió paso entre la tierra húmeda cerca de la cancha de fútbol. Con cada nuevo rayo de sol, iba desplegando sus pétalos dorados, saludando tímidamente al mundo por primera vez. Al principio, la flor era diminuta y frágil, pero con cada día que pasaba, el diente de león se volvía más robusto, brillando con un amarillo radiante que contrastaba con el verdor de la hierba.

Disfrutaba de su vida tranquila, dejándose tocar por la lluvia y balanceándose al ritmo del viento, pero en algún rincón de su ser sentía que le faltaba algo: una compañía especial. Una mañana, cuando los rayos del sol todavía eran débiles, escuchó un zumbido. Al principio se asustó; nunca antes había visto una abeja. El insecto revoloteaba de un lado a otro, examinando cada pétalo como si quisiera asegurarse de que estuviera en su lugar. La flor sintió un cosquilleo de curiosidad y emoción; pronto, ambos se hicieron inseparables.

La compañía de la abeja le traía alegría y propósito. La abeja, por su parte, disfrutaba de la frescura e inocencia del diente de león. Un día, bajo un resplandor dorado, la abeja polinizó a la flor. El diente de león sintió cómo una calidez especial invadía su ser, una sensación de

plenitud nunca antes experimentada. Creyó que ese vínculo la unía de forma única al insecto, y pensó que su querido amigo regresaría siempre solo a ella.

Sin embargo, con el paso del tiempo, la flor comenzó a notar algo extraño: la abeja no siempre llegaba. Pasaban horas, incluso días, en los que se quedaba esperando en vano. Finalmente, una mañana, vio a la abeja en otra esquina del jardín, zumbando alegremente alrededor de otra flor. Observó cómo se posaba en ella, igual que lo había hecho con ella misma, y su corazón se llenó de amargura. Había creído ser la única.

Pasaron los días y el diente de león, triste y melancólico, dejó de brillar. Su color dorado fue desapareciendo hasta volverse de un blanco suave y algodonoso. Pero en su tristeza, algo cambió. Reflexionó sobre lo vivido y entendió que, aunque había sido un tiempo hermoso, ella no necesitaba depender de nadie para ser feliz. Ahora se veía diferente y, aunque había perdido su color, tenía algo nuevo: la capacidad de volar y descubrir el mundo por sí misma.

Un día, sintiendo la brisa que siempre la había acompañado, decidió liberar sus semillas. Se preparó para el cambio y, dejando sus raíces atrás, se dejó llevar por el viento. Las semillas volaron en todas direcciones, llevando consigo un pedacito de su espíritu, listas para germinar en otros lugares. El diente de león comprendió que su valor estaba dentro de ella y que, aunque su tiempo con la abeja había terminado, su viaje apenas comenzaba.

Flotó ligera y libre, como nunca antes. Con cada ráfaga de viento se despedía de lo que fue, aceptando su transformación y sintiéndose en paz. Sabía que algún día sus semillas florecerían y que cada una llevaría en su esencia la historia de una pequeña flor que, a través de una decepción, había aprendido a encontrar su propia fortaleza y libertad.

## *Rompiendo la moral: La pieza que no encajaba*

Los rayos del sol se colaron por la ventana del chico que dormía en ropa interior de estrellas, junto a su inseparable acompañante. Había pasado hasta altas horas de la noche tocándola como solo él sabía hacerlo, arrancando de su figura firme cada sonido hermoso que podía producir, mientras sus padres no estaban en casa para escucharlos desde la cama.

La inspiración le había llegado a las dos de la mañana, después de masturbarse. Incapaz de dormir tras dos tazas de café, había escrito una canción y la había interpretado con su fiel guitarra acústica. Estaba convencido de que había compuesto una obra maestra, capaz de hacer llorar a sus futuros fans.

Gruñó irritado al sentir la luz sobre su rostro pecoso. Sus ojos celestes, claros como un cielo de campo salpicado de nubes, apenas se distinguían tras el ceño fruncido y los párpados pesados. Se incorporó en la cama, frotándose los puños contra las cuencas como si intentara arrancarse la somnolencia a la fuerza. Un poco más espabilado, giró la cabeza hacia el instrumento de madera, que reposaba a su lado en silencio, como si también durmiera sin intención de levantarse hasta que su dueño lo alzara de nuevo en sus brazos.

Con movimientos perezosos, sacó una libreta de tapa negra adornada con pegatinas de pingüinos, obsequio de su profesora de música por escribir la mejor redacción sobre el Barroco. Pensó, como siem-

pre, que era un desperdicio de papel y que ya estaba demasiado crecido para esas tonterías tiernas, pero sabía que la Miss Jenny era una de las pocas docentes que realmente se interesaban por sus alumnos. Ella, al menos, resultaba más humana que el resto de trabajadores de aquella institución que lo había retenido los últimos tres años. Por eso conservaba aquellas pegatinas ridículas en su cuaderno privado, en lugar de arrojarlas en algún contenedor de los pasillos de esa prisión.

Abrió la libreta por la última página escrita para revisar su canción, solo para descubrir que las letras estaban tan desordenadas que solo un farmacéutico experto en recetas ilegibles podría descifrar aquella maraña de tinta.

—¿Qué es esta mierda? —murmuró, entrecerrando los ojos, irritado por la incompetencia de su yo del pasado. Suspiró y volvió a esconder el cuaderno bajo la almohada.

Se estiró y gruñó con la naturalidad de un gato antes de salir de la cama. Sus pies descalzos arrastraron el cansancio hasta el baño. Encendió la luz y se inclinó frente al espejo, apoyando las manos en el lavamanos; el tacto frío lo hizo estremecerse. Su cabello rubio, despeinado en ondas suaves, enmarcaba un rostro cansado; su cuerpo delgado apenas insinuaba músculos en formación. Sus rasgos finos estaban deformados por la expresión de alguien que odiaba su vida.

Era consciente de que otros tenían cargas más pesadas: mujeres atrapadas en relaciones tóxicas, personas con necesidades especiales incomprendidas, hombres explotados o niños abusados. Este mundo era injusto y cada quien llevaba su propia batalla, pero aquello no hacía menos dolorosa la suya, para su desgracia.

Había aprendido que el único que velaría por él sería él mismo. Nada de lágrimas fáciles ni autocompasión barata. Si alguien lo golpeaba, devolvería el golpe con más fuerza, ya fuera con palabras o con acciones. No se dejaría doblegar. Sería fiel a sí mismo, incluso si eso le costaba la vida. Él era Christian Blake y no tenía miedo de morder.

## *La habitación de Christian*

Christian bajó las escaleras con pasos apresurados en cuanto escuchó a su padre llamarlo. Apenas había tenido tiempo de ponerse lo primero que encontró: un suéter negro de cuello de tortuga, unos jeans holgados y desgastados, y unas botas de cuero con las suelas manchadas de barro seco.

Al llegar al piso inferior, se detuvo de brazos cruzados. Frente a él estaba su padre, impecable en su traje, acompañado de un chico que se le hacía vagamente familiar. Christian caminó a regañadientes, sin disimular su incomodidad.

Daniel llevaba el cabello prolijamente cortado y vestía con cuidado: una camisa blanca que acentuaba su figura delgada y unas zapatillas relucientes. Era más alto que Christian, pero su sonrisa tenue y sus ojos color miel transmitían una calma curiosa. Christian sabía bien lo que su padre le habría contado: su rebeldía y su falta de interés por la fe.

—Daniel, este es mi hijo, Christian —lo presentó el padre con una calidez fingida—. No es precisamente un ejemplo de hombre de fe.

—No soy un hombre de fe ejemplar porque no soy creyente —le espetó Christian con frialdad, adelantándose a cualquier saludo formal—. Ya lo hemos hablado.

Daniel suprimió una risita divertida mientras observaba el duelo entre padre e hijo. El hombre mayor, en cambio, endureció el tono:

—Ese es exactamente el problema, Christian. Tu actitud nos afecta como familia. Es inaceptable.

—¡No tengo por qué tomar en serio algo en lo que no creo! —exclamó el rubio antes de girar sobre sus talones y subir las escaleras. El portazo resonó en toda la casa.

Tras unos minutos de frustración, el padre de Christian permitió que Daniel subiera a intentar hablar con él. Frente a la puerta, Daniel golpeó suavemente.

—Vete —gruñó la voz de Christian desde dentro.

—Christian, ¿puedo pasar? —insistió Daniel con serenidad—. Te prometo que no voy a sermonearte. Solo quiero conversar como dos personas civilizadas. ¿Puedes con eso?

Un silencio espeso respondió. Al final, la puerta se entreabrió lo justo. Daniel ingresó despacio a la guarida. El cuarto era caótico, un reflejo de su dueño. Christian cerró la puerta con llave y se sentó en la cama con postura desafiante.

—Mira, no sé cuánto te habrán pagado mis padres, pero mejor no pierdas el tiempo —dijo Christian sin rodeos.

—Tus padres no me pagaron nada —respondió Daniel, sentándose con calma—. Estoy aquí porque me importa la gente de la comunidad. No voy a obligarte a creer en algo que rechazas.

Christian arqueó una ceja con ironía.

—Bro, no pareces mucho mayor que yo. ¿No deberías estar saliendo con tus amigos en vez de perder el tiempo aquí?

—Tengo una mejor pregunta: ¿por qué tú no lo haces?

Christian soltó una risa seca.

—Claro que salgo... en secreto. Solo te trajeron porque las viejas chismosas del centro contaron que me vieron besarme con un chico en lo oscurito. Mi padre está haciendo lo posible para limpiar nuestra imagen. No odio la religión; odio que mi familia la use para hacerme sentir culpable por no encajar en lo que llaman «correcto».

Daniel lo escuchaba sorprendido por su franqueza. Se aclaró la garganta antes de preguntar:

—Entiendo... y no te juzgo. Pero dime, si no odias la religión, ¿por qué no crees en Dios?

—Porque es un negocio —respondió Christian con firmeza—. Dios es una invención para vender esperanza y manipular a las masas. Si existiera y permitiera tanta miseria, tampoco lo respetaría. Yo creo en hechos, en lo real. No en la fe.

Daniel asintió, procesando el argumento.

—Mira... yo sí creo en Él. Pero tú eres fiel a tu postura y yo a la mía. Lo que otros hagan en Su nombre tampoco me parece bien. Solo dime: ¿por qué estás tan a la defensiva conmigo?

—No es contigo... —suspiró Christian, agotado—. Estoy molesto con mi familia y con la gente que actúa como si fuera mejor que yo. No tengo nada contra ti, solo... es duro. En cuanto pueda, me voy de esta casa.

Daniel notó el deseo de libertad en su voz.

—Quieres vivir a tu manera.

—Sí. Es lo que más quiero. Ya tengo un plan: irme de este pueblo, estudiar musicología y tener una banda.

—Ambicioso —comentó Daniel—. Pero, ¿y el dinero?

Christian arqueó una sonrisa traviesa.

—Pues me prostituiré. Con lo bueno que estoy, tendría clientela segura.

Daniel casi se atragantó; un sonrojo le subió por el cuello hasta las orejas.

—¡Eso ni en broma, Christian!

El rubio estalló en carcajadas.

—Tranquilo. Probablemente consiga un trabajo de medio tiempo hasta cumplir los dieciocho.

—Mucho mejor —suspiró Daniel, aliviado—. Prométeme que nunca considerarás en serio lo otro.

—Bien, bien... pero si algún día rompo la promesa, te haré descuento.

Daniel rodó los ojos, entre divertido y perturbado.

—Tienes un humor retorcido.

—Gracias. Sabes, no eres tan insoportable como pensé.

—¿Eso significa que empiezo a caerte bien? —rió Daniel.

—Parece que me toleras. Supongo que lo justo es que yo también lo haga.

La desconfianza comenzaba a resquebrajarse, dando paso a una extraña complicidad que ambos estaban a punto de explorar.

## *Romppecabezas*

De un día para otro, floreció entre ellos una amistad tan inesperada como improbable. Para sorpresa de ambos, que parecían piezas de rompecabezas de cajas diferentes, lograron encajar con naturalidad, como si aquella unión hubiera estado destinada a ocurrir.

A Christian le gustaba hablar con Daniel sobre todo tipo de temas. Sentía que, por primera vez en mucho tiempo, alguien lo escuchaba de verdad; no por obligación, sino con auténtico interés. Ni sus padres ni aquellos conocidos a los que llamaba amigos le habían dado nunca esa clase de atención. Y, casi sin darse cuenta, descubrió que también disfrutaba escuchando a Daniel. Entre los dos aprendían el arte de comprender y ser comprendidos sin exigencias.

Aunque asistían a la misma escuela, rara vez habían coincidido, salvo en la clase de Religión de cuarto año. Fue allí donde todo comenzó. Christian, con su habitual descaro, inventó que tenía problemas de vista para sentarse al frente... justo al lado de Daniel. Desde entonces, el rubio aprovechaba aquella hora para dormir apoyado en su brazo o para escribir canciones en su cuaderno de pingüinos. Sabía que, pese a los regaños fingidos, Daniel terminaría prestándole los apuntes. El moreno lo acusaba de aprovecharse de su bondad, pero nunca dejaba de ayudarlo, aun cuando la nota de Christian apenas superara el mínimo para aprobar.

En los recreos coincidían a veces, aunque pertenecían a mundos distintos: Daniel siempre rodeado de su grupo fiel, y Christian como un nómada social, cambiando de compañía o quedándose completa-

mente solo, escribiendo versos mientras fumaba a escondidas debajo de las escaleras.

De vez en cuando se cruzaban por la calle; el pueblo no era especialmente grande. Pero para Christian, cada encuentro casual tenía un brillo especial. Sonreía sin querer al reconocer a lo lejos la figura de Daniel: ese muchacho de andar sereno, tan “perfecto” para ser molestado, tan tentador para romperle la calma. Provocarlo se había vuelto un pasatiempo. Si hablaban de relaciones, le aseguraba que moriría virgen por seguir los pasos de su padre hacia el sacerdocio. Si comentaban planes de fin de semana, se burlaba recordándole que mientras él asistía a misa, Christian estaría durmiendo cómodamente. Y lo que más disfrutaba era señalar sus contradicciones: bastaba que Daniel soltara una mala palabra para que el rubio lo reprendiera con falsa solemnidad:

—Eso no le gusta a Diosito, Daniel.

Daniel, por su parte, encontraba en esos intercambios más diversión de la que admitiría. Había algo en la lengua afilada de Christian y en su manera de enfrentarse al mundo que lo intrigaba. Empezó a esperar con ansias las clases de Religión, sabiendo que allí estaría el rubio, ya fuera roncando descaradamente o garabateando letras. Christian era diferente a cualquier persona que hubiera conocido, con una moralidad bruta pero real, forjada fuera del molde de lo que le habían enseñado sobre ser una “buena persona”.

Christian era distinto, eso era innegable. Sin embargo, por más que Daniel buscara aquella maldad de la que tanto le habían advertido —ese supuesto resplandor oscuro que debía arder en el azul de sus ojos—, lo único que encontraba era a un ser humano que, para él, se había vuelto especial.

## *La paz nunca fue una opción*

Uno de esos días comunes, Daniel había pedido permiso para salir diez minutos antes de la clase de Matemáticas. No era por desagrado a la materia, sino por una punzada en la cabeza que se había vuelto abrumadora. Se sentó en los escalones de la entrada, masajeando su cuero cabelludo mientras respiraba el aroma a tierra húmeda del rocío.

Buscó consuelo en lo familiar. Sacó de su bolsillo la pequeña Biblia que le había regalado su padre. Al abrirla, la hoja de *Ginkgo biloba* que usaba como marcapáginas cayó sobre su regazo. Se quedó allí, en silencio, refugiándose en la idea de un ser superior que lo cuidaba a pesar de sus errores.

Apenas pasó un minuto cuando una sombra cubrió el libro. Daniel levantó la vista y vio a Nick, un chico robusto y de rostro hosco que pertenecía al grupo de conocidos de Christian.

—¿No deberías estar en clase? —le cuestionó Nick con un toque despectivo.

—No me sentía bien —explicó Daniel, incómodo. Había algo en el chico que lo ponía nervioso.

—Ya veo. Mira, flaco, necesito un favor —dijo Nick con naturalidad, estirando la mano hacia el libro—. Necesito una Biblia para algo de clase y me dejé la mía. Préstame esa.

Daniel afirmó el agarre instintivamente.

—Eh, lo siento, pero no la comparto. Estoy seguro de que alguien más puede prestarte una.

—Venga, no seas egoísta —reclamó Nick con brusquedad, arrebatiéndole el libro y guardándoselo bajo la axila.

—¡Hey! ¡Devuélvemela! —gritó Daniel, poniéndose en pie. Al intentar recuperarla, recibió un empujón que casi lo hace caer.

Daniel miró a Nick alejarse con impotencia, pero se detuvo en seco al ver a Christian salir del baño. El rubio, con un cigarrillo a medio consumir en los labios, encaró al grandulón sin dudarlo.

—¡Hey, tú! Vas a devolverle la puta Biblia ahora mismo, Nick.

—Agua va. Miren, ahora el maricón tiene complejo de salvador —se burló Nick, acercándose a Christian—. Piérdete, no es tu problema. Vete a chupar vergas o algo.

—Llámame así una vez más, te reto —respondió Christian con una voz gélida.

Nick se inclinó hasta quedar frente a su rostro, saboreando la provocación.

—Maricón.

Christian entrecerró los ojos. Tomó una calada profunda de su cigarrillo y le sopló el humo en la cara. Antes de que Nick pudiera reaccionar, Christian usó la frente del chico como cenicero, presionando la brasa encendida contra su piel.

Un grito desgarrador rompió el silencio del patio. Nick se llevó las manos a la cara y la Biblia cayó al suelo. Daniel observó la escena con la boca abierta, incapaz de moverse. Todo ocurría demasiado rápido. Christian se abalanzó sobre Nick, derribándolo y golpeando su mejilla con una furia ciega.

Pronto, el patio se llenó de gritos y profesores. Entre seis adultos intentaban separar la riña. Christian, con la adrenalina hirviendo, recibió un golpe en el ojo, pero no dejó de luchar. Mientras los profesores lo arrastraban lejos, él se zafó lo suficiente para recoger la Biblia del suelo y lanzarla a Daniel.

Daniel reaccionó por puro reflejo y atrapó el libro a centímetros de su nariz. Vio cómo se llevaban a Nick a la enfermería mientras el

resto del personal arrastraba a Christian hacia la dirección.

En ese instante, sus miradas se conectaron. Como si el mundo se pusiera en cámara lenta, Daniel notó cada detalle: el cabello alborotado de Christian, su respiración errática y la hinchazón que ya se formaba en su ojo. Christian le sonrió ampliamente, una sonrisa orgullosa y feroz, la de un ganador al que no le importaban las consecuencias.

Cuando las puertas de la institución se cerraron tras ellos, la sonrisa de Christian desapareció de la vista de Daniel. El moreno bajó la mirada y apretó el libro contra su pecho, temblando. Su corazón latía desbocado, y aunque intentó justificar el horror de lo que había presenciado, en el fondo, una chispa de algo más oscuro y confuso comenzaba a arder en su interior.

## *Caminata nocturna por la ciudad*

Daniel caminaba al lado de Christian con la mente hecha un torbellino. Las calles se habían quedado desiertas, y el bullicio de la feria había quedado atrás, reemplazado por el eco de sus propios pasos sobre los adoquines húmedos. Cada farol lanzaba un halo de luz amarilla que parecía jugar con las sombras alargadas de los edificios, mientras el viento frío de la noche arrastraba hojas secas y el olor a asfalto mojado se mezclaba con un leve aroma de humo lejano.

No podía evitar lanzar miradas furtivas a Christian mientras avanzaban. Sus pensamientos eran un caos de emociones y preguntas: no entendía por qué había reaccionado con tanta intensidad al pequeño contacto en la casita del árbol, ni por qué deseaba que se repitiera. El silencio entre ellos pesaba, y Daniel quería romperlo desesperadamente.

—Sabes... eso que hiciste, en la casita del árbol... —dijo finalmente, sin poder contenerse.

—No empieces —respondió Christian, con un tono más brusco de lo que pretendía, evitando mirarlo directamente.

Daniel se estremeció. Las palabras de Christian siempre tenían la habilidad de calarle hondo. Suspiró, intentando que su frustración no aflorara.

—Por qué siempre eres tan malditamente defensivo?

—¿Y eso qué significa? —replicó Christian, deteniéndose y girándose para enfrentarlo—. No fue nada, solo tenías un poco de resto

de palomita en la cara. ¿Qué dirán en la iglesia si ven al hijo del cura sucio por allí? —Se burló, metiendo las manos en los bolsillos, ocultando los puños tensos.

—No me importa lo que digan en la iglesia. Ese no es el punto.

Daniel tomó aire, intentando tocar el tema con cuidado, pero la actitud de Christian hacía que perdiera la paciencia.

—Me refiero a... lo que hiciste. Tocando mi mejilla. ¿Por qué lo hiciste? La verdadera razón...

—No fue nada, estás exagerando.

—¿“No fue nada”? —repitió Daniel con amargura—. No me voy a comer un “no fue nada”. Sabes muy bien que es más que eso. Siempre estás probando mi paciencia, y estoy cansado.

Se acercó un paso más, con los ojos fijos en el rostro desviado de Christian.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Poner la otra mejilla? —le cuestionó Christian, con una sonrisa burlona, mientras las sombras de los edificios se alargaban a su alrededor y un gato callejero cruzaba rápidamente la calle, desapareciendo en un rincón oscuro.

La sonrisa provocadora aumentó la ira de Daniel. Apretó la mandíbula, la frustración alcanzando su punto máximo.

—¿De verdad te crees tan gracioso?

Extendió la mano y agarró la muñeca de Christian, atrayéndolo hacia él con un agarre firme pero controlado.

—¿Crees que puedes hacer lo que quieras y yo me voy a quedar de brazos cruzados? ¡Estás equivocado!

—¿Ah, sí? Entonces muéstrame —desafió Christian, curioso por ver cómo reaccionaría el normalmente calmado Daniel.

Los ojos de Daniel se oscurecieron, y su agarre sobre la muñeca de Christian se volvió más firme, mezcla de ira y algo que no se atrevía a nombrar.

—¿Quieres que te lo muestre?

Empujó a Christian contra una pared cercana, fría y cubierta de grafitis, sujetándolo por las muñecas. Sus rostros quedaron peligrosamente cerca, casi tocándose, y Daniel lo miró fijamente, con un leve matiz de advertencia en la voz.

—¿Es esto lo que querías, idiota?

Christian parpadeó; una mezcla de incredulidad, interés y un toque de respeto cruzó su expresión.

—Lo que quieras es que te golpee en la cara, ¿verdad?

Su voz era calmada pero ronca, y no apartaba la mirada. Daniel entrecerró los ojos, manteniendo el agarre firme. Se inclinó un poco más, sus rostros peligrosamente cerca. El viento frío les cortaba la piel, levantando mechones de cabello y arrastrando hojas secas entre ellos.

Christian frunció el ceño, su labio inferior tembló un instante antes de tomar aire y golpear a Daniel con la rodilla en el estómago, empujándolo hacia atrás. El eco de su respiración y de sus movimientos se mezclaba con el sonido lejano de un coche que pasaba, amplificando cada impacto. Daniel dejó escapar un gruñido al recibir el golpe, pero no soltó las muñecas de Christian.

—Pequeño bastardo...

Con un movimiento rápido, lo empujó al suelo, sujetándolo como hierro mientras se inclinaba más sobre él. Christian gruñó y se retorció, intentando liberarse con una patada. Aunque Daniel era más alto, Christian tenía más experiencia peleando y su musculatura ocultaba fuerza bajo la ropa. Rápidamente se apartó y se puso de pie, postura firme, expresión dura:

—¡Basta!

Antes de que Daniel pudiera reaccionar, Christian lo agarró por el brazo y lo arrastró hacia un callejón más oscuro, donde la luz de los faroles apenas llegaba y el aroma a humedad y asfalto recién mojado llenaba el aire. Las paredes estrechas de ladrillo y los charcos reflejando la luz amarilla hacían que todo pareciera más intenso y cercano.

—¡Hey, qué estás...!? —protestó Daniel, intentando resistirse.

—¡Cállate! —le gritó Christian, empujándolo contra una pared grafitada y sujetándolo firmemente por los hombros. La ciudad estaba silenciosa, excepto por el eco de sus propios movimientos, y esa soledad amplificaba la sensación de peligro y cercanía.

El corazón de Daniel latía con fuerza: mezcla de miedo, adrenalina y... algo más que no podía definir, mientras el frío calaba su ropa y el roce de Christian hacía que la sangre le ardiera en las venas. Cada sombra y cada reflejo de la luz en el pavimento parecía observarlos, atrapando su tensión entre los límites de la ciudad dormida.

## *El callejón*

El aire de la noche era denso en el callejón, impregnado del olor a humedad y a la basura de los contenedores cercanos. La única luz venía de un farol parpadeante a la entrada, proyectando sombras alargadas y grotescas que bailaban en las paredes cubiertas de grafitis. Christian, con un movimiento brusco, acorraló a Daniel contra la pared; su cuerpo tan cerca que la distancia entre ellos casi desaparecía. Las palabras se le atoraron en la garganta a Daniel; la sorpresa era un nudo en su pecho que no lo dejaba respirar. Pero cuando Christian se inclinó, le acarició el rostro con las manos y lo besó, el mundo de Daniel se desvaneció.

Por un instante fugaz, Daniel intentó retroceder, con el instinto gritándole que huyera. Sin embargo, el contacto con los labios de Christian le provocó una sacudida de un placer inesperado que le recorrió el cuerpo entero. Su mente se puso en blanco. Nunca se había imaginado que el chico con el que siempre estaba discutiendo lo besaría de repente en un callejón oscuro. Su cuerpo reaccionó sin pensar, y el deseo que había intentado reprimir durante tanto tiempo brotó a la superficie.

Trató de resistirse de nuevo, su cerebro le gritaba que lo alejara, pero su cuerpo se negaba a obedecer. En lugar de eso, sus labios le respondieron al beso y sus manos se cerraron en puños, mientras una ola de calor lo invadía. Christian abrió los ojos por un momento, sin esperar que se lo correspondiera; esperaba un puñetazo, un insulto o cualquier otra cosa. Pero esto... cerró los ojos de nuevo y sintió cómo

su ceño se relajaba. El pecho de Daniel se pegó al suyo y la firmeza de su agarre en la cara se suavizó. Una de sus manos se deslizó hasta el hombro de Christian y la otra se posó en su mejilla, acariciándola suavemente con el pulgar, tal como lo había hecho en la aspereza de la superficie.

La caricia en su mejilla le provocó un escalofrío que le recorrió la columna, y Daniel se encontró a sí mismo abandonándose a ese contacto a pesar de su buen juicio. Se pegó al cuerpo de Christian, encajando casi a la perfección. Una mezcla de emociones lo invadía: ira, confusión, placer, deseo. Debía alejarse, pensó. Debía apartarlo, maldecirlo, hacer un comentario hiriente... Pero su cuerpo se negaba a obedecer, y sus labios seguían respondiendo al beso, traicionando la confusión que sentía.

La presión entre sus cuerpos se intensificó. El corazón de Daniel latía desbocado en su pecho, el calor y la mezcla de sentimientos reprimidos se volvían casi abrumadores. Su cerebro intentó protestar por última vez, diciéndole que era una locura, que debía detenerse, que esto estaba mal. Pero su cuerpo y su corazón se negaban a escuchar. El contacto de los labios de Christian anuló cualquier pensamiento racional. Le devolvió el gesto con avidez, el deseo y los sentimientos contenidos finalmente estallaron a la superficie a través de ese beso inesperado en un callejón oscuro.

Christian dejó escapar un gemido ahogado contra la boca de su amigo, sintiendo los efectos en su cuerpo. Pegó sus caderas contra las de Daniel, casi rozándose a través de la ropa, mientras su lengua buscaba la entrada a su boca, un silencioso ruego para explorar más profundamente. Daniel jadeó ante ese contacto íntimo. Sintió las caderas de Christian pegadas a las suyas, y el calor entre ellos se volvió casi insoportable. Sintió una sacudida de deseo cuando la lengua del chico buscó la entrada a su boca. Su cuerpo reaccionó solo. Abrió la boca ligeramente, concediendo la petición. Sus manos, que hacía unos instantes estaban cerradas en puños, se movieron por cuenta propia y se aferraron con firmeza a la cintura de Christian.

Christian no dudó al ver la respuesta de Daniel. Su lengua comenzó a explorar la cavidad de la boca del otro, entrelazándose con la de él, sus movimientos menos tentativos y más deliberados, como si quisiera probar la fruta prohibida. El cuerpo de Daniel le respondió al beso con una intensidad casi febril, su mente perdida en un vertiginoso torbellino de sensaciones. Su propia lengua se encontró con la de Christian en una danza desesperada y hambrienta de exploración, buscando una conexión más profunda. Con cada toque, cada sabor, la línea entre lo correcto y lo incorrecto se desdibujaba aún más.

A medida que se acercaban más, Daniel se encontró pegando a Christian, sus manos agarradas a su cintura, sus cuerpos unidos por una necesidad desesperada de más contacto. Su mente racional luchaba contra la abrumadora ola de deseo, pero su cuerpo se negaba a escuchar, adicto al placer prohibido. Mientras los minutos pasaban, el gesto se hizo aún más profundo. Los dos chicos se perdían en esa embriagadora mezcla. La mente de Daniel estaba nublada por una bruma de deseo y placer; su pensamiento lógico quedó completamente eclipsado por las abrumadoras sensaciones. Con cada presión de sus cuerpos, cada contacto de sus lenguas, la línea entre lo permitido y lo prohibido se hacía cada vez más delgada. El tiempo parecía perder todo significado mientras se ahogaban en la intensidad del momento, sus respiraciones mezclándose en un ritmo silencioso.

Finalmente, Christian inclinó la cabeza hacia atrás, rompiendo el contacto. Se limpió los labios con la mano y miró fijamente a Daniel con una expresión intensa. Daniel respiraba con dificultad, su pecho se agitaba mientras recuperaba el aliento. Su mente estaba confusa, sus pensamientos eran un revoltijo de deseo e incredulidad. Miró al chico que tenía delante, el rostro ruborizado, los labios ligeramente hinchados por la intensidad. Sus manos aún se aferraban con fuerza a las caderas de Christian, casi como si no pudiera soltarlo.

Abrió la boca para decir algo, para romper el pesado silencio, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Tragó con dificultad, intentando recuperar la compostura, pero su cuerpo aún sentía el fuego del deseo. Quería más, quería acercar al chico de nuevo, olvidarse del

mundo y perderse en el placer. Pero una voz molesta en el fondo de su cabeza le recordó que eso estaba mal.

—No, no deberíamos —logró decir con voz ronca. No se movió, pero su agarre en las caderas de Christian se apretó casi de forma involuntaria.

—¿Por qué? Me deseas. Te deseo. Es más simple de lo que crees —preguntó Christian con firmeza y seriedad mientras seguía mirándolo fijamente, aún sosteniéndole el hombro y con la mano en su mejilla.

Daniel sintió una oleada de emociones encontradas ante las francas palabras de Christian. Sabía, en el fondo, que deseaba a Christian, que la atracción era mutua. Pero su educación religiosa, sus valores, su culpa, todo le gritaba que eso estaba mal.

—No, no es tan simple —protestó débilmente; su voz traicionaba el conflicto que sentía—. Nosotros... no podemos hacer esto.

Trató de que sus palabras sonaran más firmes, pero ni siquiera él se convencía.

—Dame una sola razón por la que no deberíamos hacer esto.

Daniel miró a Christian por un momento. Su mente corría para encontrar una manera de protestar de nuevo. Pero la intensa mirada del chico, el recuerdo y el deseo abrumador hicieron que todo se sintiera terriblemente difícil.

—Es prohibido, los dos somos chicos, e-está mal...

Sus palabras sonaban cada vez menos convincentes; su cuerpo traicionaba sus intentos de negar lo que realmente quería.

—¡Y una mierda! —gritó Christian, jadeando, apretando los puños a los costados, frunciendo el ceño y respirando con dificultad mientras lo miraba fijamente.

Daniel se encogió ligeramente cuando Christian gritó, desconcertado por la repentina ira. Pero la mirada feroz en los ojos de Christian agitó algo muy dentro de él, una mezcla contradictoria de miedo y deseo. Se mantuvo firme, con la voz un poco temblorosa.

—Es la verdad. No podemos ignorar las enseñanzas, las expectativas de la sociedad.

Trató de sonar firme, pero su determinación se desmoronaba.

—¡Claro que puedes! ¡Yo lo hago todos los días! ¡Solo tienes demasiado miedo para luchar por lo que crees!

—¡Maldita sea, Christian, no entiendes! —espetó Daniel, con sus frustraciones y emociones reprimidas a punto de estallar—. Para ti es fácil decirlo. Nunca le tienes miedo a nada. Solo haces lo que se te da la gana, sin preocuparte por lo que piensen los demás. ¡Pero yo no puedo ser así! Tengo responsabilidades, expectativas, ¡una familia que me repudiaría!

—¡Yo también, idiota! Y claro que tengo miedo. ¡Joder, claro que lo tengo! —le gritó, sonando más frustrado que cualquier otra cosa mientras hablaba, con la voz tensa—. Odio que mi familia piense que soy un bicho raro, que me obliguen a cambiar quién soy solo para no avergonzarlos. Hago lo que quiero porque me harté hace mucho tiempo. ¡¿Entiendes?! Me harté de esconderme, de sentirme como un fenómeno, de ser alguien que no soy. ¡Crees que no me importa lo que la gente dice de mí, en la cara y a mis espaldas? Me duele, joder. Me duele que nadie me entienda, y ahora que eres la única maldita persona que pensé que podría quererme, alguien que realmente me aceptara, ¡me vienes con esta porquería!

Daniel sintió las palabras como un puñetazo en el estómago. La cruda emoción en la voz de Christian, la desesperación y la frustración, lo golpearon como un tren de carga. Nunca había escuchado al chico hablar con tanto dolor, con tanta ira. Sintió una punzada de culpa por sus propias palabras, por la forma en que había ignorado las luchas de su amigo.

—Yo no quise decir eso —murmuró, con la voz más suave—. Sé que has pasado por mucho, pero maldita sea, ¡no puedo simplemente olvidar mis creencias!

—¡Cállate! —le gritó Christian con agresividad, respirando con dificultad. Cerró los ojos con fuerza, jadeando. Sus manos tembla-

ban. Sintió cómo sus ojos ardían. Los abrió y se dio cuenta de que estaba llorando al sentir sus mejillas mojadas y el asfalto del suelo ligeramente oscureciendo por las pequeñas gotas de agua que le habían resbalado por la cara.

La visión de las lágrimas de Christian conmocionó a Daniel por completo. El corazón le dolía ante esa visión tan cruda y dolorosa, y sus propios ojos comenzaron a llorar. Este no era el chico fuerte y desafiante que conocía. Era alguien que había estado guardando una montaña de emociones en su interior, y estaban a punto de estallar.

—Christian, yo... —dijo débilmente, con la voz temblorosa. Dio un paso vacilante hacia adelante; su mano se extendió como para tocarlo, luego dudó, sin saber si sería bienvenido o rechazado.

—Maldita sea... —murmuró Christian entre sollozos. Se sentía patético. Se sentía como si todo lo que había estado reprimiendo estuviera regresando. No podía dejar de llorar como un niño pequeño.

Daniel apenas podía soportar ver a Christian tan roto. Ver al chico que sabía que era tan fuerte y desafiante, derrumbándose en lágrimas, lo conmovió profundamente. Sin pensarlo, acortó la distancia entre ellos y lo abrazó con fuerza, manteniéndolo cerca.

—Hey, hey, está bien, está bien —su voz era apenas un susurro mientras lo abrazaba, permitiendo que las lágrimas de ambos fluyeran libremente. Se sintió abrumado por las emociones; sus propias creencias quedaban eclipsadas por la necesidad de consolar al chico que estaba en sus brazos.

Christian pensó en alejarlo, molesto y enojado, pero al final solo se redujo a llorar y se apoyó en su hombro, manchándolo. Daniel lo abrazó con fuerza, dejando que el chico sollozara y le manchara la ropa con lágrimas. Sus brazos lo sostenían con firmeza, como si lo protegieran del mundo. Sus propias emociones eran un torbellino; sus creencias y sentimientos chocaban en su interior, pero la necesidad de consolarlo lo abrumaba todo.

—Está bien —repitió suavemente, con voz tranquilizadora—. Desahógate. Estoy aquí. Te tengo.

Christian cerró los ojos con fuerza, levantó los brazos y se aferró a la tela que cubría la espalda de Daniel, sollozando y sintiendo sus manos temblar contra el cuerpo de su amigo. Odiaba sentirse tan vulnerable, y a la vez se sentía tan bien sabiendo que estaba entre los brazos de la persona a la que tantas palabras le había dedicado en tinta sobre las hojas de su cuaderno. Lo estrechó con firmeza, como si no quisiera dejarlo ir nunca de su lado. Quería decirle, como si abriera un grifo, todo lo que tenía retenido desde la primera vez que hablaron en su habitación, pero antes de que pudiera abrir la boca se tensó al escucharlo decir:

—Christian, te perdonó. Todos cometemos errores —le murmuró suavemente cerca de su oído. Su voz casi era tierna, pero para Christian se sintió más como una punzada aguda en el pecho.

Se apartó lenta pero firmemente, descolocando a Daniel en el momento en que sus miradas se encontraron otra vez. La expresión de Christian se endureció. De pronto sonrió amargamente antes de decir:

—No lo entiendes... no entiendes una mierda. Que te jodan, imbécil.

Lo soltó antes de darse la vuelta y salir a paso rápido del callejón, dejándolo parado allí solo. Daniel lo observó con incredulidad mientras Christian se alejaba. En el momento en que el chico se fue, una ola de emociones contradictorias lo invadió: arrepentimiento, deseo, alivio, frustración, confusión. Quería gritarle, tirarlo de vuelta y reclamar lo que le habían arrebatado, pero su mente racional lo detuvo.

—Maldita sea...

Golpeó el puño contra la pared cubierta de grafitis con ira. Se quedó allí por un momento, su respiración aún entrecortada por el beso y la confusión que había encendido en su interior. El recuerdo del contacto de Christian, el sabor de sus labios, el sonido de su voz, todo se repetía en su mente como un disco rayado.

—Estúpido, maldito idiota —murmuró para sí mismo. El corazón le tenía un torbellino. La parte racional de su mente le decía que

esto era lo mejor, que los estaban salvando a ambos de más problemas. Pero la otra parte, la que anhelaba el contacto de Christian, gritaba en protesta.

Christian caminó a casa con el corazón latiendo a mil por hora. Estaba enojado con el mundo, con Daniel por no corresponder sus sentimientos cuando era obvio que lo había disfrutado tanto como él, y consigo mismo por dejar que lo afectara tanto.

—Maldita sea... —murmuró para sí mismo, sintiendo una sensación de arrepentimiento. Era una estupidez de su parte pensar que Daniel lo vería de la misma manera, y ahora había arruinado su relación con su único mejor amigo. Las lágrimas le brotaron de los ojos sin darse cuenta, manchando el pavimento otra vez, pero gimió de frustración y se las secó rápidamente; mantuvo una expresión seria y el mentón en alto.

Odiaba esa sensación de rechazo, el peso de no poder hacer nada para cambiar su situación en ese lugar, la impotencia tras sus actos, el dolor en su pecho, el dolor que le había causado al chico de ojos miel... Se recordó que no era de los que se tenía autocompasión, chasqueó la lengua con irritación y metió la mano al bolsillo del pantalón, solo para sentir el vacío en él. Lo palmeó rápidamente antes de recordar de golpe que lo había tirado por la ventana de la casita del árbol después de su promesa.

Gruñó de frustración y pateó una piedrita que golpeó contra la pared. Se llevó las manos a los bolsillos y murmuró con irritación:

—Que le jodan. No me importa, él es como el resto de ellos...

Murmuró con desdén con tan poca fuerza que ni él mismo se lo estaba creyendo, pero aun así no hizo nada para contradecirse. La verdad era que... sentía que estaba ardiendo por dentro, y solo quería volverse cenizas, perderse entre el viento nocturno y desaparecer, llevándose consigo todo el caos que había despertado esa noche.

## *La mente atormentada de Daniel*

En ese callejón poco iluminado, el tiempo se le escapaba de las manos a Daniel. Su mente era un torbellino de emociones contradictorias, una mezcla caótica de deseo y confusión. Su cuerpo aún sentía el fantasma del contacto de Christian, la huella de sus labios. Nunca antes había experimentado un torbellino de sentimientos tan intenso; era enloquecedor, lo consumía por dentro. La simple idea de volver a casa, de fingir que todo estaba bien frente a su familia, le revolvía el estómago con una mezcla de culpa y autodesprecio.

Apretó los puños y se apoyó contra la pared fría, luchando contra el impulso de ir tras Christian. No podía sacarse de la mente su rostro, la intensidad de sus ojos, el calor de sus manos sobre su piel. Ese recuerdo lo estaba volviendo loco. El peso de lo sucedido, la vergüenza de haber cedido a un impulso que su fe y su educación condenaban, era casi insoportable. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en lo que su familia y su comunidad pensarían si se enteraran.

—Esto, maldita sea, esto es una locura —murmuró, la voz ronca, resonando en el silencio del callejón.

Sabía que no podía quedarse allí para siempre. Tenía que volver a casa y enfrentarse a su familia, a pesar del abrumador caos en sus pensamientos. Con un suspiro pesado, se alejó de la pared y salió del callejón. Con cada paso, sintió un nudo en el estómago que se hacía más grande. Ya podía imaginarse las preguntas y las miradas, y la culpa de tener que mentirles a la cara.

Al abrir la puerta principal, la familiar escena de su familia lo recibió: su padre leyendo una vieja novela, su madre arreglando un estante. Ambos levantaron la vista; sus expresiones traicionaban la preocupación.

—¿Dónde has estado, hijo? Llegas tarde —la voz severa de su padre rompió el silencio.

Daniel se recompuso rápidamente, poniéndose una expresión neutra antes de entrar del todo.

—Lo siento, padre. Estaba en la biblioteca, perdí la noción del tiempo —respondió, con el corazón martillando en su pecho. La mentira salió con una facilidad escalofriante, a pesar de la culpa que le arañaba la conciencia. Evitó la mirada de sus padres mientras se quitaba los zapatos.

Su madre, con su habitual perspicacia, notó los cambios sutiles en su comportamiento. Frunció ligeramente el ceño y lo estudió, con un toque de sospecha en los ojos.

—¿Estás bien, cariño? Te ves un poco más pálido de lo normal —preguntó, con un tono lleno de genuina preocupación.

Daniel forzó una sonrisa, intentando sonar lo más natural posible para ocultar el torbellino interno que amenazaba con consumirlo.

—Estoy bien, mamá. Solo estoy cansado, supongo.

Colgó la chaqueta en el perchero y evitó su mirada. Sabía que ella podía sentir que algo andaba mal, pero no estaba listo para revelar la verdad, todavía no. La mirada de su madre se detuvo en él un momento más; su intuición le decía que algo no andaba bien. Sin embargo, lo conocía lo suficiente como para saber que no se abriría fácilmente en ese estado. Con un suspiro, volvió a su tarea, con la esperanza de que Daniel se lo contará finalmente.

—Está bien, cariño. Solo asegúrate de descansar, ¿de acuerdo?

Daniel asintió en silencio, agradecido de que su madre no insistiera. Rápidamente subió las escaleras, ansioso por escapar de sus miradas inquisitivas. En su habitación, cerró la puerta suavemente y se

apoyó contra ella, dejando escapar un suspiro de agotamiento. Los acontecimientos del día aún pesaban sobre él, y la imagen del rostro de Christian seguía apareciendo en su mente.

Intentó apartar los pensamientos, centrándose en las tareas rutinarias de la noche: quitarse la ropa, lavarse, ponerse la ropa de dormir. Pero cada pequeña acción se sentía como una obligación. La comodidad que solía sentir en la simplicidad de estos rituales estaba ahora eclipsada por una sensación de vacío. Cuando se metió en la cama, se quedó mirando al techo. La tranquilidad de la habitación era opresiva. El recuerdo de los labios de Christian aún perduraban, atormentando con una añoranza agridulce.

Daniel se revolvió en la cama, incapaz de encontrar una posición cómoda. Las sábanas se sentían como papel de lija, y cada vez que cerraba los ojos, el recuerdo de ese maldito beso regresaba con vívidos detalles. Su cuerpo anhelaba el contacto de Christian, el sabor de sus labios. Pero sabía que era una locura, una imposibilidad. Golpeó la almohada con frustración, intentando ahogar los pensamientos.

—Vete —murmuró para sí mismo, suplicándole en silencio a su subconsciente que lo dejara descansar.

Mientras la noche se hacía más profunda, Daniel luchaba contra el insomnio. Cada vez que lograba acercarse al sueño, el recuerdo de Christian volvía, vívido y persistente. Se veía de nuevo en el callejón, sintiendo el calor del cuerpo del otro, el suave roce de su pulgar en su mejilla. La culpa y la vergüenza se mezclaban con una punzada de un deseo que no podía nombrar. ¿Cómo podía sentir algo tan profundo y prohibido al mismo tiempo? Su mente, entrenada en la fe y la moralidad, le gritaba que esto era un pecado. Pero su corazón y su cuerpo le respondía con una urgencia que no podía controlar.

Pasaron las horas, lentas y agonizantes. El reloj en la mesita de noche parecía burlarse de él, sus tic tacs resonaban como un eco de su propio desorden mental. No importaba cuánto se diera vueltas, cuánto intentara orar o meditar. El rostro de Christian, sus palabras, sus lágrimas, se habían apoderado de su mente. La imagen de Christian,

vulnerable y roto, contrastaba de forma dolorosa con el chico rebelde y desafiante que siempre conocía. Esa imagen lo perseguía, y con ella, un sentimiento de arrepentimiento que lo consumía por completo. Por primera vez en su vida, dudó de todo lo que creía. Dudó de las reglas, de las expectativas de su familia, de la sociedad.

¿Acaso la verdad y el amor podía ser tan dolorosos y confusos?

## *Fantasías con sombras de vergüenza*

Bajo su tacto, Daniel sentía la suavidad y calidez de la piel ajena. Sus dedos trazaron una línea de abajo hacia arriba a lo largo de su columna vertebral, deleitándose en cómo el cuerpo del otro se estremecía ante sus caricias. Estaban acostados uno frente al otro, tan cerca que casi no quedaba aire entre ellos, cubiertos solo por la tela ligera de las sábanas blancas.

El ojiazul inclinó el rostro junto al de Daniel.

—Daniel... —susurró Christian; su voz grave y cargada de deseo le provocó un escalofrío en la oreja.

Daniel giró la cabeza hacia él, admirando su rostro apenas iluminado por la luz rojiza de la lámpara de noche. El brillo oscuro de sus ojos lo hizo tragarse con fuerza. Con la mano temblorosa, le acarició la mejilla, trazando círculos con el pulgar.

—Eres tan hermoso... —murmuró con un hilo de voz ronca.

Christian sonrió complacido, inclinándose hacia el contacto. Dejó una serie de besos en la palma de su mano, ascendiendo por su brazo, su hombro y, finalmente, su cuello. Daniel soltó un gemido bajo y lo rodeó con los brazos en un abrazo apretado, eliminando cualquier distancia entre ellos.

—Te quiero tanto... —confesó, cerrando los ojos con fuerza, como si al apretarlos pudiera contener lo que sentía por él.

Sus cuerpos encajaban a la perfección, el pecho desnudo de Christian contra el suyo. Respiraban y sus corazones latían al mismo compás, como si fueran una sola persona, con los brazos y las piernas entrelazados. Los labios de Christian lo silenciaron con un beso intenso y hambriento. El aire se escapó de sus pulmones mientras un calor lo envolvía desde dentro, arrastrándolo más y más hondo en el abismo de sus deseos.

De pronto, Daniel abrió los ojos.

El cuarto estaba a oscuras. Su respiración era entrecortada, su cuerpo estaba empapado en sudor. El corazón le golpeaba con violencia en el pecho. Tardó unos segundos en comprender: había sido un sueño. Un sueño febril, demasiado real. Se incorporó lentamente, pasándose la mano por la frente húmeda. El ardor que aún recorría su cuerpo lo hizo estremecerse, y entonces se dio cuenta de la huella física que el sueño había dejado en él. Sintió un nudo de culpa en el estómago.

—Dios mío... —susurró en la oscuridad, temblando.

El recuerdo del rostro de Christian, sus labios, su voz llamándolo por su nombre, lo asaltaba con cada parpadeo. La vergüenza le hizo bajar la cabeza. ¿Cómo podía desear algo que sabía que era prohibido? ¿Cómo podía traicionar su fe con pensamientos que no se atrevía a confesar a nadie? Y todo esto justo después de lo que había pasado en el callejón con él...

Jadeante y con el cuerpo aún agitado, Daniel se cubrió el rostro con las manos, buscando en la oración el alivio que la culpa no lo dejaba alcanzar. Odiaba sentirse tan impotente; había intentado actuar bien toda la vida, y ahora su mente viajaba a lugares tan peligrosos. Era tan injusto. Sintió las lágrimas rodar por sus mejillas. Eran lágrimas de miedo, de ira y de impotencia. Ahora se daba cuenta de que, aunque no quisiera admitirlo, era igual que Christian. Era una abominación para su familia, para la comunidad y para él mismo.

Rezaba, rezaba y rezaba por compasión, pero la única respuesta fueron los rayos del sol que se asomaban por la ventana, anunciando la llegada de la mañana.

## *Un paso fuera del molde*

El lunes amaneció, trayendo consigo el peso de la angustia.

Daniel se arrastró fuera de la cama; su cuerpo se sentía pesado y su mente enmarañada por los recuerdos del fin de semana. Se preparó en un estado de semiinconsciencia, con la vaga esperanza de que la rutina pudiera disipar sus pensamientos. Mientras se vestía, una mezcla de pavor y ansiedad lo consumía al anticipar el reencuentro con Christian. ¿Cómo lo encararía? ¿Cómo podría fingir que nada había pasado?

Se miró en el espejo, intentando borrar los vestigios de una noche sin dormir bien por el rubio que lo atormentaba en sus sueños. Se acomodó el cabello castaño, se lavó los dientes y se salpicó el rostro con agua helada. Se puso su uniforme impecable, ajustándose los botones y la corbata, deseando proyectar una imagen presentable.

Con un suspiro profundo, bajó las escaleras. Sus padres lo saludaron con una sonrisa, pero él apenas pudo devolverles una mueca. Tomó una tostada y un plátano, dudando de que su estómago pudiera tolerar algo más. El trayecto a la escuela se sintió como una larga y ardua travesía; cada paso lo acercaba al momento de la verdad. Al llegar, respiró hondo, armándose de valor. «Puedes hacerlo», se repetía en su interior. «Solo compórtate con normalidad. Ignora lo que sucedió».

Entró justo al sonar la campana, y los estudiantes se dirigieron a sus respectivas aulas. Daniel se abrió paso por el pasillo, con el co-

razón latiendo con fuerza ante la expectativa, y entonces lo divisó: Christian estaba en el extremo opuesto, despidiéndose de unos chicos. Su semblante era sombrío y su postura carecía de vigor, un reflejo de su propia noche de desvelo. Con su uniforme habitual, la corbata aflojada y el cabello despeinado, se echó la mochila al hombro y empezó a caminar con la vista fija al frente, directamente hacia Daniel.

Daniel sintió una punzada de angustia al ver que Christian se aproximaba. Sus miradas se cruzaron por un instante fugaz, tiempo suficiente para que viera en el rostro del otro la misma fatiga que lo consumía a él. La cercanía le provocó una avalancha de sentimientos: culpa, arrepentimiento, anhelo y una emoción peculiar y retorcida. Daniel intentó mantener una expresión imperturbable mientras aguardaba que Christian llegara hasta él, y fue entonces cuando... Christian siguió de largo, como si no lo hubiera visto, sin saludarlo ni mirarlo. Entró en su salón sin hacer el menor ruido.

El corazón de Daniel se encogió. La decepción lo invadió. Una parte de él había albergado la esperanza de que al menos lo saludara, de que su conexión no estuviera completamente rota. Sin embargo, la fría indiferencia de Christian lo hirió profundamente. Se forzó a recobrar la compostura y se dirigió a su clase, intentando disipar esa sensación y concentrarse en sus lecciones, pero el recuerdo de Christian, su apariencia desaliñada y su mirada ausente, lo perseguía como un fantasma. Sentado en su pupitre, apenas podía oír al profesor; su mente estaba en el salón de al lado.

Después de unas horas que parecieron una eternidad, el patio de la escuela se inundó de la energía de los estudiantes. El sol de la mañana bañaba el lugar, haciendo brillar el césped y resaltando los colores de la ropa. Daniel vio a Christian con el grupo de chicos de antes. El músico estaba escribiendo en su cuaderno, con su actitud despreocupada reemplazada por una expresión más seria y distante. Daniel se sentó a una distancia prudente, fingiendo estudiar mientras lo miraba de reojo. Cada vez que escuchaba la voz de Christian, su concentración se rompía en pedazos.

Los minutos se estiraron. A pesar de compartir el mismo patio, la distancia entre ellos parecía un abismo infranqueable. Daniel anhelaba acercarse, decir algo para cerrar esa brecha. Pero el recuerdo de su último encuentro, de la fría indiferencia, lo paralizó. La inacción lo frustraba. Ver a Christian, aparentemente ajeno, lo estaba enloqueciendo. Apretó los puños, la ira burbujeando en su interior.

—No puedo seguir así —murmuró.

No pudo soportarlo más. Tenía que actuar, incluso si se arriesgaba a un nuevo rechazo. Cerró su libro con un golpe seco y se puso de pie. Ignoró las miradas curiosas de sus compañeros y caminó resueltamente hacia Christian. La mezcla de determinación y ansiedad lo consumía.

Al llegar al grupo, sus ojos se encontraron de nuevo. Vio la sorpresa en la mirada de Christian, pero de inmediato la cubrió con una expresión cautelosa. Sin importarle el resto, se paró justo frente a él.

—Christian —dijo con voz baja pero firme.

—Mi nombre —respondió Christian con aparente indiferencia, mirándolo fijamente.

Daniel apretó los dientes. La frialdad era una provocación deliberada.

—Muy maduro —replicó, esforzándose por controlar su fastidio—. Necesito hablar contigo. A solas.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo Christian con calma; su mirada permanecía inmutable.

La paciencia de Daniel se agotaba.

—Eso es una tontería. Sabes perfectamente que sí —dijo, dando un paso más cerca y bajando la voz—. Necesitamos hablar, y no vas a eludir esta conversación.

Christian suspiró con irritación y miró a sus amigos.

—Chicos, me voy. Tengo un asunto que resolver.

Con esa simple frase, ellos se alejaron hacia una zona más tranquila de la escuela, dejando a los dos chicos solos detrás de la cancha de

baloncesto, un lugar más solitario donde las sombras de los árboles creaban un refugio de las miradas. Christian se volteó hacia él; su expresión de aburrimiento encendió la furia de Daniel.

—Ya estamos aquí. Ahora, di lo que tengas que decir —dijo, apoyándose en la pared con los brazos cruzados.

Daniel se paró frente a él; las ganas de agarrarlo y sacudirlo eran casi irresistibles.

—Me has estado evadiendo todo el día. ¿Cuál es tu problema? —espetó; su confusión y frustración eran evidentes.

Christian sonrió con sarcasmo.

—¿Qué esperabas? ¿Que te diera otro beso después de que me rechazaste?

Escucharlo decir eso con tanta soltura solo avivó la ira de Daniel.

—¡Sabes bien que no fue lo que quise decir! —espetó, dando otro paso más cerca.

—No eres más que un hipócrita, ¿sabes? —dijo Christian, su tono despectivo—. Te crees superior a mí, pero lo único que hiciste fue corresponderme en ese momento. Lo vi. Lo estabas disfrutando, y luego me saliste con tu discursito moralista de que eso estaba mal y que me perdonabas. ¿Tienes idea de lo humillante que fue para mí?

Las palabras fueron un golpe. La vergüenza y la ira lo invadieron.

—¡Cállate! —gritó con frustración, agarrándolo por el cuello de la camisa y tirándolo con fuerza hacia él.

Christian no opuso resistencia.

—Vamos. Golpéame. Estoy seguro de que papi y mami disfrutarán viendo a su hijo perfecto con una mancha en su historial por agredir a un compañero de clase.

Daniel apretó los dientes; el impulso de golpearlo era casi irresistible, pero las palabras de Christian lo detuvieron, recordando la imagen que se esperaba de él.

—Tú... eres un bastardo, ¿sabes? —su voz temblaba. A pesar de su enojo, no podía golpearlo.

—Ese es tu dilema. Eres un cobarde. No luchas por lo que anhelas, solo agachas la cabeza y cumples lo que los demás esperan de ti. Sí, soy un bastardo, pero al menos soy honesto conmigo mismo.

Las palabras de Christian le dolieron, y la verdad que contenían solo avivó la ira de Daniel. Odiaba admitirlo, pero Christian tenía razón. Siempre había sido el hijo ejemplar, el estudiante perfecto, el que se ajustaba al papel que le habían asignado. Estaba cómodo allí, y cualquier cosa que amenazara esa imagen de sí mismo lo alteraba.

—No actúes como si me conocieras —replicó, empujándolo contra la pared y pegando sus cuerpos. Incluso en su furia, no podía negar que la cercanía despertaba sentimientos que intentaba suprimir. La palabra «cobarde» resonó en la mente de Daniel, llenándolo de ira y vergüenza. La forma en que Christian lo miraba, tan sereno mientras demolía todas sus defensas, aumentaba su frustración.

—Cállate... —murmuró entre dientes, sin aflojar su agarre. La proximidad de sus cuerpos aceleraba su pulso; el aliento de Christian en su cara era un recordatorio constante de su cercanía—. No soy patético.

—Vamos. Repítelo hasta que te lo creas —dijo Christian, sin mostrar ningún signo de lucha.

Daniel quería golpearlo, borrar esa sonrisa de su rostro. Pero las palabras de Christian y la forma en que sus cuerpos estaban unidos hacían que fuera difícil pensar con claridad.

—No soy patético —repitió, su voz apenas un susurro.

Las palabras le supieron a amargura; la conciencia de su propia debilidad lo hirió. Pero una parte de él sabía que Christian tenía razón. Se aferraba a una fachada, aterrado de romper el molde.

—No soy... patético —murmuró de nuevo, pero la convicción en su voz flaqueaba; su agarre comenzaba a aflojarse.

La tensión en el aire era palpable. A pocos centímetros de distancia, sus cuerpos pegados, sus alientos mezclándose. El único sonido era el susurro del viento y las voces distantes de otros estudiantes, ajenos a la intensidad del momento. Christian notó el cambio en la actitud de Daniel, la forma en que su cuerpo lo traicionaba. Se mo-

vió un poco, presionando sus cuerpos aún más cerca, apoyando sus manos en su cintura.

—No eres muy convincente, ¿sabes? —susurró, con un toque de burla.

La cercanía era una tortura. El calor del cuerpo de Christian, su aliento, la satisfacción en su voz, todo era abrumador.

—Te odio —siseó débilmente, su voz tensa; su agarre se aflojaba a medida que sus defensas se desmoronaban.

La sonrisa de Christian se hizo más profunda.

—Solo te odias a ti mismo.

Daniel quiso alejarlo, pero su cuerpo actuaba por cuenta propia. Sus manos lo jalaron aún más cerca, uniendo el cuerpo del chico al suyo con una intensidad desesperada.

—Eres exasperante... —siseó, su voz una mezcla de frustración y deseo.

La sonrisa de Christian se ensanchó.

—¿Eso es un insulto o un halago? —preguntó, sus cuerpos tan cerca que podían sentir el latido del corazón del otro.

La mente de Daniel era un torbellino. Quería alejarse, negar el deseo. Pero la cercanía y el calor erosionaban su resistencia. Las palabras salieron sin pensar.

—Ambos... es una maldición y un halago —murmuró.

La sonrisa de Christian se torció.

—Eres una contradicción andante —murmuró, moviendo su cuerpo contra el de Daniel de forma deliberada, sus caderas rozándose—. Puedes llamarme como quieras, eso no cambia el hecho de que puedo ver a través de ti, y lo que siento está muy lejos de ser odio.

Daniel soltó un aliento tembloroso; el fuego se encendía en su interior.

—Cállate... solo cállate, por favor —repitió débilmente, sus manos se aferraban a las caderas de Christian para pegarlo aún más, buscando más contacto.

—Pídeme disculpas —exigió Christian más seriamente de pronto, deteniéndose y mirándolo fijamente—. Pide disculpas por haberme lastimado.

El cambio de tono y la quietud sacaron a Daniel de la niebla. Su mente regresó a la realidad. Sabía lo que Christian quería, pero pedir disculpas era como admitir su debilidad. Sin embargo, con sus cuerpos tan cerca, le era imposible negarse.

—Lo siento —murmuró entre dientes; las palabras salieron como una rendición renuente.

—¿Por qué lo sientes?

La forma en que Christian lo obligó a decir cada palabra lo hizo apretar aún más los dientes; una mezcla de vergüenza y deseo lo recorrió.

—Por... por lastimarte. Por alejarte. Por ser un maldito cobarde... —admitió; las palabras dejaron un sabor amargo en su boca, pero también un alivio.

—Admítelo, admite que te gustan los hombres. Admítelo ahora o me voy, joder.

—Yo no sé si realmente me gustan los hombres, solo sé que tú, Christian Blake, provacas cosas en mí que no he sentido nunca, y... temo a esas cosas; aun así no quiero dejarlas de lado, porque me hacen... feliz. Tú me haces sentir feliz, y cuando me besaste... no puedo evitar pensar que el infierno vale la pena si con eso puedo volver a probar tus labios.

Christian suavizó su expresión, esperando algo completamente distinto. Sus palabras lo habían tocado. Tragó saliva y bajó la mirada antes de murmurar:

—Daniel... tú también me gustas... y te perdonó.

A Daniel se le cortó el aliento. El alivio lo invadió.

—¿Tú... de verdad? —preguntó, la voz ronca, incrédulo.

—En serio... quiero estar contigo todos los días hasta que me vaya a California —admitió con vulnerabilidad, apoyando su frente contra la de Daniel.

La vulnerabilidad en la voz de Christian provocó una punzada en Daniel. Sus palabras le recordaron que el tiempo era fugaz.

—Todos los días... hasta que te vayas —repitió; su cuerpo se movió de forma instintiva hacia Christian, como si intentara memorizar cada detalle. Levantó la mano, trazando suavemente la mandíbula del chico. La sola idea de la separación era insoportable, pero se sentía más real que cualquier cosa que la iglesia le hubiera dicho sobre lo que debía ser amar a un chico.

—Yo... yo también quiero eso. Más que nada —murmuró; sus dedos seguían delineando las líneas del rostro de Christian.

Christian exhaló suavemente y tomó los dedos de Daniel. Besó sus nudillos, entrelazando sus manos y dejándolas reposar en su pecho, mirándolo fijamente. El calor de los labios de Christian en sus nudillos fue una descarga eléctrica. La sensación de sus manos entrelazadas era reconfortante e íntima. Daniel tragó con dificultad; su pulgar trazaba pequeños círculos en el dorso de la mano del chico.

Se miraron, perdidos en ese momento de conexión, hasta que la campana de clases sonó, rompiendo el hechizo. El sonido estridente los devolvió a la realidad, a la escuela, a las miradas curiosas que podían encontrar.

Christian soltó a regañadientes la mano de Daniel.

—Hablamos luego —dijo; su voz era un susurro ronco, como si aún estuviera procesando la intensidad de sus propias palabras. Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó hacia su clase, su figura desaliñada pero ahora con una nueva determinación.

Daniel se quedó inmóvil, observándolo irse. Llevó la mano que Christian había sostenido a su pecho, sintiendo el latido de su propio corazón, aún acelerado. El rincón solitario detrás de la cancha de baloncesto se sentía inmenso sin la presencia de Christian. No era el beso lo que lo había atormentado, ni el rechazo. Era la verdad expuesta, el reflejo de sus miedos que Christian había sostenido frente a él como un espejo.

Había sido un cobarde, pero por primera vez, había luchado. Y la recompensa, una simple promesa de un futuro incierto, lo hacía

sentir más vivo que nunca. Se obligó a respirar hondo; el aire en sus pulmones era diferente. No era solo un estudiante, ni el hijo perfecto. Era Daniel, y por primera vez, estaba en el camino de ser alguien honesto con lo que sentía.

Una sonrisa genuina, tenue y llena de esperanza, se extendió por su rostro. Sabía que el camino sería difícil, pero al menos no lo recorrería solo.

## *Día de lluvia*

La campana de salida resonó como la última nota de una melodía inacabada para Daniel. La tarde se sentía diferente, con el aire pesado y el cielo de un plomo que reflejaba el torbellino de emociones que lo consumía. Sus pasos por el pasillo eran lentos y deliberados, como si cada zancada lo acercara a un umbral hacia una vida que no había imaginado. Al cruzar la puerta de la escuela, el aire frío y húmedo de la calle lo golpeó, y sus ojos, casi inconscientemente, buscaron una sola figura.

Christian estaba allí, una silueta familiar pero misteriosa, recostado contra la áspera pared de ladrillos. La mochila le colgaba de un solo hombro, un detalle casual que contrastaba con la seriedad de su mirada, perdida en el suelo. Su cabello, todavía un poco revuelto, se movía suavemente con la brisa que anticipaba la tormenta. Por un instante, Daniel pensó que no lo había visto, pero Christian levantó la vista al sentir su presencia. La expresión de su rostro era indescifrable: una mezcla de seriedad y una vulnerabilidad silenciosa que a Daniel le resultaba tan atrayente como extraña.

—Hey —dijo Christian en voz baja, enderezándose. Su tono carecía de la mordacidad de siempre; había en él una quietud más tensa que cualquier provocación.

—Hola —respondió Daniel, sintiendo que su corazón latía de nuevo con la fuerza de un tambor. Había imaginado mil versiones de este momento, pero la simple normalidad de la situación lo descolocabía, dejándolo sin palabras.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos, lleno de las palabras no dichas que flotaban en el aire. La tensión de la mañana fue reemplazada por una especie de cautela. Fue en ese preciso instante que una primera gota de agua fría cayó sobre la mano de Daniel, seguida de otra. Un trueno lejano retumbó, un presagio sordo, y luego el cielo se abrió, liberando una lluvia torrencial. Los estudiantes se dispersaron, cubriéndose con mochilas o buscando el refugio de los techos.

Christian maldijo entre dientes, el sonido apagado por el golpeteo de la lluvia.

—¡Genial! ¡Olvidé mi paraguas! ¡Este día no podría ir mejor! —resopló con sarcasmo, enojándose con el mundo mientras las gotas aplanaban su cabello.

Daniel no dudó ni un segundo. Como si sus movimientos estuvieran dictados por una fuerza mayor, desenganchó el paraguas amarillo plegable de su mochila, lo abrió con un rápido y decidido movimiento y se lo ofreció. El gesto era simple, pero en ese momento se sintió como una entrega total.

—Toma, puedes usar el mío. Es lo suficientemente grande para los dos.

Christian lo miró con sorpresa, sus ojos azules reflejando la luz del asfalto mojado.

—No, no tienes por qué. Me gusta la lluvia.

—No seas tonto —interrumpió Daniel, dando un paso al frente para acortar la distancia.

Christian se unió a Daniel bajo el refugio circular del paraguas. Sus hombros se rozaban, una proximidad física que actuaba como recordatorio silencioso de la intimidad compartida esa mañana. El paraguas, aunque amplio, los obligaba a compartir un espacio demasiado pequeño, y cada leve roce de sus hombros parecía decir más que cualquier palabra.

—Gracias —dijo Christian, su voz suave y casi inaudible bajo el sonido de la lluvia.

—No hay de qué —respondió Daniel, sintiendo el calor del brazo de Christian contra el suyo, una calidez que lo reconfortaba.

Caminaron en un silencio compartido por unos momentos; el único sonido era el golpeteo constante de la lluvia sobre la tela tensa del paraguas y el leve chapoteo de sus zapatos en los charcos. La incomodidad inicial se disolvió, reemplazada por la sensación de estar en una burbuja, solo ellos dos en medio de la tormenta.

—No eres tan patético como pensé —dijo Christian de repente, su voz cargada de una extraña mezcla de seriedad y diversión.

Daniel soltó una carcajada, liberando la tensión acumulada.

—Tú no eres tan bastardo como pensé.

Christian sonrió, y por primera vez en todo el día, su expresión pareció genuinamente feliz, libre de cualquier peso. Se detuvo un instante y miró a Daniel a los ojos.

—Supongo que ambos estábamos equivocados —hizo una breve pausa, pensativo—. ¿Dónde quieres que vayamos?

Daniel sostuvo su mirada, y sintió una oleada de alivio y una felicidad pura que le llenó el pecho.

—No lo sé. La verdad, no me importa. Solo quiero seguir caminando contigo.

—Sos un cursi de manual, pero en serio... ¿Entonces qué? ¿Vamos a mi casa o cómo? —propuso Christian de repente, sacando a Daniel de sus pensamientos. Su voz era juguetona—. Mi padre sale a almorzar con unos colegas los lunes, así que estaremos solos... Podríamos pedir una pizza o algo mientras esperamos a que la lluvia pare.

La sugerencia de Christian hizo que el corazón de Daniel Para dar un vuelco. La idea de entrar en el mundo de Christian, en su espacio personal, lo llenó de una emoción abrumadora.

—Sí. Sí, claro —respondió con una sonrisa, sintiendo cómo un peso invisible se desvanecía de sus hombros.

Caminaron bajo el paraguas, hombro con hombro, hasta llegar a una casa de dos pisos con un jardín bien cuidado. Una vez dentro, se

quitaron las mochilas y las chaquetas, mojadas por la lluvia, y las dejaron en un perchero metálico en la esquina. El interior era acogedor y mantenía un leve rastro de olor a productos de limpieza.

—¿Qué quieras pedir? —preguntó Christian, sacando su celular con un movimiento rápido y familiar.

—Una vegetariana —contestó Daniel al instante, como si la respuesta ya estuviera en su mente.

Christian lo miró con incredulidad.

—¿En serio? ¿Sin carne? Eso es aburrido. Yo quería una de jamón y queso.

—El jamón de la pizza es grasoso y sabe a plástico —replicó Daniel, encogiéndose de hombros con confianza.

—Las verduras son para ensaladas, no para la pizza. Esas son las reglas —dijo Christian, juguetón, con una chispa de desafío en los ojos.

—Las reglas son para romperse, según tú —respondió Daniel, disfrutando de la pequeña y segura discusión.

Christian suspiró dramáticamente.

—De acuerdo, de acuerdo, deja de usar mis ideologías en mi contra. ¿Qué tal si pedimos una grande mixta? Así tú tienes la mitad vegetariana y yo mi mitad de jamón. Nadie gana, nadie pierde.

Daniel sonrió satisfecho. El empate era una victoria en sí misma; una muestra de que podían encontrar un terreno común.

—Me parece perfecto.

Mientras esperaban la pizza, Christian se dejó caer en el sofá y miró la pantalla del televisor.

—En lo que llega la comida, ¿quieres ver una película?

—Seguro —dijo Daniel.

—Hace un poco de frío —comentó Christian, revelando una ligera vulnerabilidad. Se levantó y regresó con una manta de lana suave, sentándose en el sofá y dejando un espacio a Daniel a su lado.

Daniel se acurrucó junto a él, cubriéndose con la manta. El calor del cuerpo de Christian y el olor a limpio de la tela lo envolvieron, creando un nido de seguridad y confort. Christian tomó el control remoto y comenzó a buscar entre las películas. Daniel, sin dudarlo, apoyó la cabeza en su hombro. Por un momento, simplemente se quedaron así, perdidos en el silencio, disfrutando de la paz de ese instante compartido.

—Veamos esta —dijo Christian de pronto, señalando la portada de una película con una niña escalofriante de ojos negros y sangre.

—¿Terror? ¿En serio? —protestó Daniel, acurrucado bajo la manta, sintiendo el ritmo constante y tranquilizador de los latidos de su corazón.

—Claro, ¿qué tiene de malo el terror? Es la mejor forma de abrazar a alguien. Además, te haré compañía —se burló Christian, deslizando su mano desde el control remoto hasta la cintura de Daniel, atrayéndolo un poco más cerca. La piel de Daniel se erizó, una agradable sensación que lo recorrió por completo.

—No soy tan fácil de asustar —murmuró Daniel, aunque su voz sonó más débil de lo que pretendía. Se revolvió, intentando acomodarse sin revelar lo mucho que disfrutaba su proximidad.

—Las películas de terror son tontas —continuó Daniel, tomando el control remoto de la mano de Christian—. Deberíamos ver una comedia. Algo que me haga reír.

Christian resopló, pero no se opuso.

—Las comedias son predecibles y cursis. Lo más que obtendré de ti es una pequeña risa.

Daniel no pudo evitar sonreír.

—Es mejor que una película de terror que te hará saltar del sofá.

—Habla por ti —replicó Christian, con los ojos brillando de diversión.

Se pasaron un buen rato así, discutiendo y riendo, pasando el control remoto de uno a otro. La risa de Christian era musical, y Daniel

se encontraba cada vez más enamorado de ella. La comodidad era tan palpable que temió que se desvaneciera en cualquier momento. En un punto, sus manos chocaron al pelear por el control remoto, y ambos se detuvieron, atrapados en una tensión distinta, más dulce y sutil que la inicial.

—Hay una que me gusta mucho —murmuró Daniel, con voz apenas audible. Miró a Christian, y el chico asintió para que continuara—. Se llama Green Book. Es una película dramática, pero tiene momentos divertidos, y es genial.

Christian hizo una mueca, pero accedió enseguida.

—No suena mal, eh... De acuerdo, Green Book será.

Se reclinó en el sofá y le devolvió la manta a Daniel para que se la volviera a poner.

Cuando la película comenzó, se acomodaron otra vez, sus cuerpos pegados uno al lado del otro. El calor de la manta y la cercanía de Christian eran un refugio. Cada mirada y sonrisa compartida decía más que cualquier palabra.

La pizza llegó poco después; Christian pagó sin dudar, rechazando el deseo de Daniel de cubrir su parte, y además dio una propina al repartidor, que seguía sonriendo pese a estar empapado.

Se sentaron juntos, frente a frente, comiendo y riendo mientras el sonido de la televisión los arropaba. El olor del jamón se mezclaba con el de los vegetales, un reflejo culinario de su propio acuerdo.

Poco antes de que terminara la película, los dos chicos se quedaron dormidos uno contra el otro en el sofá, con la caja de pizza vacía en medio, acunados por el sonido de sus respiraciones y los créditos de la cinta moviéndose en la pantalla.

La tormenta afuera ya no existía para ellos. Solo permanecía el sentimiento de calidez en sus sueños y en sus corazones tiernos.

## *Después de soñar en tus brazos*

La tarde había dado paso a una profunda oscuridad, y Christian despertó con un sobresalto, la cabeza aún apoyada en el reposabrazos del sofá. La película había terminado hacia mucho, y el único sonido en la casa era el leve zumbido del televisor. Sacó su teléfono: pasadas las ocho. Un pulso de preocupación lo recorrió, como un presagio helado. Su padre podría llegar en cualquier momento.

Se giró con la intención de despertar a Daniel para que se fuera, pero la vista de su rostro lo detuvo. Daniel dormía profundamente, acurrucado bajo la manta, su expresión tan serena y vulnerable que el corazón de Christian se contrajo. La idea de romper esa paz, de devolverlo a la realidad y a las barreras que habían derribado ese día, le pareció un acto de crueldad. No podía simplemente despertarlo, no después de lo que habían compartido.

La ternura fue arrollada por un impulso más fuerte, un deseo que ya no podía contener. Se inclinó sobre él, el aliento agitado. Sus ojos recorrieron cada rasgo de Daniel, desde el suave cabello castaño que le caía en la frente hasta sus labios ligeramente entreabiertos. Una necesidad incontrolable lo invadió. Sin pensarlo dos veces, se inclinó por completo y, con una mano en la mejilla de Daniel, estampó un beso en sus labios. No fue suave, sino uno lleno de urgencia, de la pasión que había estado contenido desde que lo vio en el pasillo esa mañana. La boca de Daniel se movió suavemente en un murmullo de sueño, correspondiendo al beso sin siquiera despertarse. Christian se separó, pero su aliento aún se mezclaba con el de Daniel, y su mano

se aferró al rostro de su chico, sintiendo su piel. Daniel soltó un murmullo de sueño y se acurrucó aún más en el sofá. Su mano buscó la de Christian y la agarró con el puño cerrado.

Con una sonrisa suave, Christian se quedó mirándolo fijamente. Se dio cuenta de que no quería soltarlo. Se veía tan cómodo, tan despreocupado. No quería romper esa paz tan poco común en su vida. La idea de despertarlo y mandarlo a casa, de poner fin a esa burbuja de tranquilidad, le pareció un castigo. Con el corazón latiendo con fuerza, se inclinó, con cuidado de no hacer ruido, y depositó un suave beso en la mejilla de Daniel. No fue un beso de pasión, sino un gesto tierno, lleno de gratitud y una calidez que lo sorprendió. Era un agradecimiento por el momento, por la compañía, por la sensación de no estar solo. Luego, se separó, pero su mano se quedó en la cara de Daniel, sintiendo la suavidad de su piel.

Daniel, al sentir el contacto, soltó un murmullo de sueño y su cuerpo se acurrucó aún más en el sofá. Su mano buscó la de Christian y la agarró con el puño cerrado, con una sonrisa soñolienta.

El simple contacto fue un detonante. Christian no podía parar. El deseo que había estado reprimiendo desde que se conocieron ardió, consumiendo el miedo al rechazo y la incertidumbre. Lentamente, se inclinó sobre Daniel, sin soltar su mano, y con la otra lo empujó suavemente hacia el sofá. Daniel cedió sin resistencia, su cuerpo se hundió en los cojines. Christian se acomodó sobre él, con cuidado de no aplastarlo.

La suave luz de la lámpara de la calle que entraba por la ventana bañaba el rostro de Daniel. Sus ojos, aún cerrados, se movían bajo sus párpados, y sus labios estaban entreabiertos en un murmullo de sueño. Christian se sintió hipnotizado por la belleza de su rostro, y por primera vez en su vida, se sintió sin palabras. Con cada beso, Christian descubría una nueva parte de Daniel, una nueva sensación de calidez y anhelo que nunca había imaginado. El dulce sabor de la piel de Daniel y el olor de su colonia lo llenaron de un nuevo deseo.

Su mano fue al rostro de Daniel una vez más, delineando sus ras-

gos, su mandíbula. Daniel se movió y, con movimientos lentos, soltó la mano de Christian para abrazarlo con ambas. El simple acto era una confirmación tácita de que lo que sentía era mutuo. Con el corazón a punto de explotar, Christian se inclinó, saboreando sus labios. El beso fue largo, tierno, pero con un toque de urgencia. Fue un beso que le dijo a Daniel que, a pesar de sus miedos, Christian estaba allí para él y que lo esperaría.

El beso, que había comenzado con una ternura arrolladora, se intensificó con cada segundo. Las manos de Christian se perdieron en el cabello de Daniel, aferrándose a él mientras el beso se hacía más profundo y voraz. Daniel, por su parte, le devolvió la misma urgencia; sus dedos se hundieron en la camisa de Christian, sintiendo la tensión de su cuerpo. La pasión había borrado el miedo, la incertidumbre, la vulnerabilidad. En ese momento, solo existían ellos dos, una burbuja de deseo que se negaban a romper.

## *La realidad irrumpé*

De repente, un sonido abrupto y familiar rompió la burbuja: el chirrido del garaje y el ronroneo del motor del coche del padre de Christian. Él se apartó de Daniel como si lo hubiera quemado una chispa, el corazón martilleándole contra las costillas.

—¡Vete! —susurró, con los ojos suplicantes mientras se incorporaba del sofá—. ¡Ahora! Antes de que te vea.

Daniel, con el aliento agitado y los labios aún hinchados por el beso, lo miró confundido. No entendía la prisa, pero la desesperación en la mirada de Christian era clara. Sin dudar, se levantó de un salto, abrió la ventana y salió al jardín. El frío de la noche lo golpeó de lleno, aunque la preocupación por Christian pesaba mucho más.

Dentro de la sala, Christian apagó el televisor a toda prisa e intentó sentarse con naturalidad. Pero cuando la puerta se abrió y su padre entró, la atmósfera se volvió sofocante. Los ojos encendidos de ira se clavarón en él.

—¿Qué hacías a oscuras? —espetó, su voz retumbando en la sala vacía—. No respondes a mis llamadas, te metes en una pelea con el hijo de mi socio... ¿Tienes idea de la vergüenza que me hiciste pasar?

Christian se puso de pie. La mano le temblaba, pero su voz fue firme:

—Lo siento —murmuró, desviando la mirada.

—¡Lo siento no es suficiente! —bramó su padre—. ¡Tienes que madurar de una vez! Estoy harto de tus caprichos, de tu comporta-

miento indecente, de las peleas... ¡De tus homosexualidades! ¿Cuándo vas a actuar como un hombre de verdad? ¡No eres más que una desgracia para esta familia! ¡No sé qué hice para tener a un hijo tan desagradecido como tú! ¡Te lo he dado todo!

Las palabras dolieron más que un golpe. No solo porque vinieran de su padre, sino porque confirmaban la vergüenza que sentía de él. La rabia y el dolor hirvieron en su interior.

—¡A ti solo te importan las apariencias! —gritó Christian, la voz quebrada—. ¡A mi mamá no le gustabas por la forma en que eres! ¡Por eso se divorció de ti! ¡Por ser tan controlador y...!

Un golpe sordo lo interrumpió. La bofetada resonó en la sala como un eco brutal. El ardor en la mejilla lo hizo tambalearse. Su padre se erguía con el cinturón en la mano, los ojos inyectados en furia. Christian se encogió, anticipando lo que venía. No era la primera vez. El chasquido metálico de la hebilla cortó el aire.

Desde el jardín, Daniel observaba, inmóvil entre las plantas. La respiración se le detuvo; el corazón le latía tan fuerte que parecía a punto de estallar. Quería correr, romper el vidrio, protegerlo. Pero el miedo lo paralizaba. Sabía que un solo movimiento podría empeorarlo todo.

El cinturón silbó y se estrelló contra la piel de Christian. Un golpe. Otro. Y otro más. Los gemidos de dolor del músico se mezclaban con los gritos furiosos de su padre, componiendo una sinfonía desgarradora. Las lágrimas corrían por el rostro de Daniel, goteando sobre la tierra. Cada azote era un dardo en su corazón, una herida invisible que lo destrozaba. No podía hacer nada, solo mirar, sufrir con él, amarlo más y más en medio de aquel infierno.

Apenas unas horas antes, Christian le había regalado ternura y amor incondicional. Ahora era víctima de un odio irracional. Y Daniel solo podía preguntarse qué clase de hombre —qué clase de padre— era capaz de hacerle eso a su propia sangre.

## *La huida*

El corazón de Daniel se hizo añicos con cada chasquido. Cada golpe del cinturón era un eco metálico que se incrustaba en su pecho, como si lo golpearan a él también. Se estremeció, paralizado, mientras el sonido sordo de la piel desgarrándose bajo el cuero rompía la calma muerta de la noche. Un escalofrío helado le recorrió la espalda, y la impotencia lo envolvió como una cadena invisible.

A través del cristal empañado de la ventana, sus ojos se llenaron de lágrimas. Apenas podía respirar mientras veía cómo Christian se doblaba sobre sí mismo con cada latigazo, como si su cuerpo estuviera a punto de quebrarse en mil pedazos. Los gritos de su padre, llenos de ira y desprecio, se mezclaban con los gemidos ahogados de Christian. Esa sinfonía cruel llenaba la noche con una violencia que Daniel nunca olvidaría.

Quiso cerrar los ojos, apartar la mirada, pero no pudo. Estaba clavado allí, como un espectador condenado a presenciar la caída de alguien a quien amaba. Se agachó más, buscando hacerse invisible, como si esconderse pudiera silenciar el dolor que lo devoraba por dentro. El frío húmedo de la tierra atravesaba sus jeans, pero ya no lo sentía; lo único real era el torbellino de emociones que lo arrasaba: miedo, rabia, impotencia... y un amor tan intenso que lo quemaba con una furia insoportable.

Quería gritar. Quería correr hacia la puerta, arrancarla de sus bisagras, interponerse entre Christian y aquel monstruo que lo llamaba padre. Quería abrazarlo y susurrarle que no estaba solo, que había

alguien en este mundo dispuesto a quedarse a su lado, a amarlo tal como era. Pero la realidad lo aplastaba: si se movía, si lo descubrían, todo sería aún peor para Christian.

Los segundos se alargaron como horas. Y entonces, de pronto, el silencio. El cinturón cayó inerte en el suelo. Los gritos se apagaron, dejando un eco denso que parecía resonar en los huesos de Daniel. Contuvo el aliento y, temblando, se atrevió a alzar la mirada.

Lo vio.

Christian yacía en el suelo, encogido sobre sí mismo, temblando como un animal herido. Su respiración era un jadeo entrecortado, y la penumbra no lograba ocultar los moretones que ya empezaban a formarse en su piel. Frente a él, con el cinturón aún en la mano, se erguía su padre: un monstruo con ojos de fuego y una sombra que parecía engullir toda la habitación.

El terror se apoderó de Daniel. Un pánico visceral lo hizo levantarse de un salto, sin pensarlo. Corrió. Corrió como si su vida dependiera de ello, como si la oscuridad misma lo persiguiera. Sus pies golpeaban la tierra húmeda, las lágrimas le nublaban la vista, y cada respiración era un navajazo en los pulmones. No miró atrás. No podía.

No se detuvo hasta llegar a su casa. Atravesó la puerta tambaleándose, y subió las escaleras a ciegas, con el corazón retumbando en sus oídos. Cuando por fin se dejó caer sobre la cama, el peso de todo lo que había visto lo derrumbó. Se cubrió el rostro con las manos, y los sollozos lo sacudieron, ahogándolo en una mezcla de rabia y dolor que no encontraba salida.

La soledad se le vino encima como un muro. Las últimas horas —besos robados, risas compartidas, promesas silenciosas bajo la manta— se deshicieron como un espejismo cruel. Ahora solo quedaba el recuerdo, distante, roto. Christian seguía atrapado en ese infierno, y él no había hecho nada. No había podido salvarlo.

La impotencia lo devoró, dejándolo vacío, quebrado. La noche, que había empezado con ternura y calidez, había terminado con-

vertida en un campo de ruinas: un infierno de golpes, de gritos y de desesperación. Daniel se hundió en la oscuridad, con un único pensamiento repitiéndose como un eco insoportable: ya podía entender realmente la desesperación y determinación de Christian de ser libre de ese lugar.

## *Al día siguiente*

Había amanecido demasiado temprano para Daniel. Apenas había dormido, con el recuerdo de la noche anterior clavado en la mente como un cuchillo imposible de arrancar. La imagen de Christian tirado en el suelo, golpeado, se repetía una y otra vez. Se vistió en silencio y salió de casa sin probar bocado, ignorando el llamado de su madre desde la cocina. No tenía hambre; lo único que sentía era un nudo en el estómago que le impedía respirar, un veneno frío que subía por su garganta.

El camino a la escuela se le hizo eterno. Cada paso era pesado, cada latido acompañado de la misma pregunta: ¿Dónde estará Christian? ¿Cómo estará? No poder hacer nada, no saber, era una tortura.

Al llegar a clases, sus ojos lo buscaron de inmediato: primero en su pupitre, luego en los pasillos, después en el patio durante el recreo. Pero Christian no estaba en ninguna parte. Con cautela, preguntó a un par de compañeros que solían verlo con él. Solo obtuvo encogidas de hombros y gestos de indiferencia, un vacío que lo hundió más. El mundo parecía seguir su curso normal, como si nada hubiera pasado, y eso le pareció un insulto.

La mañana pasó arrastrada, pesada como plomo, y cuando la campana anunció el final de las clases, Daniel no lo soportó más. Corrió a casa con la esperanza de que la familiaridad del hogar pudiera calmarlo, aunque la inquietud lo devoraba.

Al abrir la puerta, el aroma de la sopa de pollo con arroz lo envolvió, tibio y reconfortante. Su madre había cocinado porque su padre

estaba resfriado, y el vapor llenaba la cocina, empañando los cristales mientras la lluvia golpeaba sin tregua. La calidez del hogar contrastaba cruelmente con la tormenta afuera. La paz era solo una ilusión.

Se sentó a la mesa en silencio, removiendo la sopa sin probarla. Sus padres lo miraban de reojo, notando su inquietud. Fue su madre quien rompió la calma, con voz suave y expresión preocupada:

—Daniel, cariño... ¿Qué te pasa?

Daniel dudó. El corazón le latía con fuerza, como si lo interrogaran por un secreto que había jurado no revelar. Finalmente bajó la mirada y murmuró:

—Es Christian. No vino a clases hoy... No creo que esté bien. Me preocupa que le haya pasado algo.

Su reflejo en la superficie del tazón le devolvió solo angustia.

—Te importa mucho tu amigo, ¿no es así? —la voz de su padre, Oliver, era profunda y escéptica, evaluándolo detenidamente.

Daniel tuvo que morderse la lengua para no corregirlo: Christian era mucho más que un amigo, era lo más importante en su vida. Asintió antes de tomar una cucharada de su almuerzo. La mezcla de sabores familiares logró distraerlo un poco de la tensión que lo oprimía.

Un silencio pesado cayó sobre la mesa. Sus padres se miraron entre sí, con una de esas miradas cargadas de significado que los hijos reconocerlo al instante. El gesto tensó a Daniel más que cualquier palabra. Sabía que algo se avecinaba. Fue su padre quien habló primero. Alto, delgado, con ojos claros casi verdes que parecían atravesarlo, se inclinó hacia adelante con gesto serio.

—Daniel —dijo con voz firme—. Ya sabemos de tu... aventura con ese chico.

El aire se detuvo. Daniel se quedó helado, incapaz de respirar. La cucharada de sopa se le atragantó y tosió, tratando de no escupir la comida ante aquella revelación.

—¡Papá...! —balbuceó, con el rostro encendido por el miedo y la vergüenza.

Su madre intervino de inmediato, con un tono más suave, aunque firme:

—No te asistes, Dani. No fue él quien nos lo dijo. Fueron las vecinas. Ya sabes cómo son... notaron que últimamente estabas más tiempo con Christian y empezaron a murmurar.

Daniel cerró los puños, la rabia y la angustia mezclándose dentro de él. Odiaba las miradas curiosas, las voces que cuchicheaban a sus espaldas, los ojos que juzgaban sin saber nada.

—Nosotros solo queremos escucharlo de ti —dijo Oliver, con la misma expresión grave—. ¿Qué pasa entre tú y Christian?

La lluvia seguía golpeando con fuerza, marcando un compás que llenaba la casa. La sopa, tibia y perfumada, se enfriaba lentamente sobre la mesa. El aire estaba denso, cargado de incertidumbre. Daniel fijó la vista en el vapor del plato. Su madre lo observaba con mirada firme y expectante. Su padre no apartaba los ojos claros de él, esperando una respuesta. Con el pecho oprimido, comprendió que aquel momento marcaría un antes y un después.

—Yo... —su voz salió rota, temblorosa—. Estoy enamorado de él... Lo siento mucho, mamá y papá. Si pudiera haberlo evitado, lo habría hecho... solo... no puedo cambiar lo que soy... nunca quise decepcionarlos.

No pudo decir más. Todo lo que había callado durante semanas se condensó en esas palabras. Oliver se recargó en la silla, cruzando los brazos. Sus ojos verdes lo perforaban, serios, casi fríos.

—Lo sospechábamos —dijo, sin levantar la voz, pero con un peso que hizo temblar a Daniel—. Tu madre y yo hemos hablado mucho de esto.

Daniel levantó la vista, sorprendido. No esperaba que fuera un tema de conversación tan abierto entre ellos. Pudo ver la tensión en sus rostros, la huella de noches enteras de discusiones y silencios incómodos. Su madre asintió, bajando la cuchara con cuidado.

—No fue fácil —admitió con un suspiro pesado—. Nos enojamos. Nos entristecimos. Incluso... nos asqueó la idea.

Pero antes de que Daniel pudiera responder, ella continuó:

—Pero entendimos algo, Daniel. No hay nada que podamos hacer para cambiarlo. Eres nuestro hijo, y no vamos a dejar de amarte por esto.

Un nudo de lágrimas se le formó en la garganta. Levantó la vista lentamente y encontró en los ojos de su madre solo cansancio... y una profunda aceptación. Oliver habló de nuevo, con tono de sentencia:

—No significa que lo aprobemos. No nos gusta. Pero aceptamos. Con una condición —se inclinó hacia adelante, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Tienes que ser discreto. Nada de llamar la atención de los vecinos ni dar motivos para que la gente hable. Si decides estar con Christian, será tu elección, pero no toleraremos escándalos que manchen el nombre de esta familia.

Afuera, la lluvia seguía golpeando los cristales con ritmo constante. La sopa despedía un aroma suave, pero nadie la tocaba. Daniel permaneció en silencio, procesando cada palabra. La mezcla de dolor y alivio lo atravesaba como un huracán: por un lado, la herida de saber que sus padres jamás lo comprenderían del todo; por otro, el consuelo de que, al menos, no lo rechazaban. Su madre se inclinó un poco hacia él, con una suavidad que contrastaba con la dureza de Oliver:

—Lo único que pedimos, Daniel, es que tengas cuidado. El mundo no siempre es amable... especialmente con lo que es diferente.

Daniel cerró los ojos un instante, y el recuerdo de Christian tirado en el suelo la noche anterior lo golpeó con fuerza. Asintió en silencio, entendiendo que aquello era más una súplica que una advertencia. La sopa quedó fría. La lluvia no cesó. Y el aire, cargado de incertidumbre, quedó suspendido como una sombra sobre la mesa familiar. Daniel se sintió solo y, al mismo tiempo, extrañamente aliviado. Por fin, la verdad estaba fuera.

## *El paquete de condones*

Daniel subió a su habitación después del almuerzo con un peso extraño en el pecho. La conversación con sus padres lo había dejado dividido: por un lado, la certeza de que no lo echarían y que seguiría siendo su hijo pasara lo que pasara; por otro, la herida de escucharles decir que lo suyo con Christian les disgustaba, que lo toleraban más por obligación que por verdadero entendimiento. Esa ambigüedad lo carcomía. No era un rechazo completo, pero tampoco un abrazo sincero. Era como vivir en un pasillo estrecho, con paredes que lo apretaban de ambos lados: si se inclinaba hacia un extremo, chocaba con la desaprobación; si intentaba descansar en el otro, apenas encontraba un apoyo tibio. Y aun así, no podía evitar sentirse mal consigo mismo, porque al menos a él nunca lo maltratarían como a Christian.

Se dejó caer sobre la cama, mirando el techo. El golpeteo constante de la lluvia en la ventana era el único sonido en la habitación. Pensó en Christian, en su cuerpo doblándose bajo los golpes, en sus gemidos de dolor. Un escalofrío lo recorrió entero. La idea de que él, en ese preciso instante, pudiera seguir sufriendo en silencio lo llenó de desesperación.

«No puedo quedarme aquí sentado mientras él está allá...».

La voz de su padre resonaba en su cabeza: «Aceptamos, pero no nos gusta. Sé discreto. No hagas escándalo». La de su madre, más suave pero igual de firme: «El mundo no siempre es amable... especialmente con lo que es diferente».

Respiró hondo, se levantó de la cama y bajó las escaleras con pasos inseguros. Sus padres seguían en la cocina, hablando en voz baja, sus siluetas recortadas por la luz amarillenta de la lámpara. Ambos levantaron la mirada al verlo aparecer. Daniel tragó saliva, sintiendo que las palabras le temblaban en la garganta.

—Papá, mamá... —empezó con un hilo de voz—. Quiero ir a ver a Christian.

El silencio cayó de golpe, más pesado que el de la mesa al medía. Oliver lo miró con los labios apretados, evaluando cada sílaba antes de responder. Su madre, en cambio, se inclinó hacia adelante, con el ceño fruncido.

—Daniel... ¿estás seguro? —preguntó ella, temerosa de la respuesta.

—Sí —dijo él, esta vez con firmeza—. Necesito saber cómo está. No puedo quedarme sin hacer nada.

Los ojos claros de su padre brillaron con una mezcla extraña de severidad y resignación. No era un «sí» inmediato, pero tampoco un «no» rotundo. Daniel comprendió que cada palabra y gesto de ellos marcaría su camino a partir de ahora: siempre bajo la sombra de la duda, entre la aceptación tibia y el rechazo contenido. Pero por encima de todo eso estaba Christian. Y nada, ni siquiera la ambigüedad de sus padres, podía detenerlo.

La cocina quedó en silencio. Solo se escuchaba el repiqueteo de la lluvia y el burbujeo suave de la sopa aún sobre la hornilla. Su madre lo miró fijamente, con los labios apretados, como si meditara algo que llevaba tiempo guardado. De pronto suspiró, empujó la silla hacia atrás y se acercó a él. Daniel la siguió con la mirada, desconcertado, mientras ella metía la mano en el bolsillo del delantal. Cuando sacó el pequeño paquete rectangular, Daniel sintió que el mundo se detenía. Ella lo sostuvo un instante, sin apartar la mirada de la suya.

—Si te vas a ir con él... —dijo con seriedad—, llévate estos.

Le acercó el paquete de condones con un gesto firme, casi solemne, como quien entrega una advertencia más que un objeto.

—Si vas a tener... algo con el hijo de Alexander, al menos no quiero que se te pegue nada.

Daniel se quedó paralizado, el rostro encendido de vergüenza, los ojos bien abiertos. Nunca había imaginado escuchar algo así de su madre. En esa casa los temas de sexo eran tabú, un territorio siempre evitado con silencios incómodos y cambios bruscos de tema. Oliver, desde la mesa, carraspeó con molestia, tensando la mandíbula. No dijo nada, pero su rigidez hablaba por él: estaba incómodo, aunque no se atreviera a detener a su esposa.

Daniel alargó la mano temblorosa para tomar el paquete. Apenas lo sostuvo, bajó la vista, incapaz de mirarla a los ojos. Una mezcla de humillación y gratitud lo invadió: humillación por la crudeza del gesto, pero también gratitud porque detrás de esas palabras secas había una forma torpe de cuidado. Su madre lo observó unos segundos más, como queriendo grabar la seriedad de su advertencia en su memoria. Luego regresó a su asiento y agregó, casi como una advertencia:

—No me hagas arrepentirme de dejarte ir.

El silencio en la cocina se volvió insoportable. Oliver no dijo nada, pero su incomodidad era palpable: tensaba la mandíbula y se frotaba los nudillos sobre la mesa, conteniendo las palabras que ardían en su garganta. Daniel sintió que la cara le ardía. ¿Cómo podía pensar su madre que iba a... a eso? Solo quería asegurarse de que Christian estuviera bien, de que seguía respirando después de aquella noche infernal. El recuerdo de los golpes y de los gritos lo estremeció. Apretó el paquete contra la palma y, con esfuerzo, levantó la mirada.

—Gracias... —murmuró, forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Sus padres lo miraron en silencio, tensos, cargados de prejuicios y temores, pero también con un reflejo del cuidado que intentaban darle pese a su rigidez. Daniel lo entendió en un destello. Nunca estarían del todo de acuerdo, pero querían lo mejor para él. Esa contradicción lo desgarraba, pero también lo empujaba hacia adelante.

Guardó el paquete en el bolsillo de su chaqueta, tomó el paraguas del perchero y se dirigió a la puerta. Antes de salir, volvió la cabeza y

les lanzó otra sonrisa tímida, como queriendo aliviarles la carga.

—Voy a ver cómo está Christian —dijo, con voz suave.

No hubo respuesta inmediata. Solo un suspiro de su madre y el leve asentimiento de Oliver, sentado con los brazos cruzados. Daniel abrió la puerta, tomó su paraguas amarillo y se dejó golpear por el aire frío y húmedo. La lluvia tamborileó sobre el paraguas mientras caminaba calle abajo, con el corazón encogido y la determinación creciendo en su interior. Cerró la puerta detrás de él y no miró atrás, avanzando con una determinación inquebrantable.

## *Lo que significa ser padres*

La puerta se cerró con un golpe sordo detrás de Daniel, y la casa quedó silenciosa, rota solo por el repiqueteo constante de la lluvia contra los cristales. Ana se apoyó contra el respaldo de la silla, dejando escapar un suspiro profundo, mientras sus manos jugaban nerviosas con el borde del delantal. Oliver permaneció sentado, mirando fijamente el plato de sopa olvidado, como si en él pudiera encontrar respuestas que no existían.

—Ha salido... —dijo Ana al fin, en un murmullo, casi para sí misma.

Oliver no respondió de inmediato. Se frotó la cara con las manos, suspirando, y luego levantó la mirada hacia ella. Sus ojos, siempre tan claros, estaban cargados de una mezcla de preocupación y frustración contenida.

—Sí —dijo—. Y lo hemos dejado ir. Sabemos que lo hará, pero no hay manera de protegerlo del mundo entero.

Ana lo miró con los ojos brillantes, apenas temblando.

—No es eso lo que me preocupa, Oliver... Es que salga solo, enfrentándose a algo que todavía no entendemos del todo. Él... él se está abriendo a un mundo que nos asusta, y no podemos controlarlo.

—Lo sé —dijo él, con voz grave—. Pero tampoco podemos encerrarlo. No después de todo lo que ha pasado. Lo que le dimos hoy... lo que le permitimos... —su voz se quebró un instante—... es nuestra manera de cuidarlo. Estamos haciendo lo mejor que podemos con las herramientas que tenemos.

Ana bajó la mirada, mordiendo el labio. La lluvia parecía amplificar el silencio entre ellos, llenando los rincones de la cocina con su golpe constante.

—Lo ves tan seguro, tan decidido... —dijo, sorprendida de la fuerza de su hijo—. Y yo solo quiero protegerlo... pero también quiero que viva, que sienta, que se equivoque y aprenda.

Oliver asintió lentamente, sin apartar la vista del plato.

—Recuerdo que fuimos así cuando éramos jóvenes —dijo, más para sí mismo que para ella—. Hacíamos cosas sin pensar en las consecuencias, sin medir los riesgos... y sobrevivimos. Queremos lo mismo para Daniel, pero con menos golpes de los que nos tocaron a nosotros.

Ana lo miró de reojo.

—¿Y si se lastima? —susurró—. Lo hemos visto sufrir... y ahora lo dejamos ir al mundo otra vez, sabiendo que hay gente cruel ahí afuera.

—No podemos vivir por él —replicó Oliver, con un hilo de firmeza—. Solo podemos darle herramientas para sobrevivir y esperar que tome decisiones que lo mantengan a salvo. Hoy le dimos algo más que condones o consejos: le dimos confianza, aunque no sea perfecta.

Ana asintió lentamente, aunque sus manos seguían temblando. Se acercó a la mesa y dejó caer la cabeza sobre el dorso de sus manos.

—Es tan difícil —murmuró—. Quiero que sea feliz, pero... no puedo dejar de sentir miedo por él.

Oliver se levantó y se acercó, dejando caer una mano sobre su hombro.

—Yo también tengo miedo —admitió—. Siempre lo tendremos. Pero lo que debemos recordar es esto: no podemos ser él. No podemos vivir sus días ni cargar sus heridas. Podemos amarlo, apoyarlo... pero el resto le toca a él.

Ana levantó la cabeza, buscando en sus ojos la seguridad que necesitaba.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto?

—No sé si es lo «correcto» —dijo Oliver, encogiéndose de hombros—. Solo sé que es lo que podemos hacer. Y él sabe que lo cuidamos. Eso es suficiente por ahora.

Ella se quedó callada, se pasó las manos por la cara y suprimió un sollozo antes de murmurar:

—¿Qué hemos hecho mal?

—No lo sé... pero prefiero un hijo homosexual que uno que sienta que no lo amamos —respondió Oliver, con honestidad bruta y vulnerable.

Ana asintió lentamente, limpiándose las lágrimas con la punta de los dedos, y sintió cómo un nudo en el pecho empezaba a aflojarse apenas. Respiró hondo, dejando que el aire llenara sus pulmones con un temblor que no terminaba de desaparecer.

Oliver la rodeó con ambos brazos, firme y cálido, y ella se apoyó contra él, apoyando la cabeza en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón como un recordatorio silencioso de que no estaban solos.

El aroma tenue de la sopa olvidada, mezclado con la humedad de la lluvia filtrándose por los cristales, llenaba la cocina y hacía que todo pareciera más íntimo, más cercano. Sus manos se entrelazaron sobre su espalda, y por un instante, el miedo, la culpa y la ansiedad que los había acompañado toda la tarde se transformaron en algo más suave: un hilo de tranquilidad compartida que los conectaba.

—Yo también... —murmuró Ana, con la voz quebrada pero tranquila—. Y eso, por hoy, es todo lo que podemos pedir.

Oliver presionó un poco más el abrazo, sintiendo cómo su propio cuerpo se relajaba al sostenerla. Cada respiración sincronizada parecía suavizar las aristas de su preocupación; el calor del otro se convirtió en un refugio efímero contra la incertidumbre del mundo exterior. Afuera, la lluvia continuaba golpeando los cristales con su ritmo constante, marcando un compás que contrastaba con la calma contenida de la cocina.

Los dos se sostenían mutuamente, compartiendo un silencio profundo que decía todo lo que las palabras no podían: miedo, amor, aceptación y esperanza, entrelazados en un instante que, aunque frágil, se sentía eterno.

## *Seis cuerdas y dos corazones*

Daniel caminaba bajo la lluvia otoñal, con la tormenta azotándolo sin tregua. El paraguas se sacudía como si quisiera arrancárselo de las manos, y cada ráfaga helada lo empapaba un poco más. La ropa, pesada por la humedad, se le pegaba a la piel, robándole calor. Sentía el frío hasta los huesos, pero no se detuvo: había decidido que nada, ni la incomodidad ni el clima, impediría que llegara hasta Christian.

Tras varios minutos de lucha contra el temporal, se detuvo frente a la casa de su amigo. El aire olía a tierra mojada y hojas podridas, un aroma áspero y melancólico que apretaba su pecho. Golpeó la puerta con fuerza. Silencio. Solo el tamborileo de la lluvia respondía. Se inclinó, pegando la oreja a la madera húmeda, y distinguió un sonido apagado: el eco de una guitarra. Lo reconoció al instante.

Sacó su Nokia con los dedos temblorosos por el frío. Llamó. Nada. Tres veces. Ninguna respuesta. La frustración lo consumía, un ardor distinto al frío. Quiso descargar su rabia contra la puerta, pero contuvo el impulso. En su lugar, apretó el timbre una y otra vez, hasta que la cerradura cedió y la puerta se abrió.

Christian apareció en el umbral. Llevaba unos pantalones deportivos negros y una sudadera morada demasiado grande. Su rostro reflejaba cansancio: ojos enrojecidos, un rastro de fastidio en la mirada.

—Daniel —dijo con voz áspera—. Vete, por favor, no estoy de humor.

Antes de que pudiera cerrar, Daniel se lanzó hacia él y lo estrechó con fuerza. El paraguas cayó atrás, abandonado en el suelo empapado.

—Me tenías muerto de miedo —susurró contra su oído—. No sabía nada de ti. No fuiste a la escuela y yo... yo no dejaba de pensar en ti. Perdóname por no haber hecho nada antes.

Christian se quedó rígido, los brazos colgando, sin saber qué hacer. Bajó la mirada, evitando los ojos de Daniel.

—No deberías haber visto lo que pasó.

—Pero lo vi —respondió Daniel, sin soltarlo—. Y por eso quiero estar aquí. No me importa nada más.

El silencio se volvió denso. Christian tragó saliva y, tras unos segundos eternos, cedió. Con un gesto inseguro levantó los brazos y le devolvió el abrazo, apoyando el mentón en su hombro.

—Mi papá... —murmuró apenas—. Se fue a trabajar. Estoy solo en casa.

Daniel deslizó una mano por su espalda, un roce suave que buscaba reconfortarlo.

—¿Estás bien?

Christian soltó una risa amarga, cargada de ironía.

—Me siento como una mierda.

Daniel lo tomó por los hombros y lo obligó a levantar la vista. Sus ojos se encontraron, rompiendo el peso del silencio.

—Lo entiendo, y no quiero dejarte solo.

Entraron en la casa. El aire era más cálido dentro, pero la pesadez del ambiente persistía. Christian subió despacio las escaleras, arrastrando los pies. Daniel, en cambio, fue a la cocina, rebuscó en los armarios y dio con una caja de té de manzanilla. Puso agua a hervir y llenó dos tazas, llevando el vapor caliente hacia la habitación.

Christian estaba sentado en la cama, con la guitarra sobre las piernas. Se había quitado la sudadera y la camiseta, y su torso mostraba moretones recientes: cicatrices oscuras, evidencia de la correa de Alexander. Daniel dejó las tazas en la mesita de noche y se sentó junto a él, respetando su silencio.

—¿Vas a quedarte mirándome todo el rato? —preguntó Christian de reojo.

—Me gusta escucharte tocar —respondió Daniel con suavidad.

Christian suspiró y dejó que los dedos resbalaran sobre las cuerdas, pero tras unos acordes se detuvo, dejando la guitarra a un lado.

—No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Daniel.

—No me siento cómodo... contigo aquí. No ahora —su voz era ronca, cargada de tensión y vergüenza.

Daniel se inclinó un poco, sin presionarlo.

—Entonces no toques. No tienes que demostrarme nada —le acercó la taza, el vapor subiendo entre ellos—. Mejor bebe, te hará bien.

Christian tomó el té. El calor de la porcelana lo hizo cerrar los ojos un instante, recuperando un poco de calma.

—Gracias.

Bebieron en silencio, con la lluvia golpeando los cristales. Daniel recorrió discretamente con la mirada el contorno de su piel expuesta, con genuina preocupación por los moretones.

—¿Tienes un botiquín? —preguntó.

—Sí... en el último cajón del armario.

Daniel sacó vendas, gasas y una crema mentolada. Le aplicó el ungüento con cuidado. Cada roce hacía que Christian contuviera la respiración, pero no se apartaba. El silencio se rompió cuando Christian murmuró:

—¿Por qué te gusto? —su voz se quebró—. Soy un desastre, grosero, irreverente... Tú mereces algo mejor que cargar con alguien tan roto.

Daniel permaneció quieto, con la mano sobre su piel enrojecida.

—¿Por qué me gustas? —repitió—. Porque eres tú. Porque incluso cuando piensas que eres un desastre, yo veo a alguien fuerte, alguien que se levanta aunque lo tiren al suelo, más valiente que cualquiera. Veo al chico que toca la guitarra como si en cada cuerda estu-

viera escondido un pedazo de su alma. Y cuando sonrías, aunque sea un instante, me siento vivo.

Christian lo miraba, incredulidad y ternura mezcladas. Sus hombros tensos se aflojaron. Cerró los ojos y suspiró. Daniel se inclinó, rozando su frente. El silencio volvió a llenarse solo con la lluvia. Ninguno tenía prisa; la certeza era que no estaban solos. Christian abrió los ojos lentamente, y un brillo distinto apareció en su mirada, una chispa que se negaba a apagarse.

—Eres un idiota... —susurró con voz rota, aunque una leve sonrisa se dibujó.

—Lo sé, pero al menos te hice sonreír, ¿no?

Christian soltó una risa breve, sincera, inclinando la cabeza como si no pudiera creerlo.

—De verdad eres insufrible... —murmuró divertido.

Daniel fingió ofenderse.

—¿No te gusta el sabor de tu propia medicina?

Christian rió de nuevo, negando con la cabeza. Esa risa inesperada le hizo un nudo en la garganta.

—Tampoco te pases de listo, cabrón —repitió Christian, bajando la voz, pero con suavidad.

Daniel sonrió y se inclinó hacia él, con timidez y vértigo. Christian dudó, pero no se apartó. Sus labios se encontraron primero en un roce breve e inseguro, y luego en un beso más firme, cargado de calor y alivio.

El mundo, la lluvia, los golpes, todo desapareció por un instante. Solo estaban ellos dos, aferrados como si ese contacto fuera la única certeza. Daniel sintió cómo Christian lo rodeaba con los brazos, apretándolo con necesidad. Cuando se separaron, Christian apoyó la frente en la suya, respirando con dificultad. Luego, con un gesto sereno, se dejó caer contra su hombro, cerrando los ojos.

—Hueles... —susurró— como estrellas.

Daniel parpadeó, sorprendido, y rió nervioso.

—¿Cómo que huelo como estrellas? ¿Qué significa eso?

Christian levantó apenas el rostro, esbozando una sonrisa pequeña y enigmática.

—Eso es un secreto.

—Tú y tus secretos... Creo que nunca podré descubrirte por completo.

—¿Eso es malo?

—Es maravilloso.

Daniel lo abrazó más fuerte, hundiendo el rostro en su cabello húmedo. Por primera vez en mucho tiempo, todo estaba en su lugar. Afuera, la lluvia seguía cayendo con furia, pero dentro de esa habitación, en ese abrazo, había nacido un refugio.

## *Mi ángel*

Se mantuvieron abrazados en la habitación. Las manos de Christian subían y bajaban lentamente por la espalda de Daniel. Su respiración era tranquila, casi dormida, y sentía que podría quedarse así para siempre. Estar cerca de Daniel le producía una paz que aún no comprendía del todo, una tranquilidad ajena a su vida de caos.

Sus manos bajaron a su costado y toparon con un bulbo extraño, cúbico y recto. Sin decir nada, lo tomó, apartándose un poco para examinarlo. Jadeó con sorpresa y diversión al ver el paquete de condones nuevos. Miró a Daniel con una sonrisa de gato:

—Y yo que pensaba que era el más sucio de los dos.

Daniel, rojo de vergüenza, se sorprendió por la burla que rompió la serenidad que se había instalado entre ellos. Rápido, le arrebató el paquete de las manos, frunciendo el ceño:

—¡No puedes decirme cosas así como si nada!

Pero solo recibió una carcajada de Christian, ligera y melodiosa, como una canción que le endulzó los oídos. Daniel suspiró frustrado y, aún avergonzado, explicó:

—Mi mamá me lo dio. No me dejaría salir si no lo llevaba... —dudó un momento antes de añadir con un tono más serio—: Mis padres... ellos lo saben, lo nuestro.

Christian dejó de reír. Su expresión era difícil de leer: incrédulo, preocupado, confundido y curioso a la vez. Se quedó en silencio unos segundos, procesando la información.

—¿Cómo? —preguntó, entrecerrando los ojos, intentando ordenar sus pensamientos.

—No tenía caso ocultarlo. Ya prácticamente lo sabían; solo confirmé sus sospechas.

Christian asintió lentamente, mirando al vacío, absorbiendo lo que Daniel le decía. Se relamió los labios, tensándose de repente.

—¿Y cómo reaccionaron?

—No les gusta la idea, pero no se opondrán a que esté contigo —dijo Daniel con cuidado, apoyando su mano sobre la de Christian y apretándola suavemente.

—Eso... es mucho mejor de lo que imaginaba —murmuró Christian, entrelazando sus dedos con los de él. Giró la cabeza y le sonrió con timidez—: Me alegro por ti... eres muy afortunado.

Su tono era extraño, honesto y genuinamente contento, pero con un hilo de algo más, que sonaba casi a envidia. Daniel asintió, apretando suavemente sus manos:

—Sí... no lo entienden del todo, pero lo intentan. Eso ya es algo, ¿no?

Christian tragó saliva y miró el paquete de condones en las manos de Daniel.

—Mi mamá me dijo que, si iba a tener un novieco, al menos me protegiera. No me gusta que hable de ti como si fuieras un animal, pero sé que solo trata de cuidarme.

Christian sonrió irónicamente, juguetón, aunque sin humor real:

—Debe pensar que solo por ser gay voy a tener una ETS. Tampoco puedo culparla; ya sabes la noticia que salió sobre el sida y cómo afectó a tanta gente.

—Fue horrible —dijo Daniel, apretando más fuerte su palma—. No quiero imaginar el dolor y la vergüenza de todos los amigos y familiares. Perder a alguien querido y que luego desacrediten sus sentimientos solo por ser diferentes... es cruel, y me enoja tanto que la gente sea tan apática. Si fueran más empáticos, verían que todos

somos humanos, con sueños, deseos, talentos, debilidades... Eso es hermoso, y me frustra que no puedan apreciarlo.

Christian lo miró fijamente. Luego soltó su mano y se subió al regazo de Daniel, abrazándolo por el cuello. Daniel rodeó su cintura, acercándolo más, suspirando mientras sentía su corazón latir con fuerza.

—Eres como un ángel en la tierra, Daniel —susurró Christian, ronco y bajito—. No sé qué hice para encontrarte, pero por favor, nunca cambies.

La expresión de Daniel se suavizó. Acarició su cintura magullada, con el cuidado con el que se manipula algo frágil, aunque Christian era, sin duda, fuerte. Se inclinó para apoyar su mentón en el hombro del otro.

—Los ángeles son perfectos, Chris, según la Biblia. Yo no podría ser un ángel; tengo defectos, cometo errores, y mi conciencia está lejos de ser impecable.

—Me importa una mierda lo que diga la Biblia —respondió Christian con obstinación y una pequeña carcajada—. Para mí sigues siendo un ángel.

—Eres un terco.

—Y tú, mi ángel.

Se separaron un poco y se miraron, sonriendo casi tímidamente. Daniel apoyó su mano en la mejilla de Christian, que se inclinó inconscientemente hacia su tacto. Por un momento se quedaron así, dejando que el sonido de la lluvia llenara la habitación de intimidad.

Christian fue el primero en hablar, con voz suave y un poco tensa:

—Daniel... quiero tocarte.

## *Deseo de conexión*

El corazón de Daniel dio un vuelco, un golpe seco que resonó en el silencio de la habitación. No había lujuria en la voz de Christian, sino una mezcla compleja de anhelo y miedo. No era un pedido para ir más allá, sino una petición de cercanía, de una conexión que superara las palabras. Daniel tragó saliva y asintió, lentamente. No había necesidad de palabras. La respuesta estaba en sus ojos, en la forma en que su cuerpo se inclinó más hacia Christian, en la suavidad de su mano que seguía acunando su mejilla.

Christian cerró los ojos y su mano libre se movió, temblorosa, desde el hombro de Daniel hasta su cuello, y luego subió a su rostro, rozando su mandíbula. El roce era tan ligero, tan lleno de reverencia, que Daniel sintió un escalofrío. Era un tacto que pedía permiso, que preguntaba en cada milímetro si estaba bien estar ahí, si era real. Con su pulgar, Christian acarició la piel debajo del ojo de Daniel, como si quisiera memorizar cada una de sus facciones. Luego, con los ojos aún cerrados, se inclinó un poco más y lo besó.

No fue un beso de pasión ni de urgencia, sino un beso de reconocimiento. Fue el beso de alguien que había encontrado un ancla en medio de la tormenta, el beso de una persona que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía lo suficientemente a salvo como para dejarse ser. Daniel le correspondió con la misma ternura, sus labios moviéndose en un ritmo lento y seguro que le decía a Christian todo lo que no podía expresar con palabras en ese momento.

Cuando se separaron, Christian no abrió los ojos de inmediato. Apoyó la frente en la de Daniel, su respiración se hizo más lenta, más profunda. La tensión en sus hombros se disipó y Daniel sintió el peso de su cabeza en la suya, un peso que no era una carga, sino un regalo: el peso de la confianza.

El corazón le latía con violencia contra el pecho del castaño. Lo miró fijamente, buscando cualquier rastro de broma en su rostro, pero solo encontró la seriedad temblorosa de Christian. La respiración de ambos se entremezclaba en ese espacio pequeño, y por primera vez, el silencio parecía tener un peso insoportable.

—Mi ángel —susurró, sintiendo que el nombre se deshacía en su lengua como algo frágil—. No quiero asustarte... —murmuró con un hilo de voz—. Solo quiero sentirte.

Daniel tragó saliva, atrapado entre el nerviosismo y un calor creciente que le subía por el pecho. Lo abrazó más fuerte, como si así pudiera transmitirle lo que le costaba decir en palabras.

—No me asustas... —respondió al fin, con voz baja pero firme.

Ese consentimiento bastó para que la tensión contenida estallara en algo más profundo. Christian lo besó despacio una vez más, como si cada segundo fuese un descubrimiento, como si temiera romperlo con demasiada prisa. Daniel correspondió, aferrándose a él como a un ancla.

Afuera, la lluvia golpeaba los cristales con más fuerza, pero dentro del cuarto todo era cálido. No había espacio para las dudas ni para los prejuicios, solo para dos chicos que se habían encontrado en medio de un mundo que pocas veces les daba tregua. Christian apoyó su frente en la de Daniel, respirando agitado, con una sonrisa quebrada en sus labios.

—Eres real, ¿verdad? No voy a despertar y descubrir que todo esto es un sueño.

Daniel acarició su rostro con ternura, mirándolo con una mezcla de risa y melancolía.

—No, Chris. Soy tan real como la lluvia allá afuera... y si esto fuera un sueño, me ofendería mucho si te despertaras ahora mismo.

Ambos rieron suavemente, rompiendo la intensidad del momento. Se miraron una vez más, y en ese instante no importaba el miedo, ni la desaprobación, ni las heridas del pasado. Solo ellos. Christian volvió a besarlo, esta vez con más decisión, como quien al fin se permite creer en la posibilidad de ser feliz.

Fue en ese momento cuando Christian comenzó a desabotonar los pantalones de su acompañante.

## *Juego previo*

Un leve gemido, casi un ruego, escapó de los labios de Daniel. Su cuerpo se arqueó, buscando una cercanía que el simple contacto de las manos de Christian ya no podía satisfacer. Sus manos, antes suaves, se enredaron en el cabello de Christian; un toque posesivo que reclamaba ese momento como suyo.

—Te deseo, te deseo tanto... —susurró con la voz ronca, cada palabra una confesión dolorosa. La necesidad que ardía en su interior amenazaba con consumirlo.

Christian se quedó inmóvil por un instante, con la respiración entrecortada. Se lamió los labios, una acción casi inconsciente, y su mirada se encontró con la de Daniel. Sus ojos, profundos y serios, sostenían una pregunta sin pronunciar. Luego, con una lentitud deliberada, su voz sonó apenas como un susurro en la quietud de la habitación:

—¿Podemos hacerlo entonces? —preguntó, y en su tono había tanto un permiso como una ofrenda, un deseo de asegurarse de que cada paso fuera mutuo.

Daniel tembló. El cuerpo se le tensó por el esfuerzo de contenerse, de no abalanzarse sobre él. Miró a Christian, sus ojos suplicando en un silencio que se rompió con un susurro que era a la vez un gemido:

—Dios... sí, sí... Por favor, por favor, solo tócame. Te lo ruego... —suplicó, y la voz se le quebró por la desesperación. Se arqueó una vez más, buscando con su cuerpo ese contacto que tanto anhelaba.

Christian asintió; su determinación y el deseo superaban cualquier nerviosismo. Había besado a otros chicos antes, pero esto era diferente. Con rapidez, terminó de desabrochar los pantalones de Daniel y los suyos propios. Christian salió de la cama. Se bajó los pantalones y los bóxers, y una erección firme y visible se balanceaba entre sus piernas. Pateó la ropa a un lado, sin importarle dónde caía; en ese momento, solo tenía ojos para el moreno.

Mientras Christian se desabrochaba el cinturón y bajaba la cremallera de sus pantalones, Daniel tragó saliva con dificultad. La visión del cuerpo del chico lo hizo arder aún más. Su pecho subía y bajaba con respiraciones rápidas y profundas, y sus ojos, oscuros por el deseo, lo devoraban. Su propio cuerpo reaccionó de inmediato. La necesidad de sentir el toque de Christian era casi un dolor. Con las manos ligeramente temblorosas, extendió sus dedos y tocó la piel desnuda de Christian, recorriendo suavemente sus caderas y abdomen. Su cuerpo era definido, con marcas y moretones de los correazos de Alexander, lo que solo avivó un instinto protector en Daniel.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Christian, con esa voz suave y juguetona tan suya.

Daniel levantó la mirada para encontrarse con la de Christian, y sus ojos se oscurecieron aún más al contemplar la escena. Se puso de pie, dio un paso tembloroso hacia adelante y su cuerpo se acopló al de Christian. Sus manos se aferraron con fuerza a las caderas de Christian, y su voz salió ronca por el deseo:

—No tienes idea... —murmuró, mientras sus pulgares trazaban círculos lentos y tortuosos sobre los huesos de la cadera del chico.

—Deberías quitarte la ropa también... —murmuró Christian, su voz también ronca. Acarició los brazos de Daniel con la mirada fija en sus bóxers, que se asomaban por la cremallera abierta y que mostraban la erección que se formaba por debajo de la tela que comenzaba a estorbar entre ellos.

Daniel se estremeció. La idea de exponerse por completo era a la vez intimidante y emocionante, pero la necesidad de estar más cerca de él,

de sentir sus manos sobre su piel, era más fuerte. Su respiración se hizo temblorosa mientras sus manos descendían por las caderas del chico hasta su cintura estrecha. Asintió, con la mirada fija en Christian.

—Sí. Sí, quiero que me veas...

Las palabras salieron como un gemido bajo y desesperado. Con manos temblorosas apartándose de la piel del chico, enganchó sus dedos en la cintura de sus pantalones y sus calzoncillos. Dudó un instante antes de empezar a bajarlos lentamente, con la respiración entrecortada al revelar su cuerpo al chico que tenía delante.

—Dios mío... —murmuró, su voz era un hilo tenso y bajo mientras la última prenda de ropa caía al suelo, dejándolo completamente expuesto. Se quedó allí, desnudo y vulnerable, bajo la mirada de Christian, sintiendo cómo el deseo lo invadía y lo consumía por completo. Arqueó ligeramente su cuerpo hacia el chico más bajo, suplicando en silencio su toque.

Christian tragó saliva, sus ojos oscurecidos por la anticipación.

—No tienes idea de cuánto he querido hacer esto contigo.

Se acercó y rozó sus miembros sin decir nada, tocándolos a ambos a la vez. Daniel jadeó al sentir el roce inesperado. Su respiración se entrecortó al sentir la presión de los cuerpos. Era mejor de lo que había imaginado, y apenas estaban empezando. El fuego que ardía en su interior se avivó, dejándolo tembloroso y necesitado, rogando por más.

—Joder... —murmuró, su voz baja y ronca, mientras se presionaba contra el chico. El calor entre ellos era casi insoportable —C-Christian...

—Solo disfrútalo —susurró Christian entre suaves jadeos de placer, mientras comenzaba a mover sus palmas de arriba abajo a lo largo de los miembros.

Los ojos de Daniel se entrecerraron al oír la voz del rubio. Asintió, intentando respirar más despacio, intentando seguir el ritmo constante de la mano de Christian. Estiró sus brazos, se aferró a sus hombros con firmeza y cuidado.

—Dios... se siente... tan bien... —dijo, sus palabras un gemido mientras sentía el placer recorriéndolo. Se inclinó, con los ojos cerrados, sus labios buscando los del otro chico en un beso que fue recibido con anhelo.

El beso fue un desastre de labios y lenguas, desesperado y hambriento. Daniel no podía tener suficiente. El sabor de Christian, la sensación de su piel, el calor que irradiaba entre ellos; todo lo estaba volviendo loco. Gimió contra los labios del chico, su corazón latía con fuerza y su cuerpo se arqueaba ante el toque.

—Dios... te necesito... te necesito... —murmuró, su voz entrecortada contra la boca de Christian.

Christian dejó escapar un gemido ronco al mover sus manos con más intensidad, sintiendo que estaba a punto de correrse. El profundo gemido del chico avivó aún más la necesidad de Daniel. Las sensaciones que lo recorrían crecieron hasta un punto casi insoportable. Su cuerpo ardía, cada terminación nerviosa encendida de placer. Su agarre sobre los hombros de Christian se hizo más fuerte, y su respiración se entrecortó mientras se sentía al borde del precipicio.

—Oh... Dios...

Daniel temblaba, su cuerpo tenso como un arco. Podía sentir la tensión creciendo en su interior; la necesidad de liberación se convertía en un dolor casi insoportable.

—Christian, yo... yo voy a... —logró jadear, su voz no era más que un susurro ronco; el anhelo por el chico se convertía en una necesidad primigenia.

La sensación del cuerpo de Daniel estremeciéndose contra él, los gemidos bajos y desesperados, fueron casi insoportables para Christian. El placer lo recorrió al oír esas palabras. Sabía que Daniel estaba cerca, al borde del abismo.

—Córrete... córrete para mí... —murmuró contra el oído de Daniel, su voz cargada de deseo. Con su mano libre, tiró suavemente del cabello de Daniel, en un toque casi reverente.

Eso fue todo lo que Daniel necesitó. El tono bajo y autoritario de la voz de Christian, la forma en que pronunciaba las palabras, lo

llevó al límite. Su cuerpo se tensó de repente, y su cabeza cayó hacia adelante contra el hombro de Christian, su respiración entrecortada y desigual mientras se corría con un gemido gutural bajo. Su cuerpo se estremeció contra el del chico, y la liberación lo invadió, dejándolo sintiéndose débil.

## *Dar un paso más allá*

Christian soltó un suave gemido, una mezcla de debilidad y satisfacción. Abrazó a Daniel, acariciando su espalda mientras recuperaba el aliento, con el rostro apoyado contra el hombro del chico.

—Eso... se sintió realmente bien, ¿eh?

Daniel se dejó caer sobre Christian, su cuerpo aún temblando por oleadas de placer. Estaba completamente sin fuerzas, sus miembros como gelatina, sostenido únicamente por los brazos de Christian. Hundió el rostro en el pelo del chico, percibiendo el sutil y fresco olor a perfume y colonia. Dejó un pequeño beso en su cuero cabelludo. Un leve zumbido de satisfacción emanaba de él.

—Tan bueno... tan condenadamente bueno —susurró, su voz ronca por la intensidad del momento.

Permanecieron así un largo instante, abrazados, sus respiraciones y latidos sincronizándose. Daniel nunca se había sentido tan contento y satisfecho; su cuerpo vibraba con la resaca del placer.

—Creo que me voy a volver adicto a esto, ¿sabes?

—Podría decir lo mismo —murmuró Christian con una pequeña sonrisa antes de añadir con un deje de vacilación—: Realmente... quiero tener sexo contigo ahora mismo.

Las palabras provocaron un escalofrío de anticipación en Daniel. La idea era tentadora y un poco intimidante. Lo había soñado, por supuesto, pero escuchar a Christian decirlo con tanta franqueza le dio un vuelco al corazón. Se apartó un poco para mirar a Christian a

la cara, con los ojos oscurecidos por una renovada necesidad. Respiró hondo, pero no pudo evitar que una leve sonrisa se dibujara en sus labios.

—¿Ahora mismo?

—Sí... pero no quiero hacer nada con lo que no te sientas cómodo.

La consideración de Christian solo avivó el fuego de Daniel. Tragó saliva, humedeciéndose los labios de repente secos, con una mezcla de emoción y nerviosismo recorriéndole.

—Yo... yo quiero —dijo, con la voz rota por la emoción—. Te deseo.

—¿En serio?

Ante la sorpresa de Christian, Daniel soltó una carcajada suave. El hecho de que el chico pareciera tan asombrado, como si no fuera evidente que su cuerpo dolía de deseo, solo avivó su creciente necesidad.

—Sí, sí quiero.

Christian se mordió el labio inferior con anticipación, acariciándole la cintura pensativo.

—Entonces... ¿Quieres... dar o recibir? A mí me da igual, pero esto es nuevo para los dos, y quiero que te sientas bien.

La pregunta tomó a Daniel por sorpresa, con la mente aún nublada por el deseo. Por un instante, no pudo pensar con claridad. Al entender la implicación, un rubor subió por sus mejillas; la idea le provocó un nudo en el estómago, una mezcla de deseo y vergüenza.

—Yo... eh... —tropezó, su mente llena de recuerdos del placer compartido, tosió y trató de explicarse—: Creo que dar, ¿es que... no lo sé? Siempre pensé que mi primera vezería con una chica y toda la vida me han dicho que yo debería tomar más control en ese... sentido, pero los dos somos chicos, y, eh, no quiero hacer las cosas mal, y tampoco quiero hacer algo raro como que uno de los dos interprete un papel femenino o algo así, y tampoco debería hacerlo ahora, lo ideal sería que esperara a hacerlo después del matrimonio, pero eso sería contraproducente porque no podría casarme contigo porque somos hombres, y-y y-y estoy hablando mucho, ¿no?

Christian lo escuchó atentamente, notando cuán abrumado parecía de pronto. Sintió su propio nerviosismo disminuir, encontrando el parloteo de Daniel entre divertido y tierno. Le tomó la mano y sonrió suavemente antes de comentar:

—Está bien, no te preocupes por eso, no se trata de hacer lo que la gente nos enseñó. Se trata de... conocernos y explorar qué funciona bien para ambos, ¿bien? Sin presiones, solo dejémonos llevar.

Daniel asintió, entrelazando firmemente sus dedos. Le acarició los nudillos con el pulgar. Se tumbó suavemente en la cama junto a Christian, sintiéndose expuesto y vulnerable.

—No puedo creer que vayamos a hacer esto.

—Yo tampoco —murmuró el músico, su voz apenas un susurro.

Sus ojos se encontraron con los de Daniel, ardientes de necesidad. Dejó que sus manos bajaran, trazando un camino sobre la cadera del chico, sus dedos deteniéndose en la piel sensible. Se inclinó, sus labios rozando el cuello de Christian con besos lentos y ligeros, su aliento cálido contra la piel.

—Te necesito —murmuró contra su piel, una confesión cruda que salió casi sin su voluntad.

Christian jadeó, con los labios entreabiertos, la respiración cortada.

—Yo también.

## *Íntimos*

Daniel se separó un momento, tomó con una mano firme el paquete de condones que había causado tanta burla y vergüenza. Con manos que no temblaban por nervios, sino por deseo, lo abrió y sacó un preservativo. Lo desenrolló con cuidado y se lo puso. El gesto, simple y directo, era una promesa de cuidado. Volvió a la cama y se colocó entre las piernas de Christian, apoyando las manos en el colchón a ambos lados de su cuerpo. Lo miró fijamente.

—¿Estás... estás seguro de que estás listo? —preguntó con voz ronca, su cuerpo anhelando tocarlo, reclamarlo, hacerlo suyo.

—Sí... —respondió Christian, intentando mantenerse tranquilo a pesar de su inexperiencia. Lo miró con anticipación, deseo y un poco de miedo—. Quiero sentirte en lo más profundo de mí —dijo con voz ronca desde la cama.

La crudeza de las palabras fue como un puñetazo en el estómago de Daniel; el sonido de su voz lo encendió. Pero también vio el miedo en sus ojos, el ligero temblor en su cuerpo, y se detuvo, su deseo mezclándose con una oleada de ternura.

—Oye... podemos ir despacio... no quiero hacerte daño... —murmuró, sus ojos fijos en los de Christian, su voz suave.

—Está bien... gracias... —dijo con una sonrisa tímida sin dejar de mirarlo.

Daniel asintió y se inclinó para tomar con delicadeza el rostro de Christian; su pulgar trazó un camino suave sobre su mejilla para calmarlo.

—Solo... solo dime si necesitas que pare, ¿de acuerdo? Si te duele, si es demasiado, lo que sea, solo dímelo y paramos —susurró, su voz baja y tranquilizadora, un marcado contraste con su deseo anterior.

—Sí. Lo sé. Estaré bien, confío en ti.

Las palabras de Christian fueron un bálsamo para sus preocupaciones. Una parte de Daniel aún dudaba, la necesidad de cuidarlo era abrumadora, pero también veía la determinación en sus ojos, la fe que había depositado en él. Respiró hondo, intentando calmarse.

—Está bien... iremos despacio entonces —murmuró, deslizando suavemente la mano sobre la cadera de Christian, su toque una presión constante y tranquilizadora.

La visión de Christian debajo de él, tan vulnerable y abierto, el aire cargado de deseo y anticipación, era casi insopportable. Respiró hondo, intentando ignorar los latidos de su corazón. Sus ojos se encontraron con los de Christian, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora para calmar sus nervios.

—Podría doler un poco al principio... —murmuró, una promesa y una advertencia. Se inclinó suavemente más cerca.

Sintió la tensión en el cuerpo de Christian, cómo se preparaba para lo que venía. Respiró hondo de nuevo, se lamió la mano y humedeció el área de su entrada con la punta de sus dedos con cuidado. Al tener la zona lubricada, se posicionó contra él. Le sujetó con firmeza las caderas mientras empezaba a presionar, lenta y firmemente. La punta de su glande se ocultaba en su interior cálido y apretado. En ningún momento apartó la mirada de su rostro, observando cada reacción que pudiera expresar con ese rostro pecoso suyo.

Christian soltó un gemido breve, sintiendo cómo su cuerpo se llenaba lentamente. Era una sensación incómodamente dolorosa y extraña. Se mordió el labio con fuerza antes de responder con voz aún más ronca:

—¡Mierda, mierda, mierda, ah! —No pudo evitar refunfuñar por lo bajo apretando la manta con diseño de distintos cuadrados coloridos debajo de él.

—¿Quieres que pare? —preguntó Daniel parando en seco, genuinamente preocupado por el chico debajo de él.

—No te atrevas, yo puedo con todo y más —dijo Christian con voz ronca, sus ojos castaño claro entrecerrados mirando a Daniel con determinación.

Daniel, por la respuesta tan bruta, no pudo evitar reír entre dientes, desviando la mirada un momento, haciendo enfadar a su acompañante en la cama quien espetó con reproche:

—¿Y tú de qué te ríes?

—No es nada, es solo que me gustas mucho —dijo con una sonrisa divertida.

Christian iba a decir algo más, pero sus labios fueron sellados con un beso abrupto. Lenta, dolorosamente lento, comenzó a penetrar más profundamente, centímetro a centímetro. No hubo más palabras, solo el sonido de dos respiraciones pesadas y el roce de la piel. Daniel no necesitó más invitación. Una vez que Christian le dio permiso, el control que había mantenido sobre sí mismo se disolvió en un estallido de necesidad. Su cuerpo finalmente cedió y comenzó a moverse, lenta pero deliberadamente.

La primera estocada fue cuidadosa, solo un poco más profunda que la anterior. Daniel observó el rostro de Christian, buscando cualquier señal de dolor o incomodidad, pero el pecoso simplemente arqueó la espalda, soltando un gemido que resonó en el aire y que sonó a más. Al ver que no se quejaba, Daniel aumentó el ritmo, sus caderas moviéndose en un compás lento y constante. Cada vez se volvía más audaz, más profundo. La sensación era abrumadora: el calor, la presión, el cuerpo de Christian ciñéndose a él. Era un paraíso apretado y delicioso.

Christian se aferró a la manta, sus nudillos blancos por la fuerza con la que la agarraba. El dolor inicial se había transformado en una sensación intensa, una presión deliciosa que lo llenaba por completo. Se sentía estirado, lleno, como si cada centímetro de su ser estuviera siendo tocado. Su respiración se volvió errática, sus ojos se cerraron

por la intensidad de las sensaciones. Con cada empuje, el placer se volvía más agudo, una oleada de calor que le subía por la espina dorsal. Apretó las piernas alrededor de la cintura de Daniel, animándolo, pidiéndole más.

Daniel se dejó llevar. El control que había ejercido se disolvió por completo, reemplazado por la pura necesidad de su cuerpo. Se movió con un ritmo que era a la vez poderoso y apasionado, cada empuje era una declaración de su deseo. La cama crujía con el movimiento, y los gemidos de Christian se mezclaban con los de él en una sinfonía de placer.

El cabello de Daniel se pegaba a su frente, su cuerpo brillaba por el sudor. Se inclinó, bajando su rostro para besar el cuello de Christian, mordisqueando su piel suavemente. Escuchar la forma en que el pecoso se contorsionaba debajo de él era una droga. Sus manos soltaron las caderas de Christian para deslizarse sobre su torso, palpando cada curva de su cuerpo. Se inclinó más y lamió el pezón de Christian con suavidad, lo mordisqueó con delicadeza, lo que hizo que el cuerpo del pecoso se estremeciera de placer.

La habitación estaba llena de una pasión cruda y sin refinamiento. El olor a sexo, el sonido de los cuerpos chocando, de las respiraciones entrecortadas, de los gemidos sin control. Era un momento íntimo y poderoso, un testimonio de la conexión que existía entre ellos.

—Christian —jadeó Daniel, su voz ronca de pura lujuria—. ¿Te gusta?

—Sí —susurró Christian, con los ojos cerrados y los labios hinchados—. Más, Daniel... por favor, más.

Las palabras de Christian solo sirvieron para avivar la llama del deseo de Daniel. Aumentó el ritmo y la profundidad de sus estocadas. Se movió con una ferocidad controlada, sus músculos tensos. El mundo se redujo a la sensación de estar en él, a la vista de su rostro contorsionado por el placer, a los sonidos que brotaban de sus labios. Era una sensación casi insoportable, una dicha que no sabía que era posible.

## *Confesiones*

En un gemido entrecortado, Christian se aferró con fuerza a los hombros de Daniel. Aquella entrega, tan vulnerable y cruda, era un combustible que avivaba aún más el fuego que ardía en su interior. Para Daniel, la certeza de ser él —y solo él— la causa de ese desmoronamiento era un éxtasis imposible de contener. Cada movimiento era una confesión muda, una promesa escrita en el lenguaje del deseo.

—Te sientes... tan bien —susurró Daniel, con la voz quebrada, mientras sus dedos se hundían en la cadera de Christian como si quisiera dejar allí la huella de su existencia.

Se perdió en el sabor de sus jadeos, en el perfume salado y dulce de sus cuerpos, en la embriaguez de aquel instante. Christian, apenas con un soplo de voz, pidió:

—Por favor... bésame otra vez.

La súplica lo atravesó por completo. No era solo hambre de piel, era la necesidad de una intimidad más honda, de un lugar donde las almas también se tocaran. Daniel se inclinó y reclamó sus labios, no con furia, sino con un desespero tierno, como si temiera que el aire se acabara si no lo compartían. Su lengua exploró la boca de Christian, no con dominio, sino con anhelo. Era un beso que los desarmaba, un puente tendido entre el deseo y el amor.

—Eres tan bueno conmigo... —murmuró Christian, su voz hecha caricia entre besos—. No sé cuánto más podré soportar.

La mente de Daniel se redujo al mundo que cabía en el rostro de Christian: sus párpados temblorosos, la curva de placer en su boca, la música de su respiración entrecortada. Todo lo demás se volvió ruido. Sus cuerpos respondían en un mismo compás, cada vez más cerca de un límite inevitable.

—Estoy cerca... tan cerca... —jadeó Daniel, suplicante, temblando al borde del abismo.

Y entonces, como si el universo hubiera contenido el aliento, la tensión se rompió. El tiempo se suspendió un instante para después estallar en una liberación compartida. Un grito ahogado, gimiendo el nombre del otro en el pico de sus deseos, y después solo la neblina blanca del placer absoluto.

Exhaustos, uno junto al otro. La penumbra de la habitación los envolvía y el aire todavía conservaba el eco de sus jadeos. Poco a poco, las respiraciones se acompañaron hasta volverse un mismo ritmo, como si sus cuerpos recordaran que no necesitaban palabras para entenderse. Christian, aún tibio de sudor, buscó refugio en el pecho de Daniel. Lo hizo con naturalidad, como quien regresa a un lugar seguro. Daniel, instintivamente, lo rodeó con el brazo, cobijándolo en un abrazo que era a la vez protección y pertenencia.

Christian sonrió contra su piel, y esa sonrisa se sintió como una caricia invisible, una fuerza capaz de disolver los miedos y sanar heridas que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Afuera, la noche parecía callar por respeto, como si supiera que en esa cama se estaba gestando algo sagrado. Daniel bajó la mirada y, al ver los cabellos rubios desordenados, no pudo evitar inclinarse y depositar un beso en la coronilla. Fue un gesto pequeño, casi tímido, pero cargado de un peso inmenso. En ese contacto, su corazón se abrió como una compuerta que llevaba demasiado tiempo cerrada, y las palabras brotaron sin permiso, puras, desnudas:

—Te amo.

El silencio que siguió no fue de duda, sino de asimilación. Christian cerró los ojos, dejando que esas dos sílabas descendieran hasta

lo más hondo de su ser. No respondió de inmediato; primero quiso sentir cómo esas palabras se instalaban en él, cómo resonaban en cada rincón que había permanecido vacío durante demasiado tiempo. Se acurrucó aún más en el hueco del cuello de Daniel, como si quisiera grabar en su piel la certeza de ese amor. Finalmente, con un susurro tan leve que parecía tejido de aire, respondió:

—Yo también te amo.

El tiempo se detuvo entonces. Daniel cerró los ojos y apretó con suavidad el abrazo, temiendo que, si soltaba, todo aquello pudiera desvanecerse como un sueño. Christian, por su parte, se dejó sostener, confiando en que aquel pecho donde reposaba sería de ahora en adelante su hogar.

## *Acurrucados*

Los dos se quedaron un buen rato abrazados, respirando al unísono, más calmados. Sus cuerpos encajaban de manera tan natural y cómoda que ninguno de los dos quería moverse. Afuera, la lluvia finalmente comenzaba a ceder, dejando un eco húmedo en el aire. Daniel tenía los ojos cerrados, acariciando distraídamente el pecho de Christian. Él, en cambio, miraba el techo sin pestañear.

—Daniel... ¿te arrepientes? —preguntó Christian de repente, apenas girando un poco la cabeza.

La pregunta lo sacó de su sopor. Daniel se incorporó sobre los codos, mirándolo con una seriedad inesperada.

—¿Arrepentirme? Dios mío, no... ¿Por qué preguntas eso? —dijo ronco, con una sinceridad que le quemaba en la garganta.

—Porque... sigues siendo creyente y todo eso. Sé que hablamos de esto, pero... aun así —respondió Christian, clavando sus ojos en él.

El silencio se instaló entre los dos. Daniel sintió cómo esas palabras lo atravesaban. Sabía muy bien lo que la iglesia enseñaba, pero tumbado allí, con el calor de la piel de Christian todavía impregnado en la suya, simplemente no podía sentir culpa.

—Sigo siendo cristiano, sí... —murmuró, con voz baja—. Pero no me arrepiento. No me arrepiento de nada. Ya no me importa lo que diga la iglesia o lo que diga la Biblia. No me arrepiento de nosotros —añadió, mientras sus dedos recorrían suavemente el costado del chico, como si cada caricia fuera una declaración.

—Mi ángel —dijo Christian, abrazándolo con fuerza y acariciándole la espalda como si estuviera tocando las cuerdas de su guitarra.

Daniel soltó un bufido suave, una sonrisa levemente torcida asomando en sus labios. Le dolió el corazón de ternura.

—Y tú eres un maldito rebelde... —susurró—. Mi rebelde —añadió después, posesivo, apretándolo contra él.

Christian suspiró satisfecho y cerró los ojos, hablando con un tono tranquilo.

—Fue una buena primera vez, ¿no?

Daniel sonrió, divertido y orgulloso.

—Eso es quedarse corto —dijo en voz baja, antes de besarle la frente.

Christian rió entre dientes, medio soñoliento.

—La próxima yo te la meto a ti.

—Eh... ¿y si mejor hacemos piedra, papel o tijera para decidir?

—replicó Daniel con picardía.

—Trato.

La risa compartida llenó el cuarto un instante antes de volver al silencio. Christian tomó su teléfono, programó una alarma y lo dejó a un lado. Luego se acomodó dándole la espalda y apoyándose contra el pecho de Daniel. Daniel lo abrazó sin dudar.

—¿Tienes sueño? —preguntó en un susurro.

—Sí... quiero dormir así contigo. Eres cálido —respondió Christian, con un bostezo enorme.

—Eres como un gato, uno perezoso y peleón.

Pero ya no hubo respuesta. Daniel lo observó en silencio, dejando que el instante se extendiera como una pausa sagrada. Tenía la expresión relajada y la respiración tranquila, acompañada como una melodía. Se había quedado dormido. Verlo así, tan en paz, lo llenaba de una ternura que lo envolvía por dentro. Había en ese abandono una confianza total.

Con lentitud, estiró la mano y apagó la lámpara. La penumbra tomó la habitación, rota apenas por los hilos de luz que se filtraban por las cortinas. Daniel lo apretó un poco más fuerte contra sí, buscando memorizar el calor de ese cuerpo. Cerró los ojos. Un pensamiento cristalino se formó en su mente: era afortunado. Amaba y era amado. Y ese milagro sencillo era un regalo que atesoraría siempre.

Sonrió en la oscuridad. El sueño empezaba a reclamarlo también, y mientras lo envolvía, comprendió que no había mayor refugio que este: quedarse a vivir en la certeza de que ambos se pertenecían.

## *Los escritos de Daniel*

*Querido diario:*

*Hoy me atreví a escribir por primera vez. Siempre veo a Christian plasmar sus sentimientos en las letras de sus canciones en su cuaderno, y eso me inspiró a poner mis propias palabras en papel. Aunque no sea con la belleza de las letras de mi novio... que todavía suena extraño llamarlo con ese título.*

*Han pasado dos meses desde que estamos juntos y la verdad es que ha sido una tortura dulce. Vivimos en la dicotomía de ser «solo amigos» en público y la realidad de nuestra conexión en privado. Es frustrante. Ver a las parejas «normales» de chicos y chicas besándose en la calle o caminando de la mano me hace sentir celos. A Christian le duele más. Varias veces se ha desahogado conmigo, diciéndome lo jodido que es no poder ser libres sin miedo a que nos hagan daño. Todo lo que puedo hacer es abrazarlo y consolarlo en la intimidad; nunca en público, no vaya a ser.*

*Estoy de acuerdo con él. Es injusto. Nos limitamos a miradas que dicen más que cualquier palabra, toques discretos, los dedos meñiques entrelazados debajo de la mesa y abrazos de despedida que duran un segundo de más. Nuestros únicos momentos de verdad son cuando nos robamos un beso en algún callejón vacío, nos acurrucamos en el sofá cuando su padre no está o nos tomamos de la mano en la oscuridad del cine.*

*Todo esto ha sido muy raro para mí. De repente, pasé de ser un chico promedio a ser alguien que guarda un secreto aterrador. No es que me*

*avergüence de Christian, pero me aterra el rechazo de la gente de la comunidad. Esto me ha hecho cuestionar muchas cosas. Por ejemplo, me pregunté si todavía me gustaban las chicas. Creo que sí, me he sentido atraído por ellas de una manera parecida a como me siento con Christian, lo que al principio me confundió.*

*Pensé que solo se podía ser una cosa o la otra: gay o hetero. Estaba atrapado en dos lugares donde no encajaba por completo, pero luego hablé con Christian, quien es el único que podría darme una respuesta real y no algo sobre el pecado de estar con alguien del mismo sexo. Él me explicó lo que era ser bisexual. Fue un alivio, como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Mi sentir tenía un nombre, y no era el único.*

*A veces, y sé que va a sonar mal, desearía que Christian fuera una chica. No porque no lo ame tal y como es —estoy locamente enamorado de él—, pero si fuéramos una pareja heterosexual, todo sería más fácil. Podríamos caminar de la mano, besarnos sin miedo y no tendríamos que escondernos. Y a veces mi mente vuela un poco más... imagino tener hijos con él. Cómo se verían, poder cargarlos en mis brazos y que Christian tuviera un anillo de oro en su dedo anular.*

*Pero eso es solo una fantasía. Christian sabe quién es y qué quiere. Es un chico que nunca se sintió atraído por las mujeres, que no quiere tener hijos y se mudará a California en cuanto pueda. Sé que se convertirá en una estrella y que no se quedará conmigo. Y aunque me duela en el fondo, lo seguiré apoyando, escuchando sus quejas y risas; lo abrazaré, aun sabiendo que no estará conmigo para siempre, porque lo amo.*

*¿Qué mal de ojo me habrán echado por estar perdidamente enamorado de alguien que no está destinado a ser mío? Solo deseo nuestra felicidad, aunque no venga de la forma que yo quiero. Él seguirá adelante y yo tendré que hacer lo mismo, pero por ahora, voy a disfrutar su compañía el mayor tiempo posible.*

Daniel cerró la libreta y releyó sus escritos, delineados con su característica letra curvada. Suspiró suavemente antes de guardar aquel nuevo y pequeño diario secreto dentro del gabinete de su mesita de noche. Se acostó en la cama y estiró la mano hacia la lamparita; un

clic, oscuridad. Cerró los ojos y dejó que el sueño reclamara su cuerpo y su conciencia. Su último pensamiento fue que mañana sería otro día. Ojalá uno con más sol: tanta lluvia comenzaba a volverlo melancólico.

## *Los escritos de Christian*

*Diario, seré directo:*

*Odio a mi padre.*

*No lo veo mucho durante el día. Trabaja mientras yo estoy en clases, almuerza fuera y se limita a darme dinero para que haga las compras por él. Luego vuelve a la oficina hasta tarde, hablando con sus compañeros o vete a saber qué mierda. Las pocas veces que lo tengo enfrente, está de mal humor. Y sé bien que yo soy la causa de su malestar. Antes peleábamos mucho más. Ahora siento que me evita, como si estuviera harto de mí, como si yo fuera un caso perdido, una mala inversión, una falla que nunca va a poder arreglar. Y yo le guardo rencor. Por los golpes, por los insultos, por sus palabras venenosas y sus miradas de asco. Y ahora, encima, por su indiferencia. Me importa un carajo lo que piense de mí; hace rato que me acostumbré a su rechazo.*

*A veces me pongo a pensar en cómo era mi vida de niño, cuando todavía era ingenuo y creía que mamá me quería lo suficiente como para quedarse. Ella fue quien me regaló mi primer instrumento (aunque solo era un ukelele de juguete), la que me abrazaba en mis momentos más vulnerables. Pero ahora que estoy más cerca de ser un hombre que un chico, lo entiendo.*

*Emily, mi mamá, no era solo su esposa, ni solo mi madre: era una ama de casa atrapada con un hombre que la mantenía, que le pegaba, que la obligaba a ocultar moratones y a sonreír frente a los demás, incluyéndome a mí. Un hombre del que dependía, al que amaba y al mismo*

*tiempo temía. Un día, simplemente, no volvió. Papá fue a recogerme al colegio y me dijo que se había ido. Yo pensé que eran vacaciones. Finalmente mi padre confirmó mis dudas: se habían divorciado y ella jamás volvería por mí. Desde entonces, papá nunca habla de ella y yo tampoco pregunto. No hay nada que decir.*

*Usualmente no pienso mucho en mamá. En el pasado escuché a mis tíos decir que yo me parecía a ella, que heredé su cabello rubio, sus pecas y su carácter fuerte. Yo me daba a respetar, aunque a ella a veces la tachaban de histérica por querer cumplir un papel que la sociedad le dictaba: ser una «buena mujer», que en la práctica significaba hacerse pequeñita y tranquila. Creo que, inconscientemente, eso me marcó. El fuego en sus ojos, la determinación en su actuar... No sé qué habrá sido de ella, pero espero que sea feliz. Me gusta pensar que, si aún estuviera conmigo, me aceptaría sin juicios.*

*No sé por qué estoy escribiendo esto. Supongo que porque se acerca mi cumpleaños. Pronto voy a ser legalmente un adulto: dieciocho años. La edad en la que, al fin, podré largarme y él ya no tendrá ningún derecho sobre mí. Y, joder, lo voy a hacer. Tengo mis ahorros y pienso sobrevivir aunque tenga que partirme la espalda trabajando de lo que sea. Después me llevaré la guitarra a la plaza, tocaré covers, luego mis propias canciones. No será para siempre. Porque sé que tengo lo que hace falta: el talento, la rabia, la actitud. Voy a ser grande.*

*Quiero conocer otros lugares, otra gente, formar mi propia banda, gritar en un escenario hasta quedarme sin voz. Puedo verlo: yo, bajo las luces, y el mundo entero escuchándome. Pero también tengo esa vocecita egoísta que me dice que quiero tenerlo todo. Que quisiera que Daniel viniera conmigo. Que mandáramos todo a la mierda y nos quedáramos juntos, sin escondernos, sin miedo.*

*Pero sé que eso no va a pasar.*

*Daniel es... joder, es lo mejor que me pasó en la vida. Es amable, dulce, responsable, cree en lo mejor de la gente y amo eso de él. Con él me siento querido de verdad. Estoy en casa cuando me besa, cuando me abraza... siento que por primera vez no estoy solo. Había besado a*

*otros chicos antes, chicos que solo querían usarme para experimentar a escondidas, y yo disfrutaba la atención, pero ninguno lo había hecho con el afecto y la ternura que él me mostró. Tal vez aún soy un poco suave por dentro.*

*Y aun así, hay algo que me jode mucho y no puedo hacer nada al respecto: Daniel sigue siendo un chico tradicional al final del día. Sueña con casarse, con tener hijos, con seguir el legado de su familia. Yo lo sé bien, y sé también que mi destino no es ese. Mi destino es el ruido, las luces, las giras, la música. Tal vez algún día vuelva a verlo, tal vez no, pero sé que él se quedará y hará de este lugar algo un poquito mejor. Yo, en cambio, estoy condenado a quemarme hasta el último grito.*

Christian repasó lo que había escrito, su letra tosca y apresurada trazada con el viejo bolígrafo metálico. Su expresión era seria mientras yacía en la cama; afuera, la lluvia caía constante. Debería intentar dormir, pero no podía dejar pasar la página. Su propio desahogo le había dado una chispa de inspiración para la letra de una canción, así que, antes de que la idea se desvaneciera, volvió a levantar el bolígrafo y comenzó a garabatear notas y melodías que apenas comenzaban a formarse en su imaginación.

## *El borrador de Christian*

*Nota para mi yo del futuro: Mejora la letra, además de anotar los acordes de la guitarra. No tengo energía para hacer la parte tediosa ahora, así que jodete Christian del futuro, confío en ti.*

*¡Posibles títulos de la canción!*

*“Hasta el último grito” “Cuando sea un adulto” “Grito en el fuego” “Fuego” y no se me ocurre nada ~~más~~ más. Me muero de sueño y a la vez tengo insomnio...*

*Vaya cerebro más inútil me cargo encima.*

### ***Verso***

*Papá no me mira, solo deja destierra dinero, (Fm)  
me evita como a un fantasma en el suelo. (Am)  
Yo cargo sus insultos, sus golpes, su veneno, (Fm)  
pero no me detiene, yo no soy su basurero reflejo. (Am)  
Cumplio dieciocho y me voy a largar, (Fm)  
mi guitarra y yo nos vamos a volar escapar. (Am)*

### ***Estríbillo***

*Voy a arder quemarme hasta el último grito, (Fm)  
luces cayendo, el mundo conmigo. (Am)  
No soy tu hijo, no soy tu castigo, (Fm)  
soy fuego, soy ruido, soy todo lo que respiro. (Am)*

***Verso***

*Pienso en mamá, en su risa perdida, (Fm)  
en su fuego que aún me ilumina. (Am)  
Tal vez allá afuera encuentre su vida, (Fm)  
yo invento la mía, aunque sangre la herida. (Am)*

*Tengo canciones, tengo rabia y fe, (Fm)  
no habrá cadenas que me aten a él. (Am)*

***Estríbillo***

*Voy a quemarme hasta el último grito, (Fm)  
luces cayendo, el mundo conmigo. (Am)  
No soy tu hijo, no soy tu castigo, (Am)  
soy fuego, soy ruido, soy lo que respiro. (Fm)  
Y Daniel... ojalá vinieras, (Fm)  
mandar todo a la mierda, sin fronteras. (Am)  
Pero se tu camino no es igual al mío, (Fm)  
tú eres hogar, y yo soy exilio. (Am)  
¡No más cadenas!  
¡¡No más cadenas!!*

*¡Voy a quemarme hasta el último grito, (Fm)  
luces cayendo, el mundo conmigo! (Am)  
Aunque me pierda, aunque me destruya, (Fm)  
¡Seré un recuerdo que nunca se esfuma! (Am)*

*Seré un recuerdo que nunca se esfuma...*

...

Con eso, el chico cerró la libreta de golpe y la dejó a un lado. Apagó la luz , su rostro se hundió contra la almohada, gruñendo entre soñoliento y cansado. Se durmió más pronto que tarde sin pensar en nada en concreto, solo una mezcla de incertidumbre, el deseo de seguir escribiendo y a cierto chico de ojos miel.

## *La graduación*

La mañana del 19 de junio llegó casi sin aviso, y con ella el esperado día de la graduación. El teatro estaba lleno: grupos de amigos charlaban animados, vestidos con sus mejores galas, mientras esperaban escuchar su nombre y subir al escenario a recoger aquel trozo de papel que certificaba que habían sobrevivido a la educación obligatoria.

Comenzaron a llamar a uno por uno. El rubio vio a Daniel ponerse de pie entre el pequeño grupo de amigos de la iglesia. Vestía un traje azul oscuro, camisa negra, zapatos lustrados y una pajarita roja. Su cabello, perfectamente peinado con gel, brillaba bajo las luces. Caminó hacia el escenario, recibió el diploma de manos del director y estrechó la mano de su tutor. Entonces buscó con la mirada entre la multitud y, al encontrarlo, le dedicó una sonrisa. Desde lejos, Christian le devolvió el gesto.

De pronto, el nombre de Christian resonó en el micrófono. Se levantó, peinándose con la mano hacia atrás para disimular el desorden del cabello. Avanzó con la frente en alto entre los asientos de sus compañeros, que lo observaban atentos. Llevaba un traje negro, camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados y zapatos negros que reutilizaba en cualquier ocasión. Subió los escalones con paso firme y, ya en el escenario, estrechó la mano del director con una seriedad distante. Fue un saludo breve, cordial pero frío.

Con el diploma en mano, se dirigió a su tutora, la señorita Jenny. Ella lo esperaba con una sonrisa radiante. Le tendió la mano y él la tomó.

—Espero que te vaya muy bien allá fuera, en el mundo —dijo ella con sincera calidez—. Eres un chico talentoso, Christian. Solo... trata de no meterte en demasiados problemas.

Las palabras, genuinas y amables, suavizaron su expresión.

—Muchas gracias, Miss Jenny. Lo intentaré —respondió.

El apretón terminó y, mientras otros alumnos eran llamados, Christian buscó de nuevo a Daniel. Lo vio sentado entre su grupo de siempre, conversando con naturalidad, encajando sin esfuerzo. Él, en cambio, regresó a su asiento rodeado de compañeros, aunque se sintiera realmente solo entre ellos.

La ceremonia concluyó en un oleaje de aplausos y voces. Todos salieron del teatro en una marea de personas. Afuera los esperaba lo más esperado de la noche: el baile de graduación. El aire fresco de junio recibió a los recién graduados, cargado de promesas. El estacionamiento se llenó de risas, de grupos que se organizaban y de canciones que salían de los autos de los padres. La emoción flotaba en el ambiente; era la última gran fiesta que compartirían juntos.

Christian, con las manos en los bolsillos y el diploma doblado bajo el brazo, caminaba despacio. Por dentro, sin embargo, sabía que lo único que le importaba de esa noche no era la música ni las luces, sino una sola mirada entre la multitud: la de Daniel.

## *La fiesta de graduación*

El gimnasio se encontraba iluminado con distintas luces de colores. Había globos brillantes y un festín de bocadillos que iba desde golosinas hasta pequeños sándwiches de jamón y queso.

Christian entró y echó un vistazo rápido. Caminó a paso lento, mirando a su alrededor, aparentemente aburrido y distante. Llegó junto a la mesa de bocadillos antes de que se llenara de gente, tomó un vaso de plástico rojo y se sirvió dos cucharadas generosas de ponche de huevo. Discretamente se apartó y salió por la puerta principal, alejándose de la mirada del público. Mientras caminaba, sacó una petaca oculta en un bolsillo interno de su traje y terminó de llenar su vaso con un chorrito de ron. Volvió a ocultar el recipiente entre las telas de su chaqueta como si nada.

Se dirigió a una zona apartada del gran patio, rodeado por plantas que intentaban disimular las rejas del perímetro. Se acercó a una vieja banca de madera y se dejó caer con un suspiro pesado. Con las piernas abiertas y la cabeza apoyada en el respaldo, contempló el cielo teñido en naranjas y azules.

—¿Qué haces acá?

No tuvo que abrir los ojos para saber que se trataba de Daniel. Sus labios se curvaron inconscientemente en una pequeña sonrisa.

—¿No deberías estar en la fiesta en lugar de espiarme como un acosador? —Soltó un jadeo de dolor cuando Daniel le pellizcó la oreja. Abrió los ojos de golpe, encontrándose con esos ojos color miel—. ¡¿Por qué mierda fue eso?!

—Porque eres insufrible.

—Pero si yo te encanto.

—Es una maldición que estoy destinado a sufrir.

—¿Qué tal si te callo de un puñetazo en la boca?

Daniel se inclinó hacia él y sus labios se encontraron en un beso que le cortó el aliento al rubio. Christian lo correspondió. Fue suave y breve antes de que Daniel se apartara y se acomodara a su lado.

—Quería celebrar contigo esta noche, pero no te vi en ninguna parte —explicó Daniel, dándole un largo trago al vaso carmesí.

—No me interesa esa fiesta. Solo vine por compromiso... además, te veías bastante entretenido con tus amigos —respondió Christian.

—Podías juntarte con nosotros, ¿sabes? Mis amigos no muerden.

—Pero hablan mierda por la espalda, y eso me parece peor.

Daniel frunció el ceño, pero no dijo nada. Christian le tendió el vaso medio vacío.

—No me gusta que estés solo —murmuró Daniel con un tono más suave, observando su reflejo distorsionado en el líquido.

—Estoy contigo —respondió Christian con una sonrisa. Daniel se la devolvió.

—Tienes razón.

Bebió un trago del ponche, pero lo escupió a un lado, comenzando a toser sin control. Christian estalló en carcajadas hasta recibir un manotazo en el brazo.

—¿Qué le pusiste?! ¡Sabe fatal! —se quejó Daniel, limpiándose la boca con la manga del traje.

—Ron. ¿No te gusta? —preguntó Christian con una sonrisa socarrona.

—¡Ag! No puede ser... —refunfuñó el otro, cruzado de brazos. La sonrisa de Christian se volvió cautelosa.

—¿Estás molesto?

—Sabes muy bien que no me gusta beber alcohol. Me repugna.

—Solo era una broma... —se defendió débilmente—. Lo siento. No quería que te enojaras.

Daniel asintió levemente y su expresión se suavizó. Giró la cabeza para mirarlo y respondió con más calma:

—Está bien. No estoy molesto, solo un poco irritado.

—Pues no quiero que lo estés, es nuestro baile de graduación.

Daniel sonrió levemente y apoyó su mano sobre la de él. Christian entrelazó sus dedos, se la llevó a los labios y dejó un beso en el dorso.

—No sabes cuánto me hubiera gustado pedirte que fueras mi pareja en el baile.

—Lo sé.

Se miraron en silencio. Daniel le acarició la piel con el pulgar. Entonces Christian se puso de pie sin soltar su mano.

—¿Qué haces? —preguntó Daniel, desconcertado.

—Vamos a bailar —aclaró el rubio con esa sonrisa que siempre desafiaba todo—. Si no tenemos un espacio, lo creamos nosotros.

La determinación en sus ojos convenció a Daniel, que rió entre dientes antes de asentir con cariño. Daniel apoyó una mano firme en su hombro. Christian colocó la suya en su cintura. Con las otras manos entrelazadas, comenzaron a moverse en círculos. Sus pasos se sincronizaron con facilidad. Sus cuerpos encajaban de manera natural, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

—Te ves muy guapo en ese traje —susurró Daniel al oído de Christian.

—Me veo guapo siempre —replicó con tono juguetón. Daniel rodó los ojos y escondió el rostro en su cuello.

—Te he visto dormir, ¿recuerdas? Significa que te he visto con la boca abierta, babeando, y para colmo roncas.

—Idiota.

—No más que tú.

—¡Eso ya lo sé!

Daniel rió entre dientes. Sus pasos se hicieron más lentos hasta convertirse en un abrazo cálido. Inhaló el aroma de la colonia de Christian antes de depositar un beso tierno en su cuello. El rubio se limitó a corresponder. Esperaba unos besos suaves, pero en su lugar sintió un chupetón seguido de una mordida ligera que le arrancó un gemido involuntario.

—Daniel, ¿qué haces? —murmuró con el corazón acelerado.

—No podía resistirme... me gustas demasiado.

Lo guió contra un árbol cercano. Daniel presionó su pecho contra el suyo, con la espalda de Christian contra la corteza fría. Este no se resistió; cerró los ojos y dejó que su boca recorriera su cuello.

—Daniel... te quiero mucho —alcanzó a susurrar Christian, antes de que un beso hambriento le cortara la voz. Lo rodeó con los brazos al cuello, mientras Daniel lo sujetaba por la cintura. Sus labios se encontraron una y otra vez hasta quedarse sin aire. Aquella noche terminó mucho mejor de lo que Christian había imaginado.

## *Camino a lo desconocido*

Después de la fiesta de graduación y unos pocos días más juntos, llegó el primero de septiembre, el cumpleaños de Christian. Por fin era legalmente mayor de edad, y su idea de cumpleaños estaba muy lejos de tener algo que ver con globos o pastel.

Se despertó con el cielo estrellado al otro lado de la ventana, antes de que sonara la alarma. La maleta estaba lista y la guitarra guardada en su funda. Se vistió en silencio y caminó hacia la puerta de la entrada; sus botas de cuero apenas hacían ruido bajo su paso cauteloso. Christian sabía que su padre aún dormía, y definitivamente no quería despertarlo.

El aire fresco de la madrugada le golpeó el cuerpo. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Inhaló y exhaló profundamente, reuniendo el coraje para dar el siguiente paso hacia la vida con la que tanto había soñado.

Cerró la puerta lentamente, hasta que el clic resonó en sus oídos. Se ajustó la mochila en la espalda y comenzó a caminar, con la frente en alto y sin mirar atrás. La casa que hacía mucho había dejado de sentirse como un hogar quedaría en el olvido.

A su alrededor, las casas de ladrillos y techos triangulares se dibujaban bajo la luz tenue. El aire húmedo envolvía la vegetación que crecía por los alrededores, familiar y distante a la vez.

Tras un rato, divisó la figura de Daniel en la distancia. Lo esperaba en la carretera, casi en el centro del pueblo. Christian se acercó hasta

quedar junto a él en la parada. Miró la hora en su teléfono: apenas eran las 6:17 a. m.

—El bus debería parar por acá en un rato —comentó Daniel sin mirarlo directamente.

El corazón de Daniel pesaba. La oscuridad los envolvía en un silencio casi opresivo, como si el mundo mismo fuera consciente del momento agridulce que compartían. Asintió a las palabras del chico y apretó su mano con fuerza, sin querer soltarla todavía.

—Ciento... —murmuró Daniel con voz suave, traicionando la tormenta de emociones que lo golpeaba. Sabía que aquel era probablemente uno de sus últimos momentos a solas.

Lo miró fijamente, como intentando memorizar cada detalle de su rostro: la forma en que la luz de la luna se reflejaba en sus gafas cuadradas, o cómo el suéter verde oliva que llevaba lo hacía parecer especialmente abrazable. Le dio un suave apreón en la palma antes de añadir, mirándolo de reojo:

—Nunca voy a olvidar esto, ¿de acuerdo? Fue especial para mí y... eres mi persona favorita en todo el mundo.

Esas palabras, tan sinceras, le dolieron a Daniel con un dolor agri-dulce. Asintió con la voz cargada de emoción, y sus ojos se encontraron con la firme mirada de Christian.

—Yo tampoco lo olvidaré nunca... Tú también eres mi persona favorita.

—¿Crees que alguna vez hablarás de lo que tuvimos con alguien más? —preguntó Christian, acariciándole suavemente los dedos con el pulgar.

La idea de hablar de aquello con alguien más era insopportable. Daniel negó con la cabeza, con una sonrisa amarga en los labios.

—No. Nunca. Lo que tenemos... lo que tuvimos... es solo nuestro. No podría compartirlo con nadie más.

—Pues escribí algunas canciones que me gustaría lanzar cuando sea un músico famoso... sobre nosotros.

Las palabras iluminaron a Daniel con alegría y dolor al mismo tiempo. La idea de que Christian cantara sobre ellos era hermosa y desgarradora a la vez.

—¿En serio? —susurró con un toque de asombro, intentando imaginar cómo sonaría esas canciones.

—Sí... aunque creo que será mejor que busques mi nombre artístico en privado cuando publique en el futuro. Hay algunas que escandalizarían a más de uno por acá —dijo con un dejo juguetón.

Daniel sonrió, divertido a pesar de la tristeza.

—Me aseguraré de escucharlas.

Christian rió entre dientes y, aún sosteniendo su mano, levantó el brazo hacia la calle. Fue entonces cuando las luces amarillas iluminaron el camino: el bus se acercaba.

—Supongo que ya llegó el momento... —murmuró Daniel, incapaz de ocultar la tristeza.

—Lo sé... —respondió Christian con un gesto tenso. Se acercó y lo abrazó con fuerza, apoyando la cabeza en el hueco de su cuello—. Te amo, ¿de acuerdo?

El abrazo y esas palabras fueron un bálsamo y una daga al mismo tiempo. Daniel lo sostuvo con fuerza, como si pudiera retenerlo allí con pura voluntad.

## *El último beso*

—Yo también te amo, siempre —murmuró contra su cabello, con la voz ronca por contener las lágrimas.

Christian se aferró a él durante unos segundos tortuosos, pero sabía que el bus estaba a punto de detenerse. A regañadientes, se apartó del abrazo. Lo miró directamente, bajó la vista a sus labios y volvió a encontrarse con su mirada atenta.

—¿Puedo... puedo besarte? ¿Solo una última vez? —susurró, casi suplicando.

—Me ofendería si no lo hicieras.

Una sonrisa dolida se dibujó en los labios de Christian ante la respuesta. Levantó la mano, acarició la mejilla de Daniel y acortó la distancia hasta capturar sus labios en un beso.

Fue un beso lento y tierno, desesperado, lleno de anhelo y despedida. Grabaron en su memoria el sabor de sus labios, la calidez de sus cuerpos, la sensación de su piel, sabiendo que era la última vez. El dolor agridulce los inundaba, casi insoportable.

Finalmente rompieron el beso, apoyando la frente uno contra la del otro. Daniel respiraba entrecortado, su voz áspera en un susurro:

—Tienes que irte ya...

El bus se detuvo frente a ellos y las puertas se abrieron de par en par. El tiempo robado para ese último momento se agotaba.

Daniel soltó la mejilla de Christian, sus dedos recorrieron su brazo hasta entrelazarse con los suyos, aferrándose con fuerza, como si

pudiera frenar lo inevitable.

—Lo sé... —dijo él con resignación, dejando escapar un suspiro profundo. Dudó un instante, como si cada segundo alargara la despedida, se apartó un momento y finalmente sacó una carta de su bolsillo, extendiéndosela al chico de ojos miel, quien la sujetó con delicadeza.

Esa sería la última vez que sus manos se encontrarían.

—Ábrela cuando llegues a casa.

Christian subió al bus. El amanecer comenzó a asomarse en el horizonte.

Las puertas se cerraron tras él. Se acomodó junto a la ventana del fondo y, tras pagarle al conductor con unas monedas, el motor arrancó. El bus comenzó a vibrar suavemente con el movimiento de las ruedas.

Lo último que vio fue la figura de Daniel, haciéndose cada vez más pequeña a la distancia, al igual que las siluetas de las curvas y rectas de la arquitectura que conformaban su pequeño pueblo.

Christian Blake finalmente lo había logrado.

Por fin había llegado ese momento con el que tanto había fantaseado:

Estaba probando el primer bocado de ese delicioso manjar llamado libertad, esa por la que había estado tan hambriento durante tanto tiempo.

## *La carta de despedida*

Sostuvo la carta entre sus manos, observando cómo el chico que amaba subía al autobús. Verlo desaparecer tras las ventanillas empañadas le atravesó el pecho como una punzada lenta, familiar, inevitable.

Se quedó quieto, apretando entre sus dedos el trozo de papel, con la mente convertida en un caos de emociones y palabras nunca dichas.

El camino de regreso a casa se le hizo interminable. Cada paso retumbaba en la calle vacía como el eco de una despedida. El canto lejano de las aves no lograba disimular el silencio que lo envolvía. No había prisa: solo un caminar pesado, arrastrado por una nostalgia que recién empezaba a hacerse sentir.

Cuando por fin cruzó la puerta de su habitación, cerró tras de sí como quien sella una herida y se dejó caer sobre la cama. Respiró hondo antes de abrir la carta.

Dentro había dos hojas: un folio con párrafos escritos en tinta azul, de letra sorprendentemente clara para alguien como Christian, y otra más pequeña, arrancada de un cuaderno cuadriculado, con tachaduras en la esquina y un poema sin título garabateado a toda prisa.

Dani tomó primero el folio. Sus ojos recorrieron las líneas, y con cada frase, la voz de Christian se le metía en la cabeza, como si lo escuchara sentado a su lado.

*Probablemente estés leyendo esto después de que me fui. Siempre pensé que escribir cartas era una cursilería absurda (y lo sigo creyendo), pero considerando que nuestro futuro es incierto, y aunque no me guste*

*aceptarlo, tal vez no volvamos a vernos... me ganó el sentimentalismo del que tanto me he burlado.*

*Antes de conocerte estaba lleno de rabia contra el mundo; sentía que nadie me entendía y que estaba solo (una de las razones por las que me fui, como sabes). Pero desde que llegaste a mi vida, Dani —aunque nuestro primer encuentro no fue precisamente amistoso— hiciste en mí algo que nadie había logrado antes.*

*Me sentí comprendido. Escuchado. Amado.*

*Contigo pude ser yo mismo, y lo mejor era que parecía gustarte así, sin máscaras. Eso me dejó sin aire. Creo que por eso me enamoré de ti: por tu enorme corazón, tu inteligencia y, sí, también por tu atractivo físico (que no es poca cosa). Fue el combo perfecto para dejarme rendido a tus pies... pero no dejes que se te suba a la cabeza, cabrón.*

*Sé que tienes defectos, pero incluso eso me gusta, porque forman parte de lo que eres: mi Dani.*

*No me arrepiento de nada. Disfruté cada instante contigo y guardo recuerdos que siempre me acompañarán. Habría querido que nuestra relación fuera libre, sin esconderse, como cualquier otra pareja... pero el mundo todavía tiene un largo camino que recorrer para entender a personas como nosotros.*

*Maldita sea, te amo. Te adoro. Eres la razón por la que duele tanto irme. Eres también la razón por la que descubrí que no estaba tan podrido por dentro como creía. Supongo que esa es la condena de estar enamorado.*

*Espero que sigas con tu vida y persigas lo que te haga feliz, aunque yo no esté a tu lado. No quiero que te estanques por mi culpa; lo último que deseo es que sufras más de lo necesario por un imbécil como yo. Has cambiado mi manera de ver la vida, de relacionarme con los demás y conmigo mismo. Has sido mi mejor amigo y un amante increíble.*

*Sí, me haces sentir. Estimulas mi mente como si arañaras mis pensamientos en nuestras conversaciones más íntimas, en cada debate, en cada silencio compartido. Y lo físico... ni hablar.*

*Me encanta cómo al principio eres tan cuidadoso, temiendo lastimarme, y cómo después te entregas sin contenerte, hasta terminar fun-*

*didos en un abrazo que me hace olvidar mis demonios por un instante. El calor de tu cuerpo, tu respiración en mi oído, mis uñas marcando tu espalda, el éxtasis... y después, la calma. Dormir contigo abrazado a mí es lo más parecido al cielo, aunque yo no crea en él.*

*Si es un pecado, entonces que arda el infierno: pagaría ese precio por estar contigo.*

*Cualquiera tendría muchísima suerte de tenerte. Yo ya la tuve.*

*Te deseo lo mejor en la vida, siempre.*

*Con amor, Christian*

Cuando terminó de leer, soltó un suspiro tembloroso. Su mente era un torbellino de escenas: risas compartidas en secreto, roces fugaces en pasillos vacíos, la calidez de un abrazo que parecía detener al mundo. Se le aguaron los ojos, pero no lloró. Guardó la carta a un lado con cuidado, como si el papel pudiera romperse bajo el peso de su respiración.

Entonces miró la segunda hoja. El corazón le golpeaba con fuerza al desplegarla. Allí estaba el poema: sencillo, torpe, pero vivo.

*Amos las estrellas—  
cómo nos observan desde arriba,  
testigos silenciosos  
de cada beso,  
cada caricia sin aliento,  
cada momento en que nos rompemos  
solo para volver a unirnos.  
No se estremecen cuando discutimos,  
no se sonrojan cuando nuestras manos se buscan,  
no susurran cuando nuestros cuerpos hablan.  
Solo brillan,  
calmas e infinitas.  
Ojalá fuéramos estrellas—  
desnudos en el cielo,  
ardiendo,  
lo suficientemente cerca para sentir,  
lo suficientemente lejos para soñar.*

*Que nos vean,  
no como un escándalo,  
sino como el inicio de algo divino—  
una constelación hecha de anhelos.*

Dani recorrió cada línea con la yema de los dedos, como si pudiera tocar el recuerdo de Christian escondido entre las letras. El dolor era dulce, punzante, como una herida que no quería sanar del todo.

El poema hablaba de libertad, de ser vistos como algo hermoso y no como un escándalo, y en esas palabras reconoció el anhelo compartido, el sueño de los dos.

Sonrió apenas, una sonrisa rota, y se recostó en la cama con la hoja sobre el pecho. Quiso memorizar cada verso, grabarlo en su memoria para que lo acompañara siempre.

Sabía que cada uno seguiría su propio camino. Y sí, eso dolía. Pero también comprendió que estaba bien. Porque si algo le había enseñado Christian era que el amor no se mide en la permanencia, sino en la huella que deja.

Daniel cerró los ojos, abrazando las dos hojas contra su corazón, y en el silencio de la habitación imaginó que las estrellas, cómplices y lejanas, brillaban también para ellos.

## *Primer encuentro*

Zhang Wei era la principal sospechosa en el robo a mano armada que la oficial Christina estaba investigando.

Ambas estaban solas en la sala de interrogatorios de la comisaría. Una mesa de metal las separaba, iluminada por una bombilla parpadeante que lanzaba sombras sobre las paredes. Las manos de la criminal estaban esposadas a la mesa.

—Llegaste unos minutos antes de lo esperado. ¿Ansiosa por verme, oficial? —Wei le guiñó el ojo.

—Te pediré que te comportes y te tomes este asunto con la seriedad que requiere —le espetó la rubia.

La oficial observó detenidamente a la mujer de rasgos asiáticos, notando cómo su cabello le caía como una cascada de tinta negra y cómo en su rostro se le formaba una expresión de seguridad que le irritaba. Christina, en cambio, vestía su pulcro uniforme policial. Llevaba una coleta simple; sus rasgos eran finos, los ojos agudos, fríos, con los cuales inspeccionaba cada pequeño detalle de su entorno de manera constante.

Christina se cruzó de brazos y, antes de sentarse ante la otra mujer en la mesa, dijo con firmeza:

—Podemos quedarnos aquí todo el día, pero tengo cosas que hacer, así que vayamos al grano.

Wei soltó una risita divertida. Se recostó, mirándola de arriba a abajo, apreciando su figura bañada en luz fría y cómo la tela de su uniforme se ceñía a sus curvas.

—¿Todo el día, eh? Suena divertido. —Se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en la mano—. Anda, anda, pregunta, cariño —dijo con un tono cargado de una burla dulce.

—No me llames así. Faltarle el respeto a una oficial de policía es un delito, y lo sabes. —La rubia la regañó con severidad al sentarse; apoyó los codos en la mesa y entrelazó sus dedos, con los ojos entre-cerrados.

La sonrisa de Wei se amplió ante la desaprobación. Se encogió de hombros con naturalidad, sin ocultar su tono desafiante y juguetón.

—Uy, ¿la oficial está sensible?

—No es sensibilidad. Se trata de respeto. —Hizo una breve pausa antes de agregar—: No estás haciendo más que cavar hacia un pozo sin fondo mientras intentas aparentar que lo tienes todo bajo control, Wei —replicó la oficial sin apartar la vista, su tono inquebrantable, brutalista.

La sonrisa de Wei se atenuó ligeramente ante sus palabras, pero se recompuso al instante, ocultando cualquier atisbo de preocupación. Su fachada confiada regresó, y se recostó en su asiento con una sonrisa burlona.

—Estoy temblando de miedo —dijo sarcástica, poniendo los ojos en blanco. Miró a sus esposas antes de volver a encontrarse con la mirada de Christina—. No me asustas, cariño.

—No me pagan suficiente por esto —dijo Christina en un susurro tenso antes de aclararse la garganta y volver a un tono formal—. Entonces, señorita Wei, ¿puede decirme sus motivos para cometer el robo a mano armada?

Wei sabía que debía medir sus palabras, pero no pudo resistirse a provocarla un poco más.

—Oh, ya sabes, lo de siempre. Quería algo de emoción. La adrenalina de atracar una tienda realmente acelera el corazón. —Su tono era casual, casi como si hablara de un pasatiempo inofensivo, pero algo en sus ojos sugería que no estaba diciendo toda la verdad.

—Interesante —dijo la oficial con desdén y un toque de burla, tomando nota en su cuaderno antes de la siguiente pregunta—. Agrediste a un agente disparándole en la pierna durante la persecución. ¿Sabes que podrías ser acusada por intento de asesinato y no solo por agresión contra las fuerzas de la ley?

La sonrisa de Wei vaciló una vez más; su fachada engreída se estaba resbalando. La mención del agente herido pareció afectarla. Intentó restarle importancia, fingiendo indiferencia.

—Sí, sí, estoy al tanto de los cargos que enfrento —respondió, su voz ahora menos juguetona y reemplazada por un tono más seco. Su mirada se dirigió hacia el vidrio unidireccional, donde sabía que otros oficiales observaban.

—Un arma puede matar a alguien. Pareces tener suficientes conocimientos de armería para saber eso —dijo Christina con tono frío antes de preguntar—: ¿Estarías dispuesta a apuntar a la cabeza si hubiera sido necesario?

La actitud de Wei cambió; sus hombros se tensaron imperceptiblemente. Sabía el peso de la pregunta. Jugó con las esposas, moviéndose en el asiento; su actitud soberbia se desvanecía. Su expresión se volvió más seria al encontrarse con la mirada de la oficial.

—Yo... —Se detuvo, su confianza flaqueando. Por primera vez, Christina pudo ver la vulnerabilidad bajo su exterior duro. Finalmente habló, su voz más baja que antes—: No responderé a eso.

—¿De dónde sacaste el arma? —preguntó la oficial directamente después de apuntar en su cuaderno con una expresión indescifrable.

Wei evitó el contacto visual por un momento, sopesando si decir la verdad. Suspiró profundamente, dándose cuenta de que no tenía opción.

—Tengo contactos en el mercado negro. Ellos me la suministraron. —Sus palabras fueron secas, traicionando un atisbo de resignación.

—¿Nombres? —preguntó Christina.

Wei vaciló, dividida entre proteger sus conexiones y salvar su propia piel. Finalmente cedió, sabiendo que ocultar información solo empeoraría las cosas.

—Está bien. Daré nombres. Pero tengo una condición.

—No estás en posición de poner condiciones. Lo máximo que conseguirás por colaborar será una pequeña reducción de tu tiempo de condena —explicó la oficial, jugando distraídamente con su bolígrafo de gel con su mano derecha sin cortar el contacto visual.

La criminal resopló, irritada, pero enseguida se obligó a recobrar la calma. Cerró los ojos un instante, como si reuniera fuerzas.

—Está bien... daré los nombres —murmuró al fin, con una resignación que apenas disimulaba el temblor en su voz.

Wei comenzó a enumerar los nombres uno tras otro, cada uno acompañado de una descripción precisa, casi mecánica. No había rastro de emoción en su tono, pero en la rigidez de sus gestos se adivinaba algo más: el peso de la traición, la sombra del miedo o quizás una extraña sensación de alivio.

La oficial de policía anotó cada palabra con calma metidulosa, sin apartar del todo la vista de Wei. El silencio entre ambas se volvió espeso, cargado de una atención que rozaba la incomodidad. Por fin, la oficial alzó la mirada y preguntó con voz serena, casi cortante:

—Bien. Veo que tienes contactos... pero dime, ¿tienes cómplices en tus acciones ilegales? ¿O eres solo tú?

El ceño de Wei se frunció. Jugó de nuevo con las esposas, el metal rechinando contra la mesa. Vaciló, mirando de reojo antes de volver a Christina.

—No tengo cómplices. Opero sola. —Había un matiz de defensa en su voz, como si la desafiara a cuestionar su respuesta. Se recostó en su asiento, adoptando una pose desafiante—. Sí, lo hago todo. Soy un espectáculo de una sola mujer. —Había un dejo de orgullo, casi alardeando de su independencia. Levantó un poco la barbilla.

—Vaya... es casi impresionante. Hasta siento un poco de pena de que desperdices la vida comiendo las migajas de la sociedad como una rata.

El orgullo inicial de Wei por el casi elogio fue reemplazado por un bufido. Se sintió irritada por el tono condescendiente de la oficial.

—Ahórrate la lástima. No soy una rata que recoge sobras. —Se inclinó hacia delante, sus ojos fijos en los de Christina en una mirada desafiante—. Tomo lo que quiero, cuando quiero. Y me encanta hacerlo.

—Me imagino que sí —dijo la oficial antes de releer brevemente sus propias notas y comentar—: pero ¿por qué?

La expresión de Wei se oscureció un tanto, su mirada desafiante se volvió más reservada. La pregunta pareció tocar una herida. Se encogió de hombros con despreocupación, tratando de restarle importancia.

—¿Por qué no? —Su tono fue frívolo, pero había un matiz defensivo debajo. Era como si intentara ocultar un motivo más profundo.

—Pensé que estar encadenada te daría una pista de por qué no —dijo la oficial con una sonrisa burlona—. La adrenalina puede venir de muchos sitios: montañas rusas, deportes extremos. Lo tuyo es otra cosa... ¿Tu familia tenía antecedentes penales, o simplemente fuiste la manzana podrida?

Wei apretó los puños inconscientemente. Odiaba sentirse vulnerable, especialmente ante una autoridad. La pregunta de Christina, sin embargo, parecía darle en el blanco. Apretó la mandíbula, mirándola con una mezcla de rabia e incomodidad.

—¿Quieres la historia lacrimógena, no? —respondió con amargura—. ¿Que te cuente sobre una infancia trágica, padres abusivos o cualquier otra mierda de ese estilo?

—Solo necesito respuestas. Es mi trabajo. Lo que pasó contigo personalmente no me quita el sueño. Eres solo otro criminal, una de los muchos con las que trato cada día. No eres especial.

La expresión de Wei se oscureció aún más con esas palabras. No le gustaba que la redujeran a un número en su lista de arrestos. Las cadenas de las esposas resonaron contra sus muñecas. Se inclinó hacia delante, sus ojos fijos en los de Christina con intensidad.

—Apuesto a que soy mucho más especial que los delincuentes promedio con los que tú tratas.

—He lidiado con personas muy enfermas. No estás tan podrida como crees.

—¿Es acaso eso un halago lo que escucho?

—Ni de cerca —dijo la oficial, acomodando los papeles antes de ponerse de pie—. Vamos, ya terminé contigo. —Ella agarró a la peli-negra por el brazo con brusquedad, forzándola a levantarse también.

Wei gruñó en protesta cuando la agarró de repente. Sabía que resistirse solo empeoraría las cosas. Se puso de pie, siguiendo a regañadientes el liderazgo de la oficial.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó, con un tono de irritación.

—Ya verás.

Esta escena marca un punto de inflexión muy potente para Zhang Wei. Has logrado transmitir muy bien cómo el aislamiento y la oscuridad logran quebrar su fachada mucho más que el interrogatorio físico.

Aquí tienes la corrección técnica, manteniendo cada palabra y el ritmo de tu narración, ajustando únicamente la puntuación de los diálogos y la ortografía.

## *Encerrada*

Wei tropezó cuando Christina la empujó al interior de la celda. El golpe seco de la puerta de metal al cerrarse, un resonante ¡CLANG!, selló su confinamiento. Se enderezó con brusquedad, observando el estrecho espacio: el cemento gastado, la litera espartana. Estaba acostumbrada al movimiento, a la velocidad; estar enjaulada era más que un castigo físico.

Volvió la mirada hacia la oficial, con una expresión que combinaba desafío y una irritación apenas disimulada. Se apoyó contra los barrotes, su pose diseñada para proyectar indiferencia.

—¿Y ahora qué, oficial? ¿El gran final? —preguntó, elevando una ceja.

Christina se ajustó el sombrero, su rostro ensombrecido por el ala mientras la miraba a través del enrejado.

—Ahora, tendrás que esperar el juicio de mañana; una pena para ti.

Wei resopló, poniendo los ojos en blanco. La justicia era un teatro, y ella sabía que las probabilidades estaban apiladas en su contra. A pesar de eso, se cruzó de brazos, y su sonrisa arrogante regresó, forzada pero impecable.

—No te preocupes por mí, cariño. —Su voz era un ronroneo cargado de desafío—. Soy como un gato. Siempre caigo de pie... y si no caigo, doy una patada y me levanto.

—En prisión de mujeres, con esa actitud, no caerás; te devorarán —se burló Christina, sus ojos fríos examinando la falsa seguridad de Wei.

La sonrisa de Wei se congeló; un microsegundo de pánico real cruzó su mirada. La visión de la prisión, un lugar sin ley donde su arrogancia sería un objetivo, era la primera verdad incómoda que lo graba penetrar su armadura. Intentó recuperarse con un resoplido, pero su voz ya no tenía el mismo filo.

—Puedo defenderme —dijo con terquedad, pero la convicción había sido reemplazada por un sonido hueco.

—Seguro. —La rubia esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos y se dio media vuelta. Caminó tranquilamente pasillo abajo, las llaves de acero tintineando rítmicamente. Silbaba una melodía monótona, un sonido despreocupado que acentuaba la soledad de Wei.

Al llegar al final, Christina detuvo su silbido. En lugar de encender más luces, accionó un interruptor. La débil bombilla que iluminaba la sección parpadeó, tembló y, finalmente, se apagó por completo.

La oscuridad se cerró sobre Zhang Wei como una manta pesada y húmeda. Era una negrura absoluta, viscosa, que absorbía el sonido y la luz. Wei parpadeó frenéticamente, sus ojos inútiles en la tiniebla. El eco del portazo final, que confirmaba la partida de Christina, resonó en su cráneo.

Estaba sola.

Por primera vez desde su captura, la fanfarronería se desvaneció. La realidad la golpeó, no como un puñetazo, sino como un escalofrío lento y paralizante. Estaba vulnerable, desarmada y completamente a merced del sistema. Se dejó caer, apoyándose contra la pared fría de hormigón. La oscuridad amplificaba cada sonido silencioso: su respiración superficial, el latido acelerado de su propio corazón, la sensación incierta y roedora de un futuro robado.

Las horas se convirtieron en una tortura lenta. Wei era incapaz de conciliar el sueño, cada pensamiento una duda afilada. Intentó evo- car su rabia habitual, pero esta se disolvía en la impotencia. El suelo de cemento duro y las barras de metal frías la hacían sentir pequeña, atrapada, no como un gato, sino como un insecto clavado en una caja. Había enfrentado el peligro mil veces, pero el confinamiento la aplasta- taba de una forma que la adrenalina nunca había podido mitigar.

Y de pronto un pensamiento pasó por su mente como una estrella fugaz, dejando una estela a su paso. No iba a caer ahora, no sin luchar.

Esta escena es fantástica. El contraste entre la Oficial Christina con su “pijama de fresas” y la peligrosidad de Wei crea una tensión sexual y narrativa increíble. Has manejado muy bien el cambio de poder: de la vulnerabilidad inicial de Christina a la recuperación del control mediante su entrenamiento táctico.

Aquí tienes la corrección técnica, manteniendo cada palabra y la estructura de tus párrafos, ajustando la puntuación de diálogos y la ortografía.

## *La llegada a casa*

Había sido un día largo para la Oficial Christina: papeleo, café, papeleo, convivir con sus compañeros de trabajo, más papeleo. Cuando por fin terminó, condujo hasta su modesto apartamento. Alimentó a su gata, tomó un baño caliente para disipar el hedor de la comisaría, calentó un trozo de lasaña y se acostó.

Estaba casi en el límite de la conciencia cuando la puerta de su dormitorio se abrió con un crujido apenas perceptible.

Se sentó de golpe en la cama, el corazón latiendo contra las costillas, y extendió la mano para encender la luz. Su mente, aún nublada por el sueño, buscó la explicación lógica: ¿La gata se metió al cuarto?, pero había cerrado bien la puerta, ¿no?

Al encenderse la lámpara de noche, la expresión de Christina se deformó por completo.

La figura de la criminal estaba silueteada por la tenue luz de luna que se filtraba por la ventana. Estaba silenciosa como una sombra, justo en el umbral, con las manos casualmente hundidas en los bolsillos de una chaqueta oscura. Su expresión era inexpresiva, pero sus ojos la devoraban. La observó por un momento, asimilando el pijama de estampado de fresas, el cabello revuelto y la confusión en el rostro de la oficial.

—Sorpresa —dijo Wei en voz baja, una leve, casi cruel sonrisa jugando en sus labios.

Christina se despertó al instante, la incredulidad y la adrenalina compitiendo por el control. Su cabello, despeinado y suelto de la co-

leta, caía revelando las pecas y las ojeras que el rigor de su uniforme policial solía ocultar. La vista de Wei, libre y en su hogar, era un golpe visceral. Trató de recuperar la compostura. Su voz era tan áspera y controlada como siempre, mientras la miraba fijamente.

—¿Cómo demonios te escapaste?

Wei se rió suavemente, encontrando clara diversión en el aspecto desaliñado de Christina. Dio unos pasos más dentro de la habitación, sus ojos recorriendo cada detalle. Su sonrisa se ensanchó al notar el ligero, pero innegable, temblor en la voz de Christina.

—Digamos que soy ingeniosa —respondió, su tono burlón—. Y muy motivada.

La oficial sintió la urgencia de recuperar el control de su espacio.

—No te acerques más. No tienes ninguna razón para estar aquí —dijo con seriedad, a pesar de la angustia que le provocaba tener a una criminal en su propia casa—. No es sensato escapar solo para meterte en problemas. Sería mejor que mantuviéras un perfil bajo.

La sonrisa de Wei solo se hizo más amplia ante el intento patético de Christina de imponer autoridad. Sabía que tenía la sartén por el mango. Avanzó sin dudar, ignorando la orden. Su andar era casi felino, una depredadora acechando a su presa. Se detuvo frente a la cama, su voz rebosando burla.

—Oh, pero ¿dónde está la diversión en mantener un perfil bajo, cariño?

—No es una cuestión de diversión, es prudencia. —Christina se recostó contra el cabecero de la gran cama, intentando infundir la mayor majestad posible a su pose en pijama—. ¿Qué tienes ahora contra mí? ¿Unas pocas palabras te enfadaron tanto?

La mirada de Wei cambió, sus ojos recorrieron el entorno íntimo —un retrato de Christina con su uniforme, los libros, la mesita de noche— antes de regresar a la oficial. La observó sentada allí, apoyada en el cabecero, una figura tan vulnerable fuera de su armadura policial. Se acercó más, cerrando la distancia con pasos medidos. Se posó en el borde de la cama, su peso hundiendo ligeramente el colchón.

—Es más que solo palabras, cariño —respondió finalmente, su voz baja y casi seductora—. Te metiste bajo mi piel. Supiste qué botones pulsar...

Christina se mantuvo en silencio, mirándola directamente, tensa mientras veía cada acercamiento. Se alejó discretamente, intentando ganar unos centímetros vitales.

—Veo que te causé una gran impresión, maravilloso —comentó con un sarcasmo seco y lleno de irritación.

Wei notó el sutil intento de distanciarse, y eso solo le pareció más divertido. Su sonrisa se amplió mientras se inclinaba más cerca, invadiendo el espacio personal de Christina.

—Una gran impresión —repitió. Extendió la mano, sus dedos apenas rozando la tela del pijama de la oficial, trazando una línea invisible desde su hombro hasta su cuello. Sus ojos, en cambio, estaban tan afilados como siempre—. Has estado en mi mente, cariño...

—¿Viniste aquí solo para robar, en venganza porque no te traté como a una princesita en la comisaría, rata? —dijo Christina con desdén, echándose hacia atrás y mirándola directamente a la defensiva.

Wei se rió entre dientes ante el tono despectivo de Christina, el intento de insulto inútil. Se movió con ágil facilidad, cerrando la distancia que la oficial acababa de intentar poner entre ellas.

—Venganza? —Su dedo índice tocó ligeramente la barbillas de la policía, obligándola a inclinar la cabeza hacia arriba para mirarla. Sus ojos estaban fijos en los de Christina, llenos de un deseo oscuro, casi primario—. Tal vez eso es parte de ello —admitió, su pulgar frotando el labio inferior de la oficial con deliberada lentitud.

En un relámpago de acción entrenada, la mano de Christina se cerró de golpe alrededor de la muñeca de la criminal. Extendió la mano, ejecutando una torsión precisa que hizo a Wei gemir suavemente. Con la fuerza de la adrenalina pura, Christina la tiró hacia el colchón y la inmovilizó.

—¡No te atrevas a moverte! —espetó Christina, jadeando fuertemente.

Wei jadeó por la sorpresa, su espalda golpeando el colchón. Por un momento, fue tomada por sorpresa. Su corazón latía fuertemente mientras luchaba por liberarse, dejando escapar un suave siseo de dolor y frustración.

—Maldita sea... —gruñó, su forcejeo disminuyendo a medida que se daba cuenta de que la oficial, a pesar del pijama de fresas, tenía la ventaja.

—¿Qué demonios viniste a hacer aquí, maldita criminal? —exigió Christina. Sostenía las muñecas de Wei debajo de ella contra el colchón, con la cadera presionando firmemente. Su respiración era agitada, sus ojos bien abiertos y su mandíbula tensa.

Wei gimió cuando Christina apretó el agarre, sus forcejeos se debilitaban. La cadera de la oficial presionaba firmemente sobre la suya, manteniéndola inmovilizada, la proximidad y la tensión haciendo que el aire fuera denso. Dejó escapar un suspiro frustrado.

—Bien, maldita sea —murmuró entre dientes, su voz temblando por la rendición y algo más—. Vine aquí para verte... y para probar que podías ser tan desordenada y vulnerable como yo.

## *Dominio de poder*

—Genial, le gusto a la rata —murmuró Christina para sí misma con una mezcla de irritación y sarcasmo, su mente luchando por procesar la intimidad forzada del momento. Luego, su voz profesional regresó, cortante como el acero—: Detente y ríndete.

La mandíbula de Wei se apretó. Ese desdén, ese sarcasmo casual, provocó una punzada de rabia. Soltó un gruñido frustrado, su cuerpo retorciéndose con renovado vigor.

—No estoy loca —gruñó, su voz delatando un toque de vulnerabilidad. Intentó liberarse del agarre de las muñecas, apretando los dientes—. Quítate de encima —siseó, su cuerpo arqueándose contra el de Christina involuntariamente.

—¡Deja de moverte! ¡Te voy a arrestar! —le gritó Christina. Ambas eran fuertes y ágiles, y la oficial se debatía entre la necesidad de control y la renuencia a recurrir a la violencia total estando desarmada y a medio vestir.

Wei se retorció en resistencia. La idea de ser esposada otra vez la hacía sentir como un animal atrapado. Sin embargo, sus movimientos hicieron que su cuerpo se frotara con el de la policía, enviando una sacudida de calor que ignoró con dificultad. Su respiración se volvió trabajosa e irregular.

—Suéltame, maldita sea —siseó.

—¡Ahg! —Christina jadeó al sentir que Wei, usando la fuerza de sus piernas, lograba impulsarla fuera de la cama, haciéndola caer con

un golpe seco entre el suelo y la pared.

La oficial gimió de frustración. Rápidamente trató de recomponerse y levantarse en la habitación apenas iluminada. Wei esbozó una leve sonrisa mientras la oficial caía. Se tomó un momento para orientarse. Tenía una ligera ventaja, pero el elemento sorpresa se había perdido. Se levantó, su cuerpo todavía lleno de la energía acumulada, su voz un arrastre bajo, casi burlón.

—¿Estás lista para perder, cariño?

La rubia endureció su mirada y se abalanzó sobre ella. Christina agarró su muñeca y le propinó un puñetazo seco en la cara, sus dientes apretados por la furia. La sonrisa de Wei se desvaneció rápidamente cuando el puño conectó. Gruñó de dolor, una punzada aguda en su mandíbula. La conmoción la tomó por sorpresa y su fachada arrogante vaciló. Dio un paso hacia atrás, respirando con dificultad.

—Pequeña... —gruñó, su tono lleno de irritación y algo más.

Christina la vio acercarse e intentar golpearla. Apenas esquivó el primer golpe, pero recibió un segundo puñetazo que le sacó el aire del estómago. Tosió y, con un reflejo desesperado, agarró a la mujer por el cuello, propinándole un puñetazo en la misma zona. La lucha se convirtió en un forcejeo violento que desordenó la cama, la cual crujía y se movía bajo ellas en un frenesí por el dominio. Los puñetazos y patadas eran un torbellino. La respiración de Wei era un jadeo fuerte; sus ojos, llenos de ira y algo más oscuro, se fijaron en los de la oficial mientras intentaba dominarla.

Christina gruñó al recibir otro impacto en el estómago, y sintió cómo era inmovilizada por debajo. La rabia pura la invadió.

—¡Quítate de encima! —gritó.

El cuerpo de Wei presionó contra el de Christina; los esfuerzos de la oficial por quitársela resultaron inútiles mientras la cabalgaba con un agarre firme.

—Eso no va a suceder, cariño. No vas a ir a ninguna parte hasta que yo lo diga —dijo Wei con voz baja y autoritaria.

—Vas a lamentar esto —siseó la oficial de policía, con la respiración pesada y agitada debajo de ella.

Wei soltó un bufido, una sonrisa juguetona en sus labios. Disfrutaba de la vista de Christina debajo de ella. Se inclinó más cerca.

—Oh, no creo que lo haga. De hecho, creo que estoy disfrutando bastante de esto... —Cambió ligeramente su peso, presionando su cuerpo aún más firmemente contra el de la oficial.

La sonrisa de Wei se ensanchó al sentir el cuerpo de Christina responder a la fricción, su propio cuerpo reaccionando al contacto íntimo. Se presionó aún más cerca, el calor de su piel quemando a través del pijama. Se inclinó, su aliento caliente y pesado en la oreja de Christina.

—Mírate, cariño. Tan tensa y sin aliento bajo mí. Tan vulnerable...

—¡Para, maldita sea! ¡Suéltame!

La sonrisa de Wei solo se ensanchó. La visión de la oficial retorciéndose solo alimentó su creciente deseo. Su mano continuó un camino a través del cuerpo de Christina, eventualmente encontrando su camino hacia su cadera. Le dio un apretón firme, casi posesivo.

—No —respondió simplemente, su voz rebosante de tercera determinación—. No te voy a dejar ir a ninguna parte. Eres mía ahora mismo, maldita sea.

Wei se movió una vez más, presionando su cuerpo con una fuerza innegable. Su mano en la cadera de la oficial se tensó, inmovilizándola, mientras comenzaba a recorrer con sus labios su cuello.

—Puedes luchar todo lo que quieras, cariño —susurró contra el oído de Christina, su voz casi un gruñido—. Pero te tengo exactamente donde quiero.

—Retrocede. Es asqueroso —intentó forcejear con la oficial, tirando para moverse bajo su firme agarre, intentando ignorar el calor y el peso encima de ella.

Wei se rió entre dientes, divertida por la mezcla de negación y deseo.

—¿Asqueroso, eh? —ronroneó, sus dientes mordisqueando juguetones el lóbulo de la oreja de Christina—. Qué gracioso, porque puedo sentir cómo tu cuerpo te traiciona, querida. Puedes intentar negarlo todo lo que quieras, pero tu cuerpo me está contando una historia diferente.

—¡Eso no tiene ningún sentido! —le gritó la mujer antes de ser abruptamente silenciada por los labios de la criminal contra su boca.

Christina jadeó horrorizada, intentando romper el feroz beso, sintiendo cómo la lengua de Wei exploraba su boca con intensidad. Wei sonrió contra los labios de Christina, saboreando el jadeo de sorpresa. Se inclinó aún más cerca, su cuerpo presionando increíblemente cerca, atrapándola debajo. Su mano en la cadera de Christina se tensó mientras profundizaba el beso.

La policía intentó resistirse, pero la intensidad del beso la hizo olvidar la situación por un momento. Christina levantó su mano vacilante y le acarició la mejilla mientras cerraba los ojos y comenzaba a devolverle el beso a la ladrona.

Wei sintió una oleada de satisfacción al sentir la rendición de la oficial, su lengua deslizándose hambrienta sobre la suya. Su mano bajo la camisa de Christina se movió, rozando la piel desnuda de su abdomen. Christina se arqueó bajo su toque y gimió contra su boca. Su mano libre se hundió en su cabello lacio y negro y la otra mano en su cintura sin romper la húmeda conexión. El suave gemido de Christina contra su boca fue como música. Dejó escapar un gruñido bajo, casi primitivo, mientras la oficial presionaba su cuerpo aún más cerca. Su lengua continuó su apasionada exploración, reclamando su boca con un fervor innegable. Su mano bajo la camisa continuó recorriendo su piel desnuda, su toque áspero y posesivo.

La oficial de policía presionó su brazo contra su boca hasta que de repente jadeó al sentir que la mano de la criminal se deslizaba por debajo del elástico de sus pantalones de pijama. Sintió sus dedos penetrarla repentinamente, húmeda y goteante, dentro de ella. Rompió el beso e intentó quitársela de encima, su voz áspera y abrumada.

—¡No! ¡Para! ¡Quítate de encima!

El aliento de Wei se cortó ante las palabras de Christina; la mezcla de deseo y frustración en su voz solo alimentaba sus propios deseos. Se rió entre dientes contra la curva del cuello de la oficial, sus labios rozando su piel de manera burlona. Sus dedos, ya enterrados profundamente dentro de Christina, comenzaron a moverse lenta y tentadoramente. Le dio otro beso en el cuello, su voz un susurro bajo y burlón.

—¿Por qué debería?

—Para —dijo la oficial, agarrando su muñeca y obligándola a detenerse. Se sintió frustrada y avergonzada, sintiendo cómo sus entrañas se contraían alrededor de los dedos de Wei, apretandolos. Nunca se había sentido tan degradada e excitada a la vez. Se retorció debajo de ella—. ¡Vas a pagar por esto!

Wei presionó su cuerpo con más fuerza, inmovilizando a Christina aún más contra el colchón con su peso. Su mano libre agarró la muñeca de la oficial, sosteniéndola sobre su cabeza con un agarre de hierro. Una sonrisa sádica, casi cruel, se curvó en sus labios mientras la veía luchar.

—Oh, cariño... no estás en posición de hacer amenazas ahora mismo.

## *La rendición de la oficial*

—¡Ah! ¡Ah... ah! Mmm... no... por favor, no. ¡No! ¡Aah! —suplicó la policía, retorciéndose. El placer la abrumaba mientras Wei atizaba sus terminaciones nerviosas. Odiaba sentirse tan vulnerable, y le repugnaba que una parte de ella disfrutara. Después de unos segundos, arqueó la espalda, un saco de jadeos fuertes que culminó en un orgasmo, dejándola caliente y húmeda.

Wei sonrió, su expresión una mezcla de satisfacción y triunfo. Había reducido a la formidable policía a un desastre tembloroso. Sacó suavemente sus dedos, llevándolos a sus labios, y lamió su esencia con un gemido suave.

—Te ves bien así —ronroneó—, completamente a mi merced, indefensa, dulzura.

Christina respiraba pesadamente, mirándola fijamente. Pareció dudar antes de colocar de repente su mano en la nuca de Wei, atrayéndola a otro beso, más lento y suave. Cerró los ojos, dejando escapar un gemido.

Wei fue tomada por sorpresa, pero el shock se desvaneció en placer. Un gemido bajo escapó de su boca, su mano entrelazándose en el cabello de la oficial mientras se fundía en el beso. Presionó su cuerpo contra el de Christina con una intensidad nueva.

Christina sentía que hacía algo insensato. Nunca se había sentido tan hambrienta. Wei rompió el beso, sus labios trazando un camino caliente a lo largo de la mandíbula de Christina.

—Maldita sea, dulzura... me estás haciendo difícil recordar por qué te odiaba tanto...

—Soy policía —le recordó Christina sin aliento, agarrando las manos de la criminal en su cabello negro—, y te aseguro que seguirás odiándome después de esto, al igual que yo —dijo en un tono ronco.

Wei se rió entre dientes, su aliento caliente contra el cuello de Christina.

—Oh, no lo dudo ni por un segundo, querida —murmuró—. Todavía eres policía, y yo sigo siendo una criminal. —Dejó un rastro de besos suaves—. Pero eso no cambia el hecho de que te tengo debajo de mí ahora mismo, gimoteando y necesitada...

La oficial soltó una risa, casi burlona. Sus manos se movieron hacia la cintura de la criminal y le dio un suave apretón.

—Eres muy delgada para alguien con tanta fuerza.

—Soy esbelta, pero fuerte —respondió Wei con orgullo—. Te aseguro, querida, que puedo moverte con facilidad.

—Mmm... —La policía entrecerró los ojos. Desabrochó los botones inferiores de la camisa de Wei, mirándola.

Wei arqueó una ceja.

—¿Qué estás haciendo, dulzura? —preguntó sin aliento.

—Quiero verte —dijo simplemente Christina. Le quitó la camisa, observando su cuerpo delgado. La tomó por la cintura, ordenándole una serie de besos en el pecho.

El aliento de Wei se cortó. Se inclinó hacia el toque de Christina, dejando escapar un suave gemido.

—¿Te gusta? —preguntó la policía.

Wei dejó escapar un gemido bajo y gutural al ser guiada a su regazo.

—Maldita sea, sabes que sí —murmuró.

—Eres tan deliciosa —murmuró Christina. Quitó el sujetador, revelando el pecho de Wei, que devoró con besos y lamidas hambrientas.

—Maldita sea... —Las palabras de Wei fueron un susurro sin aliento, su cuerpo retorciéndose desesperadamente—. Tú... tú vas a ser mi muerte... —logró jadear.

La policía la hizo acostarse y se acomodó a su lado. Sus manos rodaron suavemente hasta su vientre.

—¿Nos tocamos? —murmuró Christina.

—Todavía no... —exhaló Wei, agarrando la cadera de Christina.

—Quiero sentirte de nuevo —admitió la policía, apoyando su frente en la suya—. Y también quiero sentirte dentro.

Wei se derritió.

—Vas a ser mi muerte —repitió—. No puedo decirte que no cuando hablas así...

—Vamos entonces —dijo Christina. Desabrochó el cinturón de la criminal y bajó bruscamente sus jeans. Se quitó su propia ropa, quedando en bragas. Su cuerpo era una silueta de pera con pecas y estrías. Abrazó a la criminal y devoró su boca con pasión.

—Eres tan hermosa —murmuró Wei.

—Tú también —murmuró la policía—. Quiero tanto la tuya.

Wei deslizó sus manos hasta la cintura de las bragas de Christina.

—No tienes idea de cuánto te quiero ahora mismo —susurró.

La mujer jadeó. Levantó sus caderas. El aliento de Wei se cortó. Tiró de las bragas de Christina lentamente hasta sus muslos. Hizo una pausa.

—Todavía no... —susurró—. Quiero saborear esto...

La policía dejó escapar un suspiro suave. Sus manos apretaron descaradamente las nalgas de Wei, clavando ligeramente sus uñas.

—Estás tan caliente, maldita rata.

—Cuidado con esas palabras, cariño —advirtió Wei—. No puedes llamarme rata mientras estoy encima de ti...

—Aunque me esté derritiendo, no he olvidado quién eres —dijo la mujer. Bajó las bragas de la criminal hasta las rodillas, notando su humedad—. Por favor, tócame también.

—Maldita seas... —Wei maldijo, sintiendo la súplica—. Tienes suerte de que soy débil por ti. —Su mano se deslizó por el cuerpo de Christina, buscando su centro.

Los dedos de Wei se deslizaron suavemente.

—Te sientes tan bien, querida... —murmuró, sus dedos moviéndose más rápido—. Dime cómo me quieres, dulzura.

—Te quiero sentir más —murmuró la policía. Jugaba con sus pliegues húmedos con cuidado.

Wei dejó escapar un gemido.

—No te atrevas a ser suave... —advirtió—... no tengas miedo de clavar esas uñas en mí.

—Pero... no quiero lastimarte —admitió la mujer.

Wei dejó escapar un siseo bajo y frustrado.

—Me vas a volver loca, maldita mujer terca. No me romperé. Clava. Ya no soporto esta maldita burla.

La policía suspiró, hablando con más seriedad.

—Acuéstate en la cama.

El cuerpo de Wei se tensó. Se acostó boca arriba.

—Ahí, ¿feliz? —preguntó.

La policía se puso de pie. Terminó de bajar las bragas de Wei. Abrió bruscamente sus piernas, apretando sus muslos antes de pre-guntar con firmeza:

—¿Te gusta así?

Wei dejó escapar un gemido gutural al ver la repentina muestra de control.

—No tienes idea... —respondió con una voz ronca—. Me encanta.

## *Sin control*

La mujer imitó su gesto. Se inclinó hacia ella, su boca acercándose a su centro. Dudó por un momento. Tragó saliva y su boca se unió a su intimidad, lamiéndola de arriba abajo, saboreando la dulzura de sus jugos y la textura de sus labios con sus propios labios y lengua.

El aliento de Wei se cortó cuando los labios de Christina se encontraron con su carne sensible, y un gemido gutural escapó de su boca. Tuvo que reprimir el impulso de tomar el control. Estaba decidida a dejar a Christina tomar el mando. Dejó escapar un jadeo bajo y sin aliento, el nombre de Christina cayendo de sus labios como una plegaria.

—Maldición... —Wei la estaba volviendo loca. Se sentía como si estuviera en llamas. Extendió la mano, sus dedos encontrando el brazo de Christina y agarrándolo suavemente, su cuerpo arqueándose hacia su toque—. Mierda... —jadeó, su voz un susurro bajo y necesitado

Sus palabras la animaron a llegar hasta el final. Christina gimió contra la entrada de su vagina antes de lamer, chupar y lamer más rápido y con más rudeza. Apretó su agarre en sus muslos mientras se movía contra ella.

La espalda de Wei se arqueó cuando Christina se volvió más intensa, su respiración volviéndose aún más trabajosa y errática. Las sensaciones eran abrumadoras. Dejó escapar un gemido bajo y ronco, su agarre apretándose en el brazo de Christina, su cuerpo arqueándose hacia arriba contra su boca.

—Jesús... sí, sí, justo así... —jadeó, su voz casi un quejido. Podía sentir su cuerpo temblar, podía sentir esa familiar espiral de placer tensándose en la parte baja de su abdomen—. Si sigues haciendo eso... —jadeó, sus palabras casi un susurro suplicante—, no voy a poder contenerme por mucho más tiempo

La cabeza de Wei cayó hacia atrás contra el colchón; sus nudillos se pusieron blancos mientras su agarre en el brazo de Christina se tensaba más. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso. Le costó todo lo que tenía aguantar.

—Maldita sea, dulzura... —jadeó, su voz tensa y desesperada. El placer se estaba acumulando hasta un nivel casi doloroso—. Necesito... te necesito... —logró jadear, sus ojos buscando los de la oficial, suplicando

La policía no se detuvo hasta que la escuchó soltar un gemido ahogado contra su almohada. Sintió sus piernas temblar y, cuando se separó de su sexo húmedo, lo vio palpituar y latir con el orgasmo. Soltó su agarre en sus piernas y la dejó descansar un poco, colocando unos suaves besos en la tierna carne de sus muslos.

El cuerpo de Wei temblaba sin cesar; sus extremidades se sentían como si fueran de gelatina. Era un completo desastre, su respiración trabajosa. Dejó caer su cabeza hacia atrás contra la almohada.

—Santo... santo cielo... —exhaló, su voz baja y ronca—. Maldita sea, yo solo... yo... —murmuró, su mente demasiado abrumada

La rubia sonrió burlonamente al verla, contenta de dejarla temblando. Se acercó a ella y su cuerpo cubrió el suyo, entrelazando sus piernas con las de ella y frotando su intimidad contra la suya. Comenzó a friccionar contra ella suavemente mientras su boca se unía en un beso con la de Wei.

Wei dejó escapar un suave gemido cuando Christina se presionó contra ella, su cuerpo todavía sensible. Envolvió sus piernas alrededor de las caderas de Christina instintivamente, acercándola mientras sus brazos rodeaban su cuello. Le devolvió el beso con avidez.

—Vas a ser mi muerte... —murmuró sin aliento, su voz un susurro bajo y áspero

—Lo sé —murmuró la policía, rompiendo el beso y dejando escapar un suave gemido. Se movió para estar más cómoda contra ella y sostuvo sus caderas, ordenándoles que se presionaran más firmemente—. Te sientes tan bien —murmuró contra sus labios antes de besarla de nuevo

Wei gimió contra el beso de Christina, sus caderas respondiendo instintivamente a su orden. La sensación del cuerpo de Christina rozando el suyo estaba enviando chispas de placer a través de su mente. Podía sentir que su cuerpo ya comenzaba a responder; su deseo y necesidad crecían más fuertes. Sus manos vagaron sobre la espalda de Christina.

—Me haces sentir como una locura, dulzura —murmuró contra sus labios

La policía la silenció con otro beso. Comenzó a moverse contra ella más bruscamente y con firmeza, provocando jadeos y gemidos de ambas, sintiendo que cada vez estaban más cerca de su propio éxtasis.

El aliento de Wei se cortó en su garganta cuando el placer comenzó a acumularse. No podía tener suficiente; su cuerpo anhelaba más y más de la oficial. Podía sentir que se acercaba de nuevo.

—Oh Dios... —gimió, sus palabras casi una súplica sin aliento—. Por favor, por favor, por favor... no

La oficial dejó escapar un gemido gesticulante, presionándose casi dolorosamente contra ella. Se hundió sobre ella, apoyando su rostro en la curva de su cuello, su postura pesada y su cuerpo cálido. Olió el aroma de su piel y besó suavemente su cuello, sintiendo que su cuerpo hormigueaba con una ola de placer.

—Eres... jodidamente increíble —admitió la policía entre jadeos y con respiración pesada. Apartó unos mechones de pelo de su cara, mirándola directamente

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Wei mientras Christina hablaba. La miró con ojos muy abiertos, casi vulnerables, sus mejillas enrojecidas. Agarró los hombros de Christina, sus uñas hundiéndose en su piel mientras la acercaba.

—Tú... ni siquiera entiendes lo que me haces —murmuró con un toque de desesperación

La policía dudó por un momento, frunciendo el ceño. Se sentó en la cama y la miró un momento, pensando que se arrepentiría de lo que planeaba hacerle después.

## *El arresto y la promesa*

Christina cerró los ojos y respiró hondo. Su expresión se endureció antes de sacar rápidamente unas esposas de su gabinete y ponérselas a Wei sin darle tiempo a reaccionar. Su tono se volvió serio y autoritario.

—Estás arrestada. Tienes derecho a un abogado y a guardar silencio

Los ojos de Wei se abrieron por la sorpresa. Miró a Christina con incredulidad, atónita, antes de que la irritación y el enojo la invadieran.

—¿Hablas en serio? ¿Me arrestas ahora, después de esto? —espetó, tirando de las esposas en vano

—Te arresto por fuga de custodia, allanamiento de morada, y... también podría hacerlo por agresión sexual, pero no voy a presentar cargos. Vístete antes de que llame a la patrulla

La irritación de Wei se hizo más intensa.

—Eres increíble, ¿sabes? ¿Me arrestas ahora? ¿Después de lo que acabamos de hacer? —Su voz era mitad incredulidad, mitad furia.

—Wei... —dijo Christina con voz tensa, mirándola—. Me quitas el aliento... pero sigues siendo un peligro para la sociedad, así que, por favor, coopera —dijo más suavemente, casi con tristeza, sosteniéndola por la cintura con delicadeza.

El enojo de Wei se desvaneció, reemplazado por la sorpresa. La ternura en la oficial la tomó por asalto, y su cuerpo se relajó instintivamente.

—Maldita seas... —murmuró, su voz más cansada que airada

—Lo siento —dijo Christina, abrazándola por detrás, apoyando su mandíbula en su hombro.

Wei se fundió contra ella al instante, su resistencia colapsada. Dejó escapar un suspiro bajo y derrotado.

—Te odio... —murmuró, sin mordacidad

—Yo también lo hago... y al mismo tiempo me vuelves loca... es una situación extraña —dijo Christina contra su hombro, soltándola con pesar—. Maldita sea... si tan solo no fueras una criminal

Wei dejó escapar un resoplido, sintiendo el dolor en sus palabras.

—Sí... si tan solo no fueras una maldita policía respetuosa de la ley —replicó, su voz un gruñido bajo.

La rubia la sostuvo en sus brazos un momento.

—Odio lo que eres, y al mismo tiempo, te deseo tan intensamente que duele... Esto es un error que nunca volverá a suceder —dijo antes de forzarse a soltarla y levantarse de la cama para vestirse.

El corazón de Wei dolió. Observó en silencio cómo Christina se vestía.

—No tienes idea de cuánto te odio ahora mismo... —dijo en un murmullo amargo

—Ódiame todo lo que quieras, eso no va a cambiar nada —dijo la mujer, vistiéndose rápidamente y ayudando a Wei a ponerse su propia ropa en la cama.

Wei permitió que Christina la ayudara. Una vez vestida, se sentó en el borde de la cama, esposada.

La oficial suspiró, sacó su radio y contactó a un colega con su voz formal de servicio:

—Tengo a Wei aquí, se fugó de las instalaciones. La tengo detenida. Que envíen una patrulla a recogerla, está en la Calle Príncipe al comienzo de la rotonda

Los ojos de Wei se entrecerraron.

—Estás disfrutando demasiado de esto, ¿verdad? —murmuró, su voz amarga

—¿Crees que de verdad estoy disfrutando de esto? —dijo Christina, girando la cabeza para mirarla con firmeza, amargura y tensión.

El corazón de Wei dio un vuelco. La amargura en su tono le recordó que esto tampoco era fácil para la oficial.

—Claro que se siente así... —admitió Wei

La mujer se sentó en la cama junto a ella.

—Esto sería más fácil si no fueras tan hermosa

Wei sintió que el aliento se le cortaba.

—Sí, sería más fácil si tú tampoco fueras tan condenadamente caliente... —murmuró con amargo sarcasmo.

—Salgamos de aquí, tienes que encontrarte con mi compañero... y ambas necesitamos aire fresco —dijo la oficial, agarrando su brazo con firmeza.

Wei dejó escapar un resoplido.

—¿No puedes al menos quitarme estas malditas esposas? —se quejó

—No, es parte del protocolo —dijo Christina, colocando una mano en su hombro mientras miraba hacia la calle—. El coche patrulla llegará pronto —la miró—. Todavía quiero besarte...

Wei sintió una punzada de molestia y anhelo.

—No digas cosas así... —murmuró, frustrada

—Sí... —dijo Christina. Luego, cambió de tema—. Te hice una pregunta en la comisaría... ¿por qué robabas? Me dijiste que lo disfrutabas... ¿es realmente solo eso?

El corazón de Wei se encogió. Respiró hondo.

—No se trata solo de la emoción... en realidad no —confesó, su voz teñida de vulnerabilidad.

—¿Entonces?

Wei dudó. Desvió la mirada.

—Yo... Dios, odio sentirme así, pero te diré la verdad. La verdadera razón es... supervivencia —confesó—. No tengo dinero, ni familia, ni educación. Robar es todo lo que puedo hacer para... mantenerme viva...

—Ya veo... —Christina se quedó en silencio, su expresión se suavizó. Su mano se movió a su espalda, acariciando círculos en un sutil consuelo.

Wei sintió que el peso se aliviaba ligeramente. Esperaba juicio, no compasión.

—Sé que no se justifica. Sé que no soy una buena persona...

—Sé que no lo eres —dijo la mujer sin rodeos—. Solo... es una pena que hayas tenido que elegir este camino... pareces inteligente y capaz

Wei sintió una punzada de irritación y, para su sorpresa, orgullo.

—¿Estás diciendo que debería dejar de robar e ir a trabajar a McDonald's?

—No seas así. Es mejor que un trabajo aburrido y un pasatiempo entretenido que sea nada —dijo la oficial—. Conozco un amigo que le paga bien a su personal en la cafetería donde tomo un café. Quién sabe, tal vez tenga más razones para ir que solo una taza...

Wei parpadeó; el halago la recorrió. Intentó enmascarar su reacción con un bufido.

—Solo quieres conseguir café con descuento, ¿verdad?

—¡No, no! ¡Me atrapaste! —dijo Christina con una sonrisa juguetona.

Wei puso los ojos en blanco.

—Sí, eso pensé

—Vamos, te encantaría hacer eso por mí —dijo Christina, dándole un guiño juguetón. Su tono se volvió serio—. Vi tu historial, sé que no sería fácil, pero... creo que podrías tener una vida más satisfactoria si te dieras la oportunidad de contribuir a los demás...

Wei sintió una punzada de sorpresa. La sinceridad en los ojos de

Christina, el hecho de que la estuviera viendo realmente, le dolía en el corazón. Sus ojos se suavizaron.

—Eres una boba, ¿sabes?

—No puedo ser todo frialdad y fuerza, ¿sabes? —dijo Christina en broma antes de escuchar sirenas acercándose. Se inclinó y le dio un suave beso en los labios—. Solo... piénsalo, ¿de acuerdo?

Wei sintió que su corazón daba un vuelco. El sonido de las sirenas la sacó de su aturdimiento. Dio un suspiro suave y derrotado.

—Bien, bien. Lo pensaré...

—Bien —dijo la oficial honesta y triunfalmente antes de que el coche patrulla se detuviera y los oficiales se llevarán a Wei.

Wei dejó escapar un resoplido de molestia. Trató de no mirar hacia atrás mientras la metían en la parte trasera del coche, su corazón dolorido con frustración y anhelo. Apoyó la cabeza contra el asiento.

Maldita policía...



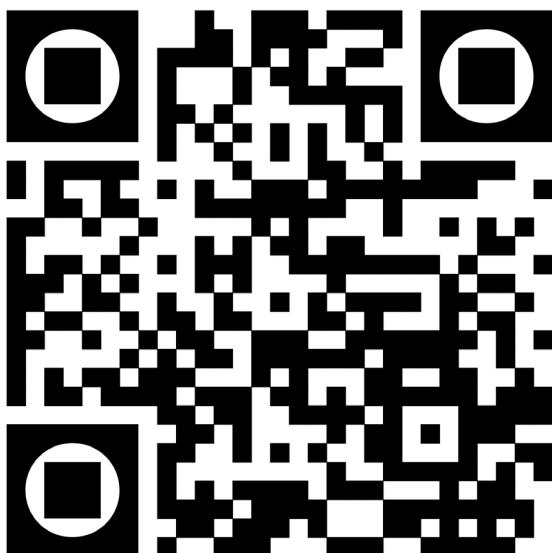


Ediciones  
**Clío**

Publicación digital de Fundación Ediciones  
Clío.

Maracaibo, Venezuela,

Enero de 2026



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

## FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

El amor no siempre es puro, ni cómodo, ni correcto. A veces es incómodo, prohibido, extraño... y profundamente humano.

En estas páginas, el deseo se abre camino entre la fe y la rebeldía, la ley y la tentación, la inocencia y la transgresión. Jóvenes que desafían pueblos cerrados, secretos que laten bajo la piel, pasiones que nacen donde no deberían y encuentros que rompen toda lógica conocida. Hay amores que florecen en la selva, otros bajo una cama, algunos entre uniformes y delitos, y otros que solo existen en el instante previo a la despedida.

Estas historias cortas exploran el lado más bizarro del amor: aquel que no pide permiso, que incomoda, que transforma y deja marcas imposibles de borrar. Entre lo íntimo, lo fantástico y lo prohibido, cada relato invita a cruzar una frontera distinta y a preguntarse hasta dónde estaríamos dispuestos a llegar por sentir.

Porque a veces, amar es romper las reglas.

Y a veces, es romperse a uno mismo.



Ediciones  
**Clío**